

BIBLIOTECA ELECTRÓNICA PARA EL MAESTRO  
**EL MAESTRO Y EL CONTENIDO DE  
SU ENSEÑANZA**

**COMO COMPARTIR SU FE**

*por Paul E. Little*



EDITORIAL MUNDO HISPANO

© 2007

COMO  
COMPARTIR

SU

FE

POR

PAUL E. LITTLE

**PUBLICADO ORIGINALMENTE**

*How to Give Away Your Faith*

**POR PAUL E. LITTLE.**

©1966 por InterVarsity Christian Fellowship/USA. Publicado por  
InterVarsity Press, P.O. Box 1400, Downers Grove, IL 60515, USA.  
[www.ivpress.com](http://www.ivpress.com)

**VERSIÓN CASTELLANA DE**

FELIPE LEWIS

**CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES**

# Contenido

## Prólogo

## Introducción

1. El Fundamento Esencial
2. Cómo Testificar
3. Traspasando las Barreras Sociales
4. ¿Cuál Es Nuestro Mensaje?
5. ¿Por Qué Creemos ?
6. Cristo Es Para Hoy
7. La Mundanalidad: ¿Cuestión Externa o Interna ?
8. La Fe Es la Clave
9. Alimentando Nuestra Vida Interior

# Prólogo

Cada generación tiene la responsabilidad de alcanzar lo suyo. Debe vivir con realismo en el presente a la vez que aprender del pasado y hacer planes para el futuro. Algunos dirigentes eclesiásticos de nuestro tiempo dudan seriamente de la validez de la conversión personal. Sin embargo, el mandato de nuestro Señor de ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura no ha cambiado. Y sigue siendo evidente que el evangelio es “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”.

El énfasis principal de este libro está en la instrucción más bien que en la exhortación. Muchos quieren testificar pero se ven frustrados porque no saben cómo hacerlo. Las ideas y sugerencias aquí presentadas son el resultado de un encuentro cara a cara con estudiantes creyentes y no creyentes en universidades seculares y cristianas tanto en los Estados Unidos como en otros países. Las mismas ideas prácticas han sido útiles en las iglesias.

Algunas de las sugerencias originalmente no fueron mías. Debo mucho a otros por su consejo y ayuda práctica. Mucho me animó la acogida entusiasta que tuvo una parte de este material cuando apareció primero en HIS, la revista de la *InterVarsity Christian Fellowship*. La Sra. Elizabeth Leake, exdirectora de la *InterVarsity Press*, merece mi aprecio especial por su consejo editorial y su estímulo; lo mismo Jack Sidebotham, quien realizó las ilustraciones como una obra de amor.

Ofrezco este libro orando para que muchos puedan aprender “un modo más excelente” de presentar al Señor a otros.

*Paul E. Little*  
*Chicago, Illinois*

## Introducción

Hace cincuenta y siete generaciones el más grande de todos los evangelistas cristianos escribió: “No me avergüenzo del evangelio (de Cristo), porque es poder de Dios para salvación”. Las “explosiones” del siglo veinte — en los conocimientos, la libertad, el espacio, las comunicaciones — no le han quitado actualidad a la preocupación de San Pablo. Sólo han hecho que sea más urgente la tarea de comunicar la dinámica explosiva del evangelio. Fruto de sus años de experiencia como Director de Evangelismo de la *InterVarsity Christian Fellowship*, Paul Little nos da un libro refrescante, imaginativo y de actualidad sobre la evangelización. Este libro tiene *autoridad*. El señor Little no es un estratega “de sillón”. Es un veterano en la evangelización personal y de grupos. Hemos trabajado juntos en la Cruzada de Billy Graham en Nueva York, en misiones universitarias, en conferencias de pastores y en convenciones juveniles. Conozco a Paul como un hombre que ha pensado profundamente, que ha obrado con intrepidez, y que ha hablado claramente en cuanto a la misión cristiana. Aunque gran parte de su obra se ha desarrollado en el mundo estudiantil, lo que tiene que decir apelará a todos los que se preocupan por la evangelización.

Este libro es *bíblico*. El autor conoce su fe. Hace resonar con claridad las notas básicas del mensaje cristiano para una generación que vaga en la confusión teológica.

Es de *actualidad*. El autor conoce su mundo. Nos ayuda a acercarnos a nuestros vecinos del siglo veinte, no a sus bisabuelos.

Es *práctico*. El autor conoce su tema. No comete el error de decirnos el “porqué” sin incluir el “cómo”.

Es realista. El autor conoce a la gente. No se refiere a santos superhumanos ni a pecadores estereotipados, sino a creyentes verdaderos que buscan testificar a no creyentes de carne y hueso.

Es *Cristocéntrico*. El autor conoce a su Señor. Nos demuestra que el testimonio efectivo no es tanto asunto de técnica como de una relación genuina, honesta y vital con nuestro Salvador viviente. Estimulado y agradecido por su lectura, es un honor para mí recomendar esta obra como guía clave para la evangelización de hoy.

*Leighton Ford*  
*Charlotte, North Carolina*

# 1. — El Fundamento Esencial

¿Así que quieres testificar? Yo también quería testificar, pero no tenía idea de cómo hacerlo sin quedar maltrecho al intentarlo.

Y tú, ¿qué tal? ¿Sabes cómo hacer que las buenas nuevas vengan al caso? ¿Sabes cómo comunicarte con aquellos para quienes el evangelio parece algo extraño?

¿Cómo le hablas de Cristo Jesús.

- al estudiante de filosofía que se burla de tu defensa de la enseñanza bíblica con un, “pero Juan, ¡estamos en el siglo veinte!”
- al estudiante activista de un grupo cualquiera de izquierda de la universidad,
- al bioquímico que está a pocos pasos de “crear vida” en un tubo de ensayo,
- al hombre de la calle que va al trabajo todos los días en ómnibus,
- al calavera a quien nada le importa,
- al oficinista que acaba de ser reemplazado por una computadora,
- a aquella muchacha que siempre ha tenido todo lo que quería,
- al ama de casa, que atrapada por el ritmo de la vida actual, lucha para atender a la vez a sus hijos pequeños, a los vecinos de enfrente y a una multitud de obligaciones sociales,
- al estudiante casado, preocupado con sus angustias económicas,
- a la víctima de un divorcio o de un hogar destruido, que no puede confiar en nadie,
- a aquellos que están más cerca de ti: tu familia, tu compañero, el vecino de al lado?

Es fácil decir “De tal manera amó Dios al mundo...”, pero, ¿qué significan estas palabras? ¿Qué puedes decir, que realmente tenga sentido para estas personas en su vida diaria?

## **El Realismo Es Esencial**

Debemos ser realistas. Los tiempos cambian vertiginosamente. Aunque Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos, todo lo demás en esta vida (inclusive tú y yo) va cambiando continuamente.

Nos hemos criado jugando a “policía y ladrón”, a los “vaqueros”, a las “muñecas” o al “almacén”. En cambio, el niño de esta era espacial, cuando no está pegado al televisor, prefiere emplear la jerga de los cohetes modernos.

El avance en las comunicaciones nos permite ser espectadores de primera fila de cualquier evento importante en cualquier parte del mundo. El transporte rápido está eliminando la distancia y el espacio. El “Telstar” es una realidad; los vuelos a 2000 km. por hora y los viajes de ocho horas y media entre Tokio y Buenos Aires vendrán pronto. Y dentro de cinco años estos ejemplos ya habrán perdido actualidad.

La Revolución — la toma del poder por parte de un grupo para lograr los cambios políticos, económicos o sociales que anhela — es característica en todos los continentes. Más de cincuenta naciones nuevas han surgido desde 1945.

Pero mientras el hombre avanza en su deseo de moldear y conquistar el universo, el futuro de la civilización es cada vez más incierto. Muchos dirigentes mundiales y periodistas se expresan con pesimismo. Cuando en una entrevista de fin de año se le preguntó a Alexander Kendrick, de Londres, lo que esperaba para el nuevo año, si un mundo de paz y amor o un mundo de caos, reconoció honestamente lo que otros temen admitir: “Con la proliferación de armas nucleares, no creo que lleguemos”.

Y si llegamos, ¿hacia dónde vamos? Más y más se tiende hacia la ciencia y el “cientificismo”. La historia reciente demuestra una explosión del énfasis en lo científico. El 90 por ciento del total de científicos de todas las épocas vive actualmente. No debe sorprendernos que tantos se vuelvan al científico y a sus esferas de conocimiento para adorarlos: la tecnología es la nueva religión universal. Pero sí debe preocuparnos que la mayor parte de la humanidad civilizada, no reconozca otra fuente posible de verdad absoluta u otra esperanza de salvación.

¿Salvación? ¿De qué? La desorientación y desesperación son características de nuestra época. La literatura contemporánea, por ejemplo los títulos *La Náusea* y *A Puerta Cerrada* de Jean Paul Sartre, así como la mayor parte de la filosofía existencialista, sugieren la falta de sentido y la noción de “enajenamiento”, que existen en el mundo actual. El éxito clamoroso de libros de este estilo refleja la frustración de tantos que, buscando una “realidad espiritual”, encuentran que no hay ninguna. Poco antes de morir, el doctor Karl Gustav Jung comentó: “La neurosis central de nuestra época es el vacío”. La época de la satisfacción propia, de la permanencia, y de la confianza de que lo que uno edifica quedará para los hijos, se ha ido para no volver.

Esta misma búsqueda se percibe una y otra vez en el medio universitario. Muchos estudiantes anhelan encontrar el significado de la vida. Saben que no tienen la respuesta, pero desean con desesperación encontrarla. En un libro reciente, *What College Students Think (Lo que Piensan los Estudiantes Universitarios)*, varios sociólogos indicaron que, estadísticamente, una gran mayoría de los estudiantes admiten una necesidad hondamente sentida de algún tipo de fe religiosa que dé dirección a sus vidas.<sup>f1</sup>

Los estudiantes, profesores, obreros, empleados, amas de casa, médicos y estadistas; también nuestros vecinos reconocen el vacío que existe en sus vidas, un vacío que solamente Jesucristo puede llenar. Si somos cristianos conocemos la respuesta a su necesidad, por lo tanto, vivir en esta época puede ser una tremenda aventura o puede ser una experiencia aterradora, puesto que cada hora decenas de individuos la rechazan. ¿Cómo podemos demostrar a otros que las buenas nuevas que proclamamos constituyen la respuesta adecuada para sus problemas? ¿Sobre qué base podemos tú y yo acercarnos a aquel estudiante, colega o compañero de pieza, esperando que nos escuche y crea?

Nuestros contemporáneos no creyentes buscan algo real. Lo que les ofrecemos debe ser algo genuino, y que pase la prueba de una investigación cuidadosa y prolija. Están cansados de soluciones falsas, pero lo están aún más de personas falsas. No se dejan engañar por el individuo piadoso cuya religión es cosa de apariencias. Tampoco se sienten atraídos por pensadores ingenuos que no muestran disposición alguna a enfrentar las duras realidades de la vida. Al presentar la respuesta cristiana debemos demostrar que es aplicable, como solución realista de problemas específicos. Hay sólo una forma de lograr esto: ser realistas en cuanto al cristianismo y en cuanto a nosotros mismos.

## **El Cristianismo Es Realista**

Sí, el cristianismo es realista. No es tan “espiritual” y extra terreno que niegue la existencia de la materia, afirmando que toda realidad está en la mente (como lo hacen muchas filosofías populares, idealistas, importadas del Oriente). Pero, a la vez que afirma lo material, la visión cósmica cristiana mira más allá: a lo espiritual, a la realidad última.

Al hablar a los cinco mil a quienes había alimentado con cinco panes y dos peces, nuestro Señor fue al meollo del asunto. Tremendamente impresionado por el poder de esta hazaña milagrosa, el pueblo quiso hacerlo rey. Pero el Señor, como siempre hacía cuando la gente le seguía por motivos equivocados, se apartó de ellos. Al otro día, volvieron a buscarle con insistencia,

encontrándolo al fin en Capernaum. Inmediatamente le preguntaron: “Rabí ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo:

De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre” (Juan. 6:25-27).

Nuestro Señor reconoce que la comida material es real. La materia es real. El mundo de las ciudades y las calles, de las rocas, los árboles y las personas existe realmente. Pero destaca una realidad espiritual que tiene mayor valor, un valor absoluto que trasciende y sobrevive a la realidad material. Nos enseña a ser cristianos realistas, siguiendo aquellas cosas que son eternas y no dejándonos poseer por las que perecen. Al concentrarnos en los asuntos de mayor importancia, veremos en adecuada perspectiva los de importancia menor. Esto no significa, sin embargo, que todo lo “material” desaparecerá del cuadro.

### **El Ejemplo de Cristo**

Mientras estaba en este mundo, nuestro Señor empleó comida real para alimentar a una multitud porque sabía que estaba hambrienta. Un primer paso evidente, si vamos a seguir su ejemplo, es conocer la condición de los que están a nuestro alrededor: saber si están hambrientos o cansados, aburridos, solitarios, maltratados, o rechazados. Debemos entender qué piensan y cómo piensan, qué sienten, a qué aspiran. Nuestro conocimiento de otros tendrá aspectos individuales y colectivos; pero de cualquier forma, es imprescindible algún conocimiento de esta generación.

Todos hemos conocido a creyentes cuyo ministerio evangelizador se vio severamente limitado, sencillamente porque no supieron transmitir su mensaje. Son ese tipo de personas que actúan y hablan como si ellas y sus oyentes viviesen aún en 1925. Por lo menos, eso es lo que da a entender su mensaje. Y, por supuesto, en estos casos no hay respuesta de parte de los oyentes. Un auditorio contemporáneo responderá a apelaciones contemporáneas, que tengan una adecuada aplicación a esta década. Querrá saber de qué manera son aplicables, hoy día, las verdades del evangelio.

### **El Realismo: Una Responsabilidad Cristiana.**

Es por eso que, como creyentes, debemos vivir en el mundo de hoy. Tenemos la responsabilidad de estar informados. ¿Estás al tanto de los asuntos nacionales y mundiales? Muchos estudiantes se destacan por su desinterés, tipo

“torre de marfil”, por tales asuntos. En muchas facultades, menos del 10 por ciento de los alumnos son suscriptores de alguna revista de actualidad. El mantenernos adecuadamente informados en lo que atañe a los problemas mundiales, es una manera de demostrar a nuestros conocidos que los creyentes nos interesamos por los asuntos de este mundo. A medida que nuestros amigos no creyentes se den cuenta de que no andamos con la cabeza en las nubes, es más probable que nos tomen confianza. Por el contrario, tienden a perder la confianza en todos los creyentes cuando encuentran unos pocos que tienen como norma una ignorancia y despreocupación sistemáticas.

Es posible, por supuesto, que algunos estemos tan absortos con el mundo en general, que pasemos por alto el aspecto individual, es decir, a las personas concretas. Entonces estamos ante el problema del que escribí:

*Amar al mundo es un placer  
Pero al vecino, no lo puedo ver.*

Debemos relacionarnos con este mundo en base a un contacto personal. A veces la lectura nos ayuda a comprender no solamente lo que ocurre fuera del hombre, sino también lo que el hombre siente en lo interior. Un largo artículo de la revista *Time* sobre el sentido de culpa y ansiedad, (Marzo 31, 1961) nos ayudó a muchos a entender las luchas y presiones de la vida en una metrópolis moderna. Generalmente, sin embargo, sólo al entrar en relación personal con los individuos es como podemos llegar a comprenderlos en profundidad. Al dirigir nuestro testimonio a una persona a quien estamos empezando a conocer y a estimar, la mera presentación intelectual se transformará en comunicación de corazón a corazón.

Nunca podré olvidar a un creyente japonés, un juez, con quien conversé en el comedor de la universidad de Harvard hace algún tiempo. Hablando como creyente, dijo:

“Quisiera que ustedes, los creyentes de Occidente, pudieran comprender que nosotros, los orientales, que hemos soportado los estragos de la guerra, el hambre, el sufrimiento, el caos político, la pérdida de seres queridos, tenemos una profunda herida en nuestros corazones.”

Y siguió diciendo:

“Sé que en esencia el evangelio es el mensaje del amor de Dios; y que, aunque tenga implicaciones sociales, está dirigido principalmente a la necesidad espiritual de redención que tiene el hombre; pero para nosotros significaría mucho si sólo supiéramos que ustedes son conscientes de la herida que hay en nuestros corazones”.

Hay millones en este mundo, tanto en Oriente como en Occidente, que llevan una herida profunda en sus corazones. Su respuesta a nosotros y a las buenas nuevas que llevamos, depende en gran parte de si se han dado cuenta de que les comprendemos y nos preocupamos por ellos sinceramente. Un viejo proverbio indio dice: “Un hombre no debe hablarle a otro, hasta que no haya andado con sus zapatos.” De hecho, no siempre es posible ni aconsejable esto en la práctica, pero por lo menos, en espíritu debemos sentarnos donde ellos se sientan y caminar donde ellos caminan. Cuando podamos expresarles en nuestras palabras lo que ellos están sintiendo y pensando, comenzarán a tenernos confianza, porque sabrán que entendemos sus problemas. Y también estarán más dispuestos a tratar asuntos espirituales con nosotros. No debe sorprendernos que los hombres a quienes Dios ha usado en gran manera, a través de los siglos, no sólo conocían a fondo su Biblia, también eran buenos conocedores del corazón humano. Y amando a los dos, lograron que la Palabra tuviera actualidad para el hombre.

## **¿Qué Ofrecen los Cristianos al Mundo?**

Hasta aquí hemos estado mirando al mundo actual y considerando las necesidades individuales de los seres humanos que lo habitan. Hemos visto que es imprescindible conocer y entender algo de ambos. Pero, si es que hemos de ser creyentes realistas, debemos también observar con detenimiento la dimensión espiritual: nuestra propia dimensión espiritual. ¿Qué tenemos para ofrecer? Hace poco una amiga mía llevó a una persona no creyente a su iglesia. En el transcurso de la reunión de jóvenes y del servicio vespertino a que asistieron, tuvo oportunidad de ver y conocer a varios miembros de la iglesia. Cuando volvían a sus casas luego de la reunión, mi amiga hizo la pregunta obvia: “¿Qué te pareció?” La otra respondió, en tono natural pero con gran percepción: “Pues, hay algunas personas que tienen *algo*, y otras que no”. Para esta mujer no creyente, procurando encontrar ese “algo” intangible, la diferencia era evidente. Los no creyentes están examinando cuidadosamente a la iglesia y a sus miembros, como individuos, para ver si realmente han encontrado una dimensión eterna a la vida. Una profesión de fe superficial no logrará convencerlos; están buscando algo real: una fe viva, genuina. Sin embargo, no siempre lo ven, y no porque estén espiritualmente ciegos. A veces ocurre que esa fe sencillamente no existe.

### **1. Fe Ambiental**

El problema de una mera “fe ambiental” es la plaga de la iglesia de Jesucristo hoy en día. Uso esta frase para describir aquel tipo de vida cristiana que surge y depende de nuestro ambiente: los domingos asistimos a las clases bíblicas y a

las reuniones de adoración donde se predica la Biblia. Durante la semana asistimos a las reuniones de oración y recitamos nuestra pequeña composición; pasamos gran parte de nuestro tiempo con amigos creyentes, hablamos el mismo lenguaje. Y esa es toda nuestra vida cristiana. No sabemos lo que es la comunicación directa y personal entre nosotros y el Dios viviente. Suponemos que lo que nos hace “espirituales” es algún proceso misterioso de ósmosis. ¿Cuál es el resultado? Que cuando el no creyente nos mira, ve reflejado nuestro ambiente (que no comparte), pero nada más. Y no le convence. No anda en busca de un ambiente. Lo que busca es una fe viva.

Si salimos de nuestra “zona de seguridad” corremos el riesgo de sufrir una experiencia desagradable. Así, por ejemplo, cuando ingresamos a la Universidad. De repente, nos enfrentamos con la superficialidad de nuestra experiencia cristiana. Con frecuencia me he encontrado en el mundo universitario con estudiantes arrancados del ambiente cristiano que les era familiar, su hogar, su iglesia y, a veces, su colegio. Aquellos que nunca habían aprendido a vivir día a día en una relación personal, vertical con Jesucristo, pronto encontraron que su fe “de segunda mano” se desintegraba. Para evitar que nos veamos arrastrados, inconscientemente, por una fe semejante, surgida de nuestro ambiente (una fe horizontal), debemos hacernos esta pregunta con frecuencia: “¿Hay algo en mi vida que sólo puede explicarse en base a Dios mismo? ¿O se debe todo a mi trasfondo, a mi ambiente y circunstancias presentes? ¿Qué ocurriría si, de aquí a una semana, mi ambiente cambiara completamente?”

## **2. Cristianos “Por Deslizamiento”**

Además de evitar una “fe ambiental”, debemos cuidarnos de la idea, muchas veces inconsciente, de que podemos entrar al cristianismo “por deslizamiento”. Esta tendencia dañina se desarrolla fácilmente, sobre todo en hogares cristianos. Últimamente, mis propios hijitos han vuelto a llamarme la atención al problema. Pablito corre por la casa cantando: “Estoy alegre, alegre, muy alegre todo el día, pues Jesús es mi amigo.” Yo sé que generalmente está alegre, sobre todo cuando no lo están castigando. También me gusta pensar que Jesús es su amigo. Pero este verso, como tantas otras canciones religiosas, que empezamos a enseñarles a nuestros niños cuando apenas saben hablar, expresa verdades empíricas que mi hijo aún no ha experimentado. Es probable que no sepa lo que está cantando; es demasiado chico. Pero muchas veces, nosotros tampoco conocemos la verdad de lo que cantamos.

Se ha comentado, y pienso que acertadamente, que los himnos y coros frecuentemente nos convierten en mentirosos. Cantamos de experiencias cristianas gloriosas como si fueran nuestras. Pero a menudo no lo son, y

tendemos más y más a aceptar como norma una experiencia irreal. No nos damos cuenta de que estamos viviendo una mentira. También es cierto que, muchas veces enunciamos musicalmente una mentira, cuando cantamos un himno de consagración sin realizar voluntariamente una entrega de nuestras propias vidas. Si nos descuidamos, nuestra rica herencia de música cristiana puede inducirnos a reemplazar la verdad por una ficción.

### 3. La Creencia en Ciertos DATOS no es suficiente

Puede ser que algunos hayamos aceptado, sin quererlo, otro sustituto; que meramente hayamos creído ciertos datos en cuanto a Jesucristo, en vez de relacionarnos dinámicamente con la Persona que encarna esos datos. Me he encontrado con varios estudiantes universitarios que podían decir con honestidad: “Yo creo todo lo referente a Cristo”; pero que luego debían agregar: “Pero eso no significa nada para mí. Mi fe es como una bebida gaseosa que ha perdido todo el gas”. ¿Es necesario que la vida del cristiano sea como la sopa fría? ¿Que, además, sea insípida y pesada? No debería ser así, pero para algunos lo es.

¿Habremos olvidado que el convertirse y ser cristiano es algo más que *creer algo*? ¿Que, además, hay *Alguien* a quien debemos *recibir* y seguir recibiendo, con quien debemos vivir, y a quien debemos responder? Dar asentimiento mental a una serie de afirmaciones referentes a Cristo Jesús, no equivale a ser cristiano y conocerle personalmente. Ser cristiano requiere un compromiso continuo con el Señor viviente. Este compromiso se basa en una relación de amor y obediencia, como la relación matrimonial (que en el Nuevo Testamento se emplea como ilustración de nuestra relación con Cristo). Nos reímos del solterón que nos dice:

“Por supuesto que creo en el matrimonio. Estoy convencido de su valor. ¡Si supieras los libros que he leído sobre el tema! Soy un experto en el asunto. Además, he asistido a varias bodas. Sin embargo, cosa rara, no alcanzo a entenderlo: el matrimonio no significa nada para mí”.

Pero aunque sonriamos, puede que muchos seamos como él. Aunque sabemos mucho *acerca* de Jesucristo, no lo conocemos a él mismo. Quizá nunca le hayamos invitado personalmente a entrar en nuestras vidas para ser nuestro Señor y Salvador viviente. O quizá, nos veamos tentados a pedirle que sea algo menos que el Señor, que exige nuestra obediencia voluntaria continuamente.

En Mat. 7:21 encontramos una de las advertencias más solemnes de nuestro Señor a sus discípulos:

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

La entrada al reino no se logra por emplear un vocabulario correcto o por seguir ciertos pasos; la salvación no se gana mediante la obediencia. Y sin embargo, la obediencia está en la raíz misma del asunto. Es la evidencia del nuevo nacimiento que ha transformado nuestra vida, nacimiento a una vida de consagración voluntaria a Jesús como Señor. Escribiéndole a creyentes, Juan afirma que “en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos” (1 Jn. 2: 3). Toda la carta de Santiago amplía estas palabras.

La fe, por su misma naturaleza, exige acción. La fe es acción, no una actitud pasiva. Por ejemplo, si un hombre se presentase en tu habitación para informarte que dentro de cinco minutos volará el edificio en que estás, podrías despedirlo amablemente, asegurándole que le crees. Pero si cinco minutos después aún permaneces en el edificio, él deducirá lógicamente que no le has creído. De igual modo, yo puedo afirmar que creo que Jesús es el Salvador del mundo, que el significado de la vida sólo puede conocerse a través de él y que, aparte de él, todos están bajo la condenación eterna de Dios. Pero si sigo viviendo indiferentemente, de acuerdo con mis deseos y conveniencia personales, es evidente que no doy mucho valor a estas afirmaciones. No estoy creyendo en el sentido bíblico del término.

Si *realmente* creemos en el mensaje cristiano, y realmente conocemos a Jesucristo el Señor, los no creyentes verán una fe y dedicación genuinas en nuestra vida diaria. A través de toda la Biblia podemos ver que, las decisiones y acciones cotidianas son las que revelan la fe de los hombres en Dios. José huyó desnudo de la esposa de Potifar, para evitar la inmoralidad. Moisés abandonó los placeres y privilegios propios de un hijo del Faraón, para identificarse con el afligido pueblo de Dios. Elías, valientemente, desafió a los profetas de Baal a un concurso de sacrificios, diciendo: “El Dios que respondiere por medio de fuego, ése sea Dios”. Luego, osadamente, volcó cántaros de agua sobre el sacrificio. Sabía que su Dios viviente, poderoso, respondería; y Dios respondió. Azotados y encarcelados, Pablo y Silas cantaron himnos de alabanza a Dios a la medianoche. No se trataba de meras expresiones piadosas, sino de confesiones y acciones de fe tomadas de la trama y urdimbre de la vida diaria.

¿Tiene algún efecto en nuestra vida diaria, la afirmación que hacemos de conocer a Cristo Jesús? ¿Se ve día a día en nuestro modo de emplear el tiempo, el dinero, las fuerzas, y en nuestro sistema de valores ? ¿Qué ocurre entre el lunes y el sábado de cada semana? ¿Y qué de la motivación y del modo en que estudiamos?

Esa fe que afirmamos tener, ¿ejerce algún efecto sobre nuestras relaciones con el sexo opuesto, de modo que, negándonos a los excesos y abusos, respetamos

la integridad de cada persona y descartamos lo que pudiera producir dolor o sufrimiento? Además, ¿qué ocurre cuando experimentamos dolor, luto, alabanza, o desilusión? Cuando las cosas andan mal, ¿puede el no creyente ver en nosotros una actitud hacia la vida, que desearía tener? O es más probable que se diga a sí mismo (como con toda razón lo han dicho muchos): “me sobran los problemas; no me vengas con los tuyos”. Por último, ¿tiene el conocimiento de Cristo Jesús alguna influencia sobre nuestro futuro: la carrera, la especialidad, la Universidad, la esposa, el trabajo que escojamos?

#### **4. ¿Cómo Tratas a Dios?**

Las respuestas que demos a preguntas como éstas nos ayudan a determinar si nuestra experiencia con Cristo Jesús es genuina, pero sólo abarcan parte del panorama. ¿Qué decimos de Dios mismo? ¿Pensamos en él y lo tratamos como a una persona viviente? ¿Hay en nosotros hambre y sed de corazón, que nos obliguen a apartarnos diariamente para estar a solas con él, para estudiar su Palabra y encontrar el momento de hablarle en oración? A veces cantamos: “Oh Dulce, Grata Oración”, pero la evitamos como a la peste. ¿Somos sinceros con nosotros mismos? ¿Fue, realmente, esta mañana que nos encontramos a solas el Señor y yo? ¿O fue hace una semana, o hace un mes, o un año, o nunca?

Los no creyentes deben percibir, primero, la realidad de una experiencia cristiana genuina en nuestras vidas. Sólo entonces se verán atraídos por nuestras palabras acerca de Jesucristo y de lo que significa conocerle personalmente. Después de dirigir la palabra a un grupo, a menudo hay estudiantes que se me acercan con preguntas personales: “En la práctica, ¿anda este asunto?” “¿Hay alguna esperanza para *mí*?” Es siempre un privilegio para mí, sentarme y explicarles cómo el perdón, la limpieza y el poder pueden ser nuestros, individualmente, en el Señor Jesucristo y por medio de él.

#### **Se Sincero Contigo Mismo**

Cada uno de nosotros ha leído este capítulo con actitudes, reacciones y conclusiones distintas, en cuanto a uno mismo. Algunos estamos convencidos de que nuestra fe en el Señor Jesucristo es genuina, pero quisiéramos que crezca y se profundice a medida que vamos tomando conciencia de su Persona. Otros, quizá recordamos que nuestra fe parecía tener, antes, mayor actualidad que ahora. Quizá nos estremezca el comenzar a darnos cuenta de que nuestra fe nunca ha sido más que un asentimiento mental a afirmaciones acerca de Jesucristo, y conformismo social con nuestro ambiente cristiano; durante todos estos años nos hemos preocupado de acumular datos acerca de Jesús, pero no de comunicarnos con él mismo. Hablando francamente, puede ser que hasta

pongamos en tela de juicio la posibilidad de una fe genuina o de una relación personal con Cristo Jesús.

Sea cual fuere nuestra situación individual, seamos a lo menos sinceros con nosotros mismos; no levantemos una fachada para impresionar a otros. En la presencia de Dios podemos, cada uno, preguntarnos si tenemos fe genuina, una fe significativa que crece día tras día. Si podemos responder “sí” con seguridad, debemos nuevamente dar gracias a Dios por su bondad y gracia, y pedirle que profundice y aumente nuestra fe, en cada experiencia de la vida. Quienes no estemos seguros de que nuestra respuesta sea “sí”, o sepamos que la respuesta debe ser “no”, podemos ir a Cristo tal cual somos, diciéndole sencillamente que queremos conocerle y tener fe en él, y que estamos dispuestos a ponernos completamente en sus manos.

Una dedicación total e irrevocable a Cristo Jesús, una dedicación que se renueva diariamente, es el requisito previo a una relación vital con el Señor. Cuando comenzamos a esconder de él alguna esfera de la vida, o a rebelarnos contra su voluntad (aun en algún detalle “ínfimo”), nuestra vitalidad espiritual se resiente. Un cortocircuito espiritual interrumpe la comunión. Decimos que estamos dispuestos a testificar de nuestro Señor en el medio universitario: “Pero Señor, por favor no me pidas que me haga amigo de Pepe; cualquier otro, pero no él, Señor”. O, como decía un estudiante de medicina, nos ofrecemos a servir al Señor en el extranjero: “Pero Señor, no me envíes al África, sencillamente no podría ir allá”

Es notable nuestra tendencia a pensar que debemos escoger entre la voluntad de Dios y nuestra propia felicidad, como si Dios quisiera que fuéramos infelices. Nuestro Padre celestial nos ama; Cristo Jesús murió por nosotros; el Espíritu Santo que mora en nosotros es el cumplimiento de la promesa que nos hizo. Podemos estar seguros que el Trino Dios no nos va a jugar sucio en la vida. Vengamos a él como estamos, sean cuales fueren las circunstancias, y pidamos al Señor Jesucristo (por centésima vez, o por primera vez) que viva en nosotros como Señor y Salvador, y que llene nuestras vidas de una experiencia cristiana auténtica.

Al venir a él, sin reservas, él entrará a nuestras vidas, permitiendo que le seamos testigos fieles. Cuando él sea Señor de la totalidad de nuestras vidas, nos daremos cuenta de que actúa para bien en todo aspecto, aun cuando no seamos conscientes de su presencia. Y, a medida que procuremos compartir con otros un mensaje de salvación que para nosotros ha cobrado verdadero significado, el Señor nos ayudará a conocer y a entender a nuestros prójimos, y a su mundo (que es también nuestro y del Señor), cada vez mejor. De tal modo

el evangelio será transmitido en amor, con realismo y actualidad a aquellos por quienes Cristo murió.

**Recuerda:** *Para ser testigos eficaces debemos ser realistas: tener un conocimiento genuino de los que viven en el mundo actual, y una dedicación auténtica y total a Cristo Jesús.*

## 2. — Cómo Testificar

¿Qué queremos decir cuando hablamos de “testificar”? ¿Significa dirigir un rosario de versículos bíblicos a una persona no creyente? Por supuesto que no. “Testificar” es algo que involucra todo lo que somos y, por ende, lo que hacemos; va mucho más allá de lo que decimos en ciertos momentos de inspiración. Lo que ahora nos planteamos no es si hemos de testificar o no, sino cómo hemos de testificar. Cuando confiamos en Cristo Jesús como Señor además de Salvador, él nos habilita para vivir y hablar como testigos fieles.

Sin embargo, a menudo pensamos, ingenuamente, que una vez establecida una relación vital con el Señor, desaparecerán todos los problemas relacionados con el testimonio. Al dar esto por sentado, subestimamos los problemas. Una fe auténtica y personal en Cristo, y un conocimiento del Señor, son requisitos indispensables, pues Jesucristo es la vida y sustancia de nuestro testimonio cristiano. Sólo él puede motivarnos dinámicamente, constriéndonos a compartir su amor con otros. Pero otros factores también deben hacerse presentes para que seamos testigos sabios y eficaces.

Al hablar con centenares de estudiantes cristianos, he descubierto ciertos problemas comunes, que yo también tuve al procurar relacionarme con otras personas. La dificultad, generalmente, se reduce a esto: cuando tratamos de hablarle a alguien del evangelio, resultamos torpes e inútiles. No sabemos cómo acercarnos a la gente; aunque tenemos mucho entusiasmo aún estamos en preparativos para aquel gran mañana que nunca llega. Somos como el director técnico entusiasta, inspirando a su equipo antes del partido: “Nunca hemos perdido, ni empatado, y jamás nos han metido un solo gol... ¡y estamos por jugar nuestro primer partido!” Seguimos “invictos” porque nunca nos hemos resuelto a enfrentar la oposición. Y continuaremos invictos, en tanto sigamos evitando los contactos necesarios.

### **Intentos Torpes de Testificar**

Quizá algunos de nosotros, presionados por amigos creyentes bien intencionados y por numerosas exhortaciones a testificar, hemos intentado, por lo menos una vez hablar del Señor; y hemos tenido que emprender la retirada tan desconcertados como un elefante sobre el hielo. Una experiencia traumatizante para ambos, comenzó en el momento de acercarnos, torpemente, a un desprevenido oyente. Descalabrado por nuestro rudo ataque, la víctima juró, mentalmente, evitarnos en el futuro (o, por lo menos, huir en el momento en que insinuáramos un tema religioso). Y, en cuanto a nosotros, escapamos penosamente del lugar del encuentro, deseando fervientemente no volver jamás

a ver al otro. En ese preciso momento nos retiramos de nuestro brevísimo servicio de testigos personales, conformándonos con algún trabajo detrás de bastidores.

“Me ofrezco a llenar sobres y a pegar estampillas. Si quieres, hasta estoy dispuesto a pegar afiches y a repartir himnarios en las reuniones. Pero algún otro tendrá que hablarle a la gente de Jesucristo; quizá Carlitos, que tiene el don de testificar.”

La mayoría de los que conocemos al Señor no sabemos cómo desenvolvernos en el mundo; por lo tanto, hemos optado por retirarnos. Y, entonces, mientras el 98 por ciento de nosotros se echa atrás, dejando que los especialistas y los que tienen “dones” realicen la tarea, el evangelio sigue siendo poco conocido y aún menos creído.

### **Cuando los Creyentes se Echan Atrás**

Al echarnos atrás, no solamente privamos a muchos de una oportunidad única de escuchar el evangelio, sino que también nos empobrecemos espiritualmente, pues nos privamos a nosotros mismos de la experiencia de ver a individuos que ingresan a la familia de Dios, a través de un auténtico nuevo nacimiento. El evangelio nos parece menos real cuando no vemos evidencias de su poder redentor. Si escuchamos, repetidamente, las afirmaciones y promesas de Cristo sin observar nunca que hagan efecto, que produzcan una respuesta positiva, o que resulten en vidas cambiadas, es inevitable que empecemos a preguntarnos para nosotros mismos al principio, aunque jamás nos atrevamos a expresarlo en voz alta: “Después de todo, ¿será realmente cierto el evangelio? ¿Tendrá algún poder?” Pronto, nuestra vida espiritual se cubre de un manto de irrealdad. Nuestras oraciones se tornan vagas; nuestro estudio bíblico se convierte en algo académico, algo así como conservas teológicas enlatadas, sobre un estante. Al volvernos del mundo exterior hacia nosotros mismos, es fácil que, con una actitud de superioridad por la virtud propia, nos dediquemos a escudriñar la vida de otros creyentes, criticándolos y encontrándoles faltas.

### **La Obediencia en la Evangelización**

La obediencia en la evangelización es una de las claves del bienestar espiritual. Es algo indispensable para todos los creyentes, tanto individual como colectivamente. La evangelización es a la vida cristiana lo que el agua a cierto tipo de acumuladores o baterías de automóvil: el vendedor los entrega en excelentes condiciones, pero son impotentes hasta que se les agregue el agua. En forma similar, la evangelización pone chispa en la vida cristiana. Cuando evangelizamos, oramos específicamente, implorando a Dios la victoria en las

batallas espirituales que se libran en el alma del individuo por quien estamos preocupados. Pedimos a Dios que ilumine a esa persona en particular, que le haga conocer al Salvador y la nueva vida, y que utilice nuestras vidas o cualquier otro medio para alcanzarle. Vemos esperanzados cómo Dios contesta nuestras oraciones. Notamos que su indiferencia o antagonismo van cediendo y que su interés aumenta. Entretanto, la Biblia cobra nuevo vigor y actualidad cuando vemos que otros responden a la verdad que contiene. Pasajes que una vez parecieron áridos y extraños, se vuelven prácticos y pertinentes. Y, cosa notable, cuando nos estamos dedicando a la evangelización, no encontramos tiempo para criticar a otros creyentes y sus faltas. Al unírnos sinceramente en la proclamación del mensaje de redención, nos olvidamos de pequeñas debilidades, y los pecados que más nos preocupan son los nuestros propios.

Hagamos un breve repaso. Hemos visto

- (1) que una relación personal, genuina con Cristo Jesús, como Señor, es un requisito previo para ser un testigo cristiano;
- (2) que el testimonio cristiano abarca toda nuestra vida;
- (3) que la participación en la evangelización, es un elemento esencial para nuestro crecimiento en el Señor y para una vida cristiana vigorosa.

Pero también hemos reconocido un problema básico: a menudo no sabemos cómo dar testimonio oral. Más específicamente, no sabemos transmitir el evangelio de persona a persona, con gracia y soltura.

Al tratar este problema, debemos reconocer un hecho básico. Todo creyente es un misionero. Toda persona que por su fe y confianza en Cristo Jesús ha nacido a la familia de Dios, recibe automáticamente la comisión del Señor. Pablo enseñó a los corintios que: “Somos embajadores de Cristo” (2 Cor. 5:20). Para evitar que alguien no entienda o trate de esquivar su deber, Pablo repite varias veces que el ministerio de reconciliación nos ha sido encomendado. Es a través de nosotros, tú y yo, que Dios hace su apelación. En nombre de Cristo rogamos a los hombres que se reconcilien con Dios (2 Cor. 5:18-20). ¡Es una cosa tremenda cuando esta verdad se hace carne en nosotros! ¿Se te ha ocurrido pensar, alguna vez, que tú eres Cristo Jesús para muchas personas? No es otro: tú mismo eres Cristo Jesús para ellos.

Una tremenda responsabilidad y un privilegio infinito son nuestros como representantes de Cristo. Para alentarnos, Pedro nos recuerda que el Señor nos guía mediante su ejemplo (1 Ped. 2:21). Debemos “seguir sus pisadas” en todos los aspectos de nuestras vidas, incluso en el testimonio.

## Siete Principios para la Acción

Tomando como ejemplo la entrevista de nuestro Señor con la mujer samaritana en el pozo de Sicar, podemos encontrar algunos principios básicos y prácticos que debemos seguir al procurar representarle con naturalidad y realismo. Sólo sabemos de una entrevista entre nuestro Señor y esta mujer de Samaría (Juan 4). En esta oportunidad, como en otras, condensó todo su “testimonio” en una sola conversación. A veces, sobre todo cuando estamos de viaje, conocemos y hablamos con una persona a quien nunca más volveremos a ver. Por lo general, sin embargo, nosotros tenemos encuentros constantes con un número limitado de individuos no creyentes, como son nuestro compañero de pieza o de clase, nuestro vecino, un pariente o compañero de trabajo. Aunque debemos estar atentos a esas “oportunidades únicas” pareciera ser que nuestra responsabilidad mayor es hacia aquellos a quienes vemos de continuo. Y sin embargo, nos cerramos herméticamente cuando se presenta la oportunidad de hablar del Señor a alguno que conocemos bien. Jamás se nos ocurriría hacer alto extravagante en su presencia — porque después de todo, tenemos que seguir viviendo con él. Quizá sí nos arriesgaríamos a ser más explícitos con un desconocido, a quien nunca volveremos a ver.

### 1. Al Encuentro de los Otros

Veamos ahora, cómo obró nuestro Señor y destaquemos los principios básicos que empleó en esta entrevista única. Busquemos, sobre todo, la forma de aplicar estos principios a una relación prolongada con un individuo no creyente.

Comencemos desde el principio del relato:

*Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea. Y le era necesario pasar por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua.*

El primer principio es evidente: nuestra vida social tiene que incluir a los no creyentes. Y sin embargo, se pasa por alto este principio en muchos círculos evangélicos. Este hecho sencillo explica gran parte de la aparente impotencia del evangelio en el mundo actual. Tanto en nuestras agrupaciones cristianas (iglesias y otros grupos) como individualmente, a menudo no se encuentran personas no creyentes que escuchen el mensaje. El resultado es que nadie viene a Cristo. El Espíritu Santo no puede salvar ni a los santos ni a los

asientos. Si no conocemos a personas no creyentes, ¿cómo podemos traerlos al Señor?

Cuando nuestro Señor llamó a Simón y a Andrés, les dijo: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Mar. 1:17). Entre otras cosas, estaba indicando que para pescar es necesario ir donde están los peces. Es patético el cuadro de un tonto pescando en un cubo de agua. Sin embargo, parece que en la evangelización, algunos hacemos justamente eso. Celebramos reuniones evangelísticas en las cuales los no creyentes son pocos o faltan por completo. Los peces no se vienen a meter en nuestro cubo. Debemos ir adonde se encuentran, si es que hemos de ganar para el evangelio un auditorio de consideración.

Por ejemplo, en una reciente serie de conferencias en una universidad, varios centenares de estudiantes se presentaron cada noche en el anfiteatro central para escuchar el mensaje. ¡Extraordinario! Pero alcanzamos a mil trescientos estudiantes no creyentes visitándolos en las pensiones y residencias estudiantiles. Aunque muy pocos de éstos hubieran asistido a las conferencias, nos escucharon de buena gana y con un interés creciente. Y varios llegaron a ser creyentes allí mismo donde vivían. No restamos valor a las conferencias y debemos valernos de diversos medios para ganar a otros para el Reino. Pero la verdad es que, a menudo, sólo alcanzamos números apreciables cuando salimos a encontrarlos en su propio terreno.

Volvamos a ver la actitud de nuestro Señor en otra situación. Los fariseos, muy seguros de su propia justicia, se molestaron mucho al ver que Jesús se reunía con gente pecaminosa. Decían, “Vean con quiénes se junta — ¡hasta come con ellos! Es amigo de publicanos y pecadores”. Pero él respondió (observen el dejo de ironía en su voz), “¿No comprenden? No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Luc. 5:27-32).

Gran parte del problema surge porque hemos creado una equivalencia falsa entre la separación y el aislamiento. Quizá trazando una analogía médica, comprendamos mejor el problema. Cuando el Ministerio de Salud Pública teme una epidemia de escarlatina, procura aislar a los portadores de gérmenes. Colocando en cuarentena a los enfermos, evita la propagación de la enfermedad. Igualmente, la forma segura de evitar la extensión del evangelio es el aislamiento de sus portadores (los creyentes) del resto del mundo. El enemigo de la humanidad intenta hacer esto convenciéndonos de que debemos juntarnos y evitar todo contacto innecesario con los no creyentes, no sea que nos contaminemos. Su lógica diabólica ha convencido a muchos creyentes. Algunos me han informado, con evidente orgullo, que nunca ha entrado a su hogar un no creyente. Sintiendo muy espirituales, se jactan de no tener

siquiera un amigo inconverso. ¡Y luego se preguntan por qué jamás han tenido el gozo de llevar a alguno a Cristo!

Al volver a examinar las enseñanzas del Nuevo Testamento, descubrimos que la separación del mundo y el aislamiento del mundo no son la misma cosa. El Señor Jesús aclaró bien este punto en su clásica oración a nuestro favor (Juan 17): “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (verso 15). Y habiéndonos encomendado a la segura protección del Padre, dejó el siguiente mandato a sus seguidores: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...”; “me seréis testigos... hasta lo último de la tierra” (Mat. 28:19; Hech. 1: 8).

No es, sin embargo, cosa nueva la confusión actual entre separación y aislamiento. Notamos el mismo malentendido entre los corintios del siglo primero. Pablo tuvo que aclararles el asunto:

“Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo. Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere...” (1 Cor. 5: 9-11).

Debían comprender los creyentes de Corinto, y nosotros también, *que retirarse de aquellos que no conocen a Cristo Jesús es desobediencia lisa y llana a la voluntad de Dios.*

En vez de retirarnos, debemos salir y comunicarnos con el mundo. Debemos descubrir cómo, en la práctica, podemos iniciar y desarrollar amistades con individuos no creyentes, para luego explicarles el evangelio de Jesucristo con amor, realismo, y un sentido de actualidad. Veamos algunas posibilidades.

El creyente en la universidad tiene oportunidades ilimitadas. Como regla general, podríamos compartir con los no creyentes algo más del tiempo y de las actividades que por lo común reservamos para nuestros compañeros creyentes (o, hablando sinceramente, nuestra “barra” de creyentes). Podemos ir de compras, o asistir juntos a conciertos u obras de teatro, o quizá a algún partido; almorzar o tomar un café, o estudiar con ellos, en fin, redimir estas actividades para la eternidad.

También podemos entrar a formar parte del coro universitario o de la entidad que organiza los viajes de estudios; o, quizá, colaborar en aspectos positivos del quehacer de las agrupaciones estudiantiles (organización de cursillos, preparación de “apuntes”, etc.), según la inclinación y habilidad que tengamos. Al participar así de la vida universitaria estaremos haciendo una contribución positiva, a la vez que estableciendo contactos normales con no creyentes.

Si vivimos cerca de la universidad o acostumbramos pasar los fines de semana en casa, podemos invitar a compañeros a visitarnos, echando así las bases para una amistad significativa.

Además, muchos trabajamos, y casi todos vivimos fuera de la universidad en sí. ¿Por qué no hacernos amigos de un vecino o compañero de trabajo, llegando a conocerle y a amarle en nombre de Cristo Jesús? Basta un saludo y una sonrisa al cruzarnos por la calle, para empezar.

Tampoco debemos olvidar a los estudiantes extranjeros, que en algunos países, asisten a nuestras facultades o a otras cercanas; la mayoría de ellos se encuentran muy solos. Aun el creyente extranjero, a menudo se siente perdido y hasta un poco mareado por el diferente ritmo de vida. Cada uno de nuestros amigos extranjeros precisa compañerismo y comprensión para lograr los ajustes necesarios durante su estadía en nuestro país, de modo que al regresar a su tierra se encuentre bien preparado (no sólo en lo académico, sino también como persona y como creyente) para actuar como dirigente.

Nuestro propio barrio, si es que vivimos en nuestra casa, es frecuentemente la más descuidada de nuestras oportunidades para un testimonio fructífero. Como centro primario para la evangelización, nuestro hogar puede ser una red de pesca que alimenta a la iglesia. El típico no creyente entrará diez veces más fácilmente a nuestro hogar que a nuestra iglesia.

Pero como dicen las Escrituras, el que tiene amigos ha de mostrarse amigo (Prov. 18:24). Muchos creyentes han perdido el arte de la amistad, porque piensan que es tiempo malgastado el que no se emplea en alguna actividad específicamente religiosa. Para mostrarse amigo, quizá sea necesario escuchar los problemas del vecino, o participar con él en actividades no religiosas que sean de interés mutuo. También habrá que aprovechar las oportunidades que se presenten de expresar el amor cristiano, ya sea haciendo mandados, cuidando los chicos, o prestando cualquier otro servicio, por prosaico que sea, que permita demostrar el amor de Cristo.

Las reuniones sociales y las charlas en el café no son forzosamente una pérdida de tiempo, aun cuando no se presente en ese momento alguna oportunidad de referirse al evangelio. Si hemos entregado nuestro tiempo al Señor, el Espíritu Santo nos dará, en el momento que él crea conveniente, oportunidades espontáneas para hablar del Salvador. Muchos que se hicieron amigos así, informalmente, asistieron luego con entusiasmo a estudios bíblicos en grupos con sus vecinos. A través de estos estudios bíblicos y de las conversaciones que de ellos surgieron, muchos han llegado a conocer a Cristo Jesús y a formar parte de su iglesia.

Tendremos que darnos cuenta de algunas cosas para poder poner en práctica estas ideas. Por ejemplo, no podemos esperar imponer nuestras normas de conducta a los no creyentes, aunque seamos sus anfitriones. La cortesía elemental quizá exija que compremos algunos ceniceros para aquellas visitas que fumen. Nuestra inconsiderada censura del no creyente en un asunto de importancia secundaria, como lo es éste, frecuentemente crea un resentimiento contra todos los creyentes, que constituye una barrera de autodefensa más difícil de penetrar que una pared de cemento. ¡Ser cortés con un fumador no significa que estemos recomendando el uso de cigarrillos! Puesto que las amistades se desarrollan en un ambiente de toma-y-daca, también deberemos estar dispuestos a ser los invitados de algún amigo no creyente que quiera retribuir nuestra atención. Cómo actuar con gracia y soltura, pero sin ceder en principios básicos al encontrarnos en un ambiente no cristiano, es un tema muy amplio y lo trataremos luego con más detalles.

Repitamos el primer principio que debemos comprender para poder testificar: buscar encuentros con no creyentes. Debiéramos preguntarnos, ¿Por qué persona estoy orando específicamente, todos los días, pidiendo que Dios el Espíritu Santo abra sus ojos, le ilumine y doblegue su voluntad hasta que reciba a Cristo Jesús como Señor y Salvador? ¿Hay alguna persona con quien estoy buscando oportunidades de mostrar el amor de Cristo? ¿Estoy dispuesto a tomar la iniciativa para transmitirle el evangelio, a medida que el Espíritu Santo me da la oportunidad de hacerlo? Si descubrimos que hay una ausencia de encuentros vitales con los no creyentes, podemos sencillamente pedir que Dios nos muestre una persona con quien podamos orar, a quien podamos amar y a quien, con el tiempo, podamos llevar al Salvador. Si pedimos así, Dios nos mostrará algún individuo. El nos dice, “Alzad vuestros ojos y mirad...” (Juan. 4:35).

## **2. Buscar un Terreno Común**

Podemos luego aplicar el segundo principio: Establecer un terreno común que sirva como medio de comunicación. Volvamos al pasaje bíblico:

*Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber. Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.*

Como creyentes tendemos a despreciar cualquier cosa que requiera mucha preparación previa. Nos gusta saltar lo que no es esencial e ir derecho al grano. Pensamos que los preludios son una pérdida de tiempo. De haber sido yo el Señor, es probable que de entrada le hubiera dicho: “Señora, ¿sabe usted quién soy yo?” Pero esta no fue la vía de acceso empleada por nuestro Señor. En este relato, comenzó refiriéndose a algo que evidentemente interesaba a la mujer (había venido a sacar agua). Poco a poco fue guiando la conversación

desde este punto de interés conocido hacia una realidad espiritual de la cual ella no sabía nada. A casi todos les molesta verse envueltos en una conversación donde una persona se mete y monologa sobre un tema, sin importarle si su oyente tiene el mínimo interés en el asunto. A nosotros también nos molesta. Nos empezamos a preguntar si nosotros tenemos importancia alguna para el que habla, o si sólo le preocupa volver a escuchar su discurso preferido.

Ojalá hubiera aprendido antes esta lección en cuanto a la comunicación con otros. Cada seis meses, término medio, la presión de testificar alcanzaba niveles explosivos en mí. No sabiendo cosa mejor que hacer, me abalanzaba sobre alguno y, con mirada vidriosa, le recitaba una ristra de versículos. Sinceramente no esperaba respuesta alguna. Apenas mi víctima indicaba su falta de interés, comenzaba a alejarme de él con un suspiro de alivio y un pensamiento consolador: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3:12). Habiendo cumplido con mi deber, volvía a meterme en mi cascarón de mártir para pasar otros seis meses de inacción, hasta tanto la presión interna volviera a hacerse intolerable y me obligara a salir. Cuando al fin me di cuenta que era yo, y no la cruz, lo que ofendía a la gente, fue un choque tremendo. Mi modo torpe, inconscientemente mal educado y hasta estúpido, de acercarme a otros, era el responsable de que el mensaje del evangelio y yo fuéramos rechazados.

Como instrumentos en las manos de Dios, debemos comenzar a trabajar con una actitud positiva y con paciencia para establecer puntos de interés mutuo con otros, comenzando con lo que a ellos les interesa. Y luego podremos, provechosamente, conversar juntos de asuntos espirituales. El conocido libro de Dale Carnegie, *Cómo Ganar Amigos*, ofrece numerosas anécdotas que ilustran la acción y reacción de la personalidad humana, junto con sugerencias sanas, y de sentido común para mejorar nuestras relaciones con otros.<sup>12</sup> Por ejemplo, nos recuerda que la voz que más le gusta a cualquiera es la propia. A todos les gusta hablar, pero a algunos les gusta más que a otros. Muchos darían cualquier cosa por encontrarse con alguien que sencillamente les escuche. Y cuando escuchamos durante un tiempo suficientemente largo, no sólo comenzamos a conocer y a entender a esa persona; también logramos su gratitud y disposición a escucharnos, permitiendo así que le hablemos adecuadamente. De este modo, el Espíritu Santo a menudo atrae a otros hacia nosotros, y luego, a través de nosotros, les habla de Cristo Jesús de modo que ellos puedan venir a él.

Hace un tiempo, conocimos con mi familia, a un matrimonio que tenía impresiones muy negativas del cristianismo. Al comenzar a tratar con ellos descubrieron, por supuesto, que estábamos metidos en la obra cristiana y

quedaron boquiabiertos. En seguida se pusieron a la defensiva. Una experiencia previa les había dejado con una imagen mental de lo que debían esperar de los creyentes.

Descubrimos bien pronto que había dos cosas que les interesaban : las flores y la historia de nuestro pueblo (habían vivido allí desde su infancia). Aunque el cultivo de las flores no es mi pasión en la vida, ni mucho menos, he aprendido muchísimo en cuanto a las flores durante estos últimos años. Y con mi señora hemos escuchado y hemos aprendido mucho acerca de nuestro pueblo. Con el correr del tiempo, se ha creado un interés mutuo entre nosotros. Cuando vuelvo de algún viaje, a menudo me hacen preguntas: “¿Qué estuviste haciendo en la universidad de \_\_\_\_\_? ¿Qué dijiste? ¿Tenían realmente interés los estudiantes?” Al responder, puedo compartir con ellos el poder y la provisión de Jesucristo para cada hombre y sus necesidades individuales.<sup>f3</sup>

Nuestro punto de partida con estos amigos fue lo que a ellos les interesaba. No lograron encajarnos en el concepto estereotipado que tenían del cristianismo. Por el hecho de compartir de buena gana sus intereses, y no condenarles por fumar o emplear palabrotas, no se ofendieron ni se enajenaron; más bien, se han abierto a nosotros y a lo que más nos interesa. Por la gracia de Dios, creo que pronto entrarán al Reino.

### 3. Despertar Interés

Seguimos leyendo en Juan 4 y vemos que el Señor despierta el interés y la curiosidad de la mujer en su mensaje valiéndose de dos medios:

*La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se trataban entre sí.*

*Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice:*

*Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. De dónde, pues, tienes el agua viva?*

*Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual*

*bebieron él, sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré*

*será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla.*

Es fascinante ver cómo se enciende la curiosidad de esta mujer y cómo arde a medida que el Señor la va llevando. Primero, él vino adonde ella estaba. Segundo, mostró un interés en lo que le preocupaba a la mujer. Y ahora, Jesús actúa de tal modo que despierta una respuesta positiva hacia su persona y su mensaje de verdad.

En este momento, el impacto de su acción está en el mero hecho de hablar con ella. Por el sencillo hecho de hablar con la mujer, derriba barreras sociales, religiosas y políticoraciales. Jesús es hombre, y habla con ella, que es mujer. El es rabino, y como tal dialoga con ella, que es una mujer inmoral. El es judío y habla con ella, una samaritana. Y así, la sacude. Aunque ella no alcanza a darse cuenta de quién es su interlocutor, percibe en éste una vida de dimensión más profunda, por su negativa a hacer discriminación en contra de ella. El la está aceptando como ella es.

Al seguir el ejemplo de nuestro Señor, ¿cómo debemos procurar ganar el interés y la atención de la gente de modo que Dios pueda, a través de nosotros, producir en ellos la convicción y una decisión? Personalmente no creo que el método del Señor sea andar por la vereda con un gran letrado que, en letras disparejas anuncie: “Soy cristiano. Pregúnteme”. El Señor no nos llamó a ser chiflados. Es cierto que al representar a Cristo algunos pensarán que somos tontos, y nos lo dirán, pero esa opinión no nos autoriza a adoptar un comportamiento extravagante. Nuestras chifladuras pueden despertar un interés momentáneo, pero tienden a enfriar un interés verdadero en el evangelio. En cuanto al espectador promedio, que pudiera verse atraído por el mensaje cristiano, si ve un creyente chiflado piensa que si ese es el comportamiento típico de los creyentes, es mejor olvidarse del cristianismo. Una reacción negativa así, significa que estamos derrotados. Necesitamos crear un interés positivo que llevará al individuo a investigar y a descubrir lo que realmente significa el cristianismo.

Como creyentes, debería caracterizarnos esa otra dimensión, más profunda, de la vida; dimensión que los no creyentes reconocen aunque carezcan de ella. A medida que pasamos el tiempo con un no creyente, nuestro sentido de verdadero propósito en la vida, nuestra escala de valores, las cosas que nos preocupan y que consumen nuestras energías, se mostrarán espontáneamente en nuestras actividades diarias. Nuestras actitudes hacia otros, el modo de reaccionar ante las circunstancias, esa paz y contentamiento que nos sostienen en las presiones y crisis de la vida, serán un indicio de la calidad de nuestra vida. Si en estas cosas no somos diferentes de los que nos rodean, debemos averiguar, en la presencia del Señor, qué es lo que falta y pedir que él supla nuestra necesidad.

Si nuestras vidas están plagadas de inconsecuencias, será mejor que nos callemos la boca. Sin embargo, no estoy sugiriendo que esperemos ser perfectos antes de hablar con alguien. Satanás quiere que nos quedemos callados. Uno de sus métodos de engaño consiste en intentar convencernos que no debemos testificar de Jesucristo, hasta tanto podamos hacernos pasar como hermanos gemelos del arcángel Gabriel. Después de todo no debemos ser

hipócritas. Esta mentira, que es necesaria la perfección antes de poder hablar, ha tapado la boca a muchos creyentes. La verdad es que las debilidades personales y las faltas que más notamos, generalmente pasan inadvertidas para el que no conoce a Cristo Jesús. Pues al andar en una auténtica comunión diaria con Jesucristo, el Espíritu Santo nos convence de pecado, a la vez que añade esa otra dimensión a nuestras vidas, aunque no nos demos cuenta de ello. Como Moisés, cuyo rostro resplandecía con un brillo especial, es probable que otros vean esta cualidad en nuestras vidas mucho antes que nosotros mismos. Y su curiosidad puede llevarles más allá de lo que somos, a buscar la fuente de nuestra vida en Cristo.

Jesús nos ha llamado a ser la sal de la tierra, pues a través de nuestras vidas (que él vive en nosotros), crea en otros una sed de él, el agua de vida. Pero si no reconocemos la fuente de nuestra vida en Cristo Jesús, confundimos a los otros y robamos a Dios la gloria que le pertenece. El no creyente puede, sencillamente, llegar a la conclusión de que Irma o Enrique son personas extraordinarias y que ojalá pudiera ser como ellas. Hasta que no testifiquemos de Cristo, un observador así no tendrá idea en cuanto al origen de esa vida que él admira y desea.

A veces se pregunta, ¿qué es más importante en el testimonio, la vida que vivo o las palabras que digo? Esta pregunta crea una falsa antítesis entre la integridad de nuestras vidas y nuestro testimonio oral. Es lo mismo que preguntar cuál ala de un avión es la más importante, ¿la derecha o la izquierda? Es evidente que ambas son esenciales y si no están las dos, no queda nada. La vida y la palabra son inseparables en el testimonio eficaz para Cristo.

Puesto que en nuestra reacción contra un evangelismo demasiado agresivo tendemos a adoptar un silencio pasivo, es necesario que aprendamos a ser voceros valientes de Cristo, sin ser ofensivos. A través de sus palabras, nuestro Señor provocó una pregunta de parte de la mujer samaritana. Este también es un principio que podemos seguir. Una vez que el no creyente toma la iniciativa, desaparecerá toda la tensión en nuestra conversación acerca de Jesucristo. Podemos seguirla del punto donde cortamos, sin dificultad alguna. Por otra parte, cuando avanzamos contra una resistencia cada vez mayor, hacemos más mal que bien. Y ¿cómo podemos lograr que el no creyente nos haga una pregunta? La respuesta está en lanzar la carnada, como pescadores de hombres, y luego hablar con aquellos que respondan.

Por más que queramos, no podemos crear interés espiritual en la vida de otro. Sólo el Espíritu Santo puede hacer esto. Sin embargo, podemos ser instrumentos en su mano para descubrir el interés que él ya ha creado. Descubriremos a tantos que tienen interés en una realidad espiritual, que no

tendremos necesidad de forzar el asunto con los que no están interesados. Es un tremendo alivio cuando descubrimos que podemos legítimamente abandonar el tema cuando, después de haber lanzado la carnada, no descubrimos una respuesta motivada por el Espíritu Santo.

Toda persona que he conocido, a quien Dios ha utilizado en la evangelización personal, ha tenido una actitud expectante para descubrir a personas interesadas. En todo grupo de personas, o en conversación con alguna en particular se hace la siguiente pregunta, Señor, ¿estás tú obrando en esta persona ? Luego, a medida que el Espíritu le da la oportunidad, procure ver cómo responde.

Librados de la tensión de una conversación forzada con alguien que nos oye de mala gana, podremos hablar en ese momento o en algún otro acerca de Cristo Jesús. Confiados en la dirección del Señor, y libres de toda sensación de tensión o de vergüenza, seremos naturales al hablar de cosas espirituales. Al testificar debiéramos ser tan naturales y espontáneos en nuestro tono de voz y actitud como lo somos al hablar de un partido de fútbol, de una tarea que nos han asignado, de las andanzas de un chiquillo o de la política.

Pero, ¿cómo podemos lanzar la carnada? Nuestro Señor lo logró mediante una afirmación difícil de entender y que provocó una pregunta de parte de la mujer samaritana. Su afirmación se refería a las necesidades primordiales de ella, a la vez que sugería la disposición y la capacidad de nuestro Señor para suplir esas necesidades.

*Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob... ?*

Nosotros también podemos comenzar con una afirmación o incluso empezar planteando alguna pregunta.

Jesús también se anticipó a las reacciones de la mujer. Ni una de las preguntas que ella hizo lo tomaron desprevenido. Para aprovechar al máximo cada oportunidad que se nos presente, debemos también pensar en las posibles respuestas. Al considerar las situaciones posibles, pensemos también cómo podemos lanzar la carnada y cómo nos desenvolvemos frente a la probable respuesta.

Aprovechando cualquier mención, aun indirecta, de temas religiosos en una conversación, muchos creyentes han empleado la siguiente serie de preguntas prácticas capaces de revelar un interés espiritual latente: Primero, a propósito ¿tienes algún tipo de preocupación religiosa? Muchos dirán: “Sí”. Pero aun si

la persona responde “No”, podemos pasar a una segunda pregunta: En tu opinión ¿qué es un verdadero cristiano? Que alguien quiera escuchar su opinión siempre le resulta agradable a una persona. Su respuesta nos dará una comprensión de primera mano, más acertada, aunque a veces chocante, de lo que piensa como no creyente, y por el hecho de haberle escuchado, estará mucho más dispuesta a escucharnos. En general, las respuestas que se dan a esta pregunta giran en torno a alguna actividad: ir a la iglesia, leer la Biblia, orar, cumplir con los mandamientos, ser bautizado. Ante una respuesta así, podemos decir que estamos de acuerdo en afirmar que el verdadero cristiano generalmente hace estas cosas, pero señalar que la respuesta no define lo que es el verdadero cristiano. El verdadero cristiano es aquel que mantiene una relación personal con Cristo Jesús como Persona viviente. Si la persona no creyente sigue interesada a medida que vamos explicando esto, podemos hacer la tercer pregunta: ¿Quisieras llegar a ser un cristiano verdadero ahora mismo? Hoy en día es asombroso el número de personas que vagan en una especie de neblina espiritual, anhelando que alguno les conduzca hacia la verdad.

Si estamos conversando con un amigo cuyo trasfondo es católico romano, podemos decir: “Sabes, tengo mucho más en común contigo que con algunos amigos protestantes de tendencia liberal.” Puede sorprenderle esta afirmación, pero sin duda también le agrada. Puedes luego agregar esta explicación:

“Tú crees que la Biblia es la Palabra de Dios, que Cristo es Dios, que fue necesaria su muerte en nuestro lugar y por nuestros pecados, que Cristo resucitó de los muertos; pero muchos protestantes liberales niegan estos hechos básicos del cristianismo.”

Podemos continuar diciendo:

“Supongo que en la iglesia católica habrás descubierto lo que yo he observado en la iglesia protestante: Que hay algunos metodistas, bautistas, presbiterianos, anglicanos, etc., que realmente conocen personalmente a Cristo Jesús, y otros que no.”

Invariablemente manifestará estar de acuerdo, reconociendo así un hecho fundamental, a saber que el mero hecho de ser miembro de una iglesia, cualquiera que fuere, no es en sí garantía de una relación personal con Cristo Jesús. Podemos, luego, conversar con él acerca de lo que significa tener una relación personal con el Señor.

Si estamos alertas, podemos aprovechar muchas otras oportunidades de lanzar alguna frase que conduzca a conversaciones provechosas. Pero muchas veces no decimos nada porque apenas, a la hora, se nos ocurre la frase apropiada. Así que, empecemos a pensar ahora en algunas frases comunes que en nuestra conversación diaria nos permitan hablar del Señor.

Otro medio de lanzar la carnada consiste en estar alerta a las oportunidades que se nos presentan de compartir nuestra experiencia espiritual. Al ir conociendo personalmente a los no creyentes, comenzarán a contarnos confidencialmente sus problemas, aspiraciones, deseos, frustraciones, y su sensación de vacío. Cuando nos cuentan estas cosas podemos decirles, sin bulla (si nuestra experiencia fue semejante):

“Sabes, yo también me sentía así, hasta que tuve una experiencia que cambió mi actitud hacia la vida. ¿Quieres que te cuente cómo fue?”

Con una afirmación no demasiado explícita, y ofreciendo contarle nuestra experiencia más bien que obligándole a escucharla, podemos evitar que el otro sienta que estamos descargando sobre él algo no solicitado. Si él nos pide que relatemos nuestra experiencia, debemos estar dispuestos a hablar brevemente poniendo énfasis en la realidad de Cristo para nosotros hoy, y eliminando aquellos detalles aburridores y que no vienen al caso. Debemos sencillamente decir lo que Cristo significa para nosotros ahora, y cómo nos ha cambiado.

Si nuestra experiencia no ha sido semejante a la descrita por nuestro amigo no creyente, pero Cristo es una realidad para nosotros hoy, podemos decir:

“Sabes, yo también me sentiría igual, a no ser por una experiencia que tuve y que cambió mi actitud hacia la vida. ¿Quieres que te cuente cómo fue?”

Aquellos que nos hemos criado en una iglesia y un hogar evangélicos, a menudo adquirimos un complejo de inferioridad porque no podemos señalar un cambio dramático que ocurrió en nuestras vidas, en el momento de hacernos creyentes. No podemos decir: “Yo era un morfinómano, ¡pero vean lo que Cristo ha hecho por mí!” Si conocimos la vida nueva en Cristo, como niños, probablemente no notamos gran cambio en nuestras vidas. No tenemos por qué sentirnos inferiores o disculparnos por esto, como si de algún modo nuestra experiencia no fuera tan genuina como otra más espectacular. La conversión de Pablo fue maravillosamente dramática, pero debemos recordar siempre que la de Timoteo fue igualmente real. Desde su tierna infancia escuchó la Palabra de Dios de labios de su abuela Loida y de su madre Eunice. La pregunta crucial que debemos hacernos es si Cristo Jesús es una realidad dinámica para nosotros hoy mismo.

También podemos lanzar más efectivamente la carnada si estamos preparados para las preguntas que frecuentemente se nos hace. A menudo nos damos cuenta demasiado tarde de que nos perdimos una oportunidad magnífica de hablar porque no supimos qué decir en ese momento. A veces nos preguntan:

“¿Por qué estás tan contento? Parece que tuvieras alguna motivación distinta. No eres como yo ni como los demás. ¿Por qué? ¿Por qué es que parece tener algún propósito en tu vida?”

También aquí podemos decir: “Tuve una experiencia que cambió mi actitud hacia la vida.” Y luego, si se nos pide que lo hagamos, podemos compartir esa experiencia de Cristo con ellos.

Es también frecuente que nos hagan alguna pregunta relacionada con nuestra iglesia, o con alguna actividad, y que puede relacionarse directamente con temas espirituales si la manejamos adecuadamente. Cuando estoy de viaje, me preguntan con mucha frecuencia: “¿En qué trabaja usted?” Yo antes respondía en forma natural: “Pertenezco al personal del InterVarsity Christian Fellowship.” Generalmente se producía una pausa embarazosa, luego de la cual mi amigo, nerviosamente, pasaba a otro tema y volvía a intentar otro acercamiento. Un día alguien señaló que las respuestas que indican una actividad o función, siempre dicen más que una ristra de nombres propios y títulos. Así que ahora les explico en qué consiste mi trabajo: “Yo hablo con estudiantes acerca de la relación que tiene Cristo Jesús con la vida diaria.” El interlocutor curioso a menudo responde: “Parece interesante lo que hace.” “Lo es”, le digo. “Justamente, la otra noche estaba conversando con un estudiante que me dijo...”, y luego le cuento brevemente de una conversación real. Enseguida pregunto: “De paso, ¿le interesan las cosas espirituales?” Y de ahí generalmente surge otra conversación provechosa.

Cuando se están discutiendo los acontecimientos del día, la última crisis mundial o cualquier otro asunto corriente, podemos preguntar: “¿Cuál te parece que es el problema fundamental que aqueja al mundo?” Cuando el otro ha terminado de enumerar varias causas externas de los problemas que afligen a la humanidad, podemos preguntar: “¿Has considerado lo que dijo Cristo Jesús en cuanto a esto?”, refiriéndonos luego al diagnóstico que hace del problema del hombre, en Mar. 7:21-23. El hombre mismo, por las actitudes interiores que presenta, es el problema básico. G. K. Chesterton lo expresó muy bien al decir: “¿Cuál es el mal de este mundo? Yo soy el mal de este mundo.” Y la única solución al problema del “Yo” es Cristo Jesús, quien ha prometido cambiarnos si nos entregamos a él.

Libros y folletos que tengan que ver con temas provocativos, ofrecen otra posibilidad de lograr conversaciones estimulantes sobre temas espirituales. Entre los libros que se encuentran a mano en nuestra sala de estar hay títulos seculares y religiosos, como *Visión*, *Certeza*, *Manantiales en el Desierto*, etc. Nuestras visitas, a menudo hojean estos libros e incluso, a veces los piden prestados. También podemos ofrecer algún folleto evangelístico, por ejemplo, *Cómo Llegar a Ser Cristiano*, a algún amigo con este comentario:

“Tendría interés en saber qué piensas en cuanto a esto. No tengo muchos ejemplares, de modo que te agradecería que me lo devuelvas.”

Habiendo colocado en sus manos una exposición clara y concisa de la fe cristiana, podemos esperar tener una conversación provechosa con él acerca de Cristo Jesús.

En estas situaciones y otras semejantes, nos ayudará a vencer nuestro nerviosismo y a actuar con tranquilidad si sabemos de antemano qué es lo que vamos a decir. Si nos encontramos tensos e incómodos, el otro también se pondrá tenso e incómodo; pero si estamos cómodos, él también lo estará. Al desarrollarse en nosotros una confianza de que el Espíritu Santo nos ha de guiar a las personas interesadas, podemos sobreponernos a la tendencia a pedir disculpas por nuestra fe. Cuando damos por sentado que alguien carece de interés, nos encontramos derrotados aun antes de comenzar. Pero, si, por otra parte, damos por sentado que hay interés, generalmente obtendremos una respuesta positiva. Cada encuentro exitoso con un no creyente nos dará mayor fe y confianza para el siguiente.

#### **4. No Ir Demasiado Lejos**

En lo que sigue de la conversación de nuestro Señor, descubrimos los principios cuatro y cinco: presentar del mensaje sólo lo que el otro esté dispuesto a recibir, y no condenarle.

*Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla. Jesús le dijo: Vé, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta.*

A pesar del interés evidente y curiosidad de la samaritana, Jesús no le dijo todo de una vez. De a poco, y a medida que ella se disponía a recibir más, le revelaba más en cuanto a sí mismo. Cuando su curiosidad llegó a su punto máximo (v. 26) se identificó como el Cristo.

En el momento de descubrir en el no creyente un mínimo de interés, muchos tendemos a meternos y a darle de golpe todo el evangelio, sin detenernos ni para respirar ni para esperar la reacción de nuestro oyente. ¡Pensamos que esta es, quizá, la única oportunidad que tendremos! Pero al depender del poder y la presencia del Espíritu Santo, ganaremos el tacto y discernimiento necesarios. El no creyente necesita que se le anime con suavidad cuando comienza a demostrar su interés, que generalmente es frágil al comienzo. De otro modo,

como ave asustada ante alguno que se acerca demasiado rápido, se retraerá ante nuestro ansioso “ataque”. Si por otra parte, somos espontáneos en nuestra actitud y tranquilos en nuestro modo de ser, nuestro interlocutor tenderá a presionarnos con mayor intensidad para averiguar el origen de nuestra reposada confianza.

## 5. No Condenar

En el quinto principio, vemos que nuestro Señor no condenó a la mujer. Al responder ella en cuanto a su marido, su pecado mismo la condenó. En el incidente similar con la mujer tomada en adulterio y traída al Señor por los fariseos, quienes se consideraban justos, Jesús dijo: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan. 8:11). Pero la mayoría somos muy rápidos para condenar. A menudo tenemos la idea equivocada de que, si no condenamos cierta actitud o acción la estamos aprobando. Pero no opinaba así nuestro Señor.

Inconscientemente condenamos al no creyente que nos ofrece un cigarrillo, o nos invita a beber con él, o sugiere alguna otra actividad que consideramos ilícita. Nuestra respuesta puede tener efectos devastadores. A veces es casi un acto reflejo decir: “No, gracias, no fumo, bebo, etc. Soy cristiano”. Mentalmente, nos felicitamos por haber dado un buen testimonio. Lo que realmente hemos logrado es lo siguiente: hemos condenado a la persona, y hemos tergiversado el evangelio con la implicación falsa de que esta prohibición específica es parte inherente del cristianismo.

Hay millares de individuos no creyentes en nuestra sociedad que no participan de estas cosas; pero no por eso son creyentes. Y, la verdad es que, en algunas culturas los creyentes beben cerveza o vino, o fuman tabaco sin pensarlo dos veces. Y son, sin embargo, creyentes. En ambas situaciones las costumbres imperantes y las convicciones personales determinan el modo de actuar. Sin embargo, si un amigo nos invita a ir a robar un banco y le decimos: “No, gracias, soy cristiano”, comprendería claramente la relación entre una cosa y otra. El octavo mandamiento claramente prohíbe el robo; el creyente no puede interpretar de otro modo el mandamiento, “no hurtarás”.

¿Cómo, pues, debemos responder al no creyente cuyas costumbres y convicciones personales difieren de las nuestras? La clave está en reconocer el cumplido y la generosidad implícitos en su oferta o invitación, y declinarla sobre una base personal, de modo que la persona no se sienta rechazada o condenada. Una forma de decir, “no, gracias” sobre una base personal es sugiriendo una actividad alternativa. Cuando nos invitan a tomar una cerveza, podemos responder: “No, gracias, pero te acompañaré otra vez a tomar una

bebida gaseosa”. O si nos invitan a ir a algún lugar donde preferiríamos no ir, podemos responder: “Gracias, no me interesa eso, pero avísame cuando vayas a escuchar un concierto (o a un partido, o conferencia, etc.), y te acompañaré.” Al sugerir una alternativa, el otro se dará cuenta de que no lo estamos rechazando a él.

Cuando rechazamos algún ofrecimiento, no es necesario que nos disculpemos. Al fin y al cabo, hay muchos no creyentes que no beben, ni fuman, ni bailan, ni hacen otras ciertas cosas. Cuando a un no creyente no le interesa jugar al ajedrez, no se ruboriza ni anda con rodeos para, finalmente, musitar en tono de disculpa: “No, gracias. No juego al ajedrez. Soy un no creyente.” ¡Por supuesto que no! Con toda soltura nos dice: “No, gracias, el ajedrez no me entusiasma. Pero avísame cuando quieras jugar al ping-pong.” Como testigos de Jesucristo podemos y debemos decir: “No, gracias”, con este mismo espíritu suelto y sin inhibiciones.

Cuando nos encontramos con que están sirviendo bebidas alcohólicas en alguna reunión (lo cual es inevitable si nos encontramos con vecinos y compañeros) podemos cortesmente pedir alguna gaseosa. Si el anfitrión no ha provisto algún sustituto para los no bebedores, la “metida de pata” es de él, no nuestra.

Cuando invitamos a una persona que fuma a nuestra casa o a nuestra habitación, debemos tener la cortesía de proveer un cenicero para que se encuentre cómodo. Al hacerlo, no estamos aprobando que fume, pero estamos evitando ofenderlo con algo de importancia secundaria. Las otras alternativas son obligarle a dejar caer las cenizas sobre el piso o en su mano, o informarle que está prohibido fumar dentro de nuestros recintos sacrosantos. En cualquiera de estos casos, es probable que se ofenda y no quiera volver.

No sólo debemos evitar condenar a otros, sino que debemos aprender el arte del elogio sincero. Muchas personas se ven profundamente conmovidas por algún cumplido genuino. Es mucho más natural para nosotros y para el mundo criticar que elogiar, pero el elogio puede producir un calor que es indispensable para lograr una apertura al evangelio.

En su libro, *Taking Men Alive*, Charles Trumbull afirma que, en cualquier persona podemos descubrir por lo menos una cosa que dé base a un cumplido sincero. Para demostrarlo, describe una experiencia que tuvo viajando en tren. Un borracho, lanzando obscenidades, entró tambaleando al coche donde viajaba. Cayó pesadamente en el asiento contiguo al del señor Trumbull y le ofreció un trago de la botella que llevaba. Por dentro, el señor Trumbull sintió repugnancia ante este beodo bocasucia. Pero en vez de sermonearlo por su estado, respondió: “No, gracias, pero veo que usted es un hombre muy generoso.” A pesar de su estado de alcohólico, se le encendieron los ojos al

hombre y comenzaron los dos a conversar. Ese día el borracho escuchó acerca de uno que tiene el agua de vida, y que ha prometido que quien bebiere de él no volverá a tener más sed. Se conmovió profundamente, y más tarde vino al Salvador.

## **6. No Desviarse del Tema Principal**

Al acercarnos al final de la entrevista entre nuestro Señor y la mujer samaritana, notamos finalmente, dos principios que pueden aplicarse a nuestras conversaciones de testimonio:

*Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre .. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo.*

Nuestro Señor no permitió que los asuntos secundarios le desviaron del principal. La mujer preguntó dónde debía adorar, en el monte de Gerizim o en Jerusalén, pero Jesús guió la conversación hacia su persona, pasando el énfasis del dónde al cómo en la adoración. Aunque la pregunta de la mujer era probablemente legítima (semejante a la pregunta sincera que muchos tienen hoy: “¿A qué iglesia debo unirme?”), nuestro Señor rehusó desviarse por la tangente. No dejó dudas sobre la cuestión fundamental: su propia Persona.

## **7. Enfrentarlo Directamente con Cristo**

Y por último, al declarar que él era el Mesías, nuestro Señor llegó al punto crucial del evangelio. De igual modo, sea uno o sean muchos los encuentros que empleemos para edificar un puente de amistad, llegará el momento en que será necesario cruzar el puente y traer al no creyente a un enfrentamiento directo con el Señor Jesús, de modo que comprenda que es su responsabilidad decidirse *a favor o en contra de Cristo*.

Aquello a quienes testificamos se encontrarán, de entrada, en una de dos categorías. El primer grupo comprenderá a aquellos que carecen de los datos necesarios en cuanto a Cristo Jesús. Aun si lo quisieran, no sabrían cómo llegar a ser cristianos. Con una persona así, debemos estar alertas, primero, para descubrir los malentendidos y las lagunas que existen en su conocimiento; y, segundo, para aprovechar las oportunidades que se presenten de explicar mejor los datos necesarios.

Aquellos que están comprendidos en el segundo grupo son los que ya conocen el evangelio, pero no han actuado en base al conocimiento que poseen. Seguir repitiendo los mismos temas y volviendo a encajarles el mismo cúmulo de datos, tenderá más bien a alienarlos que a ganarlos. Cuando sabemos que un individuo está plenamente informado en cuanto al evangelio, debemos callarnos, orar por él cada día, sincera y específicamente, y amándolo, llevarle hacia el reino de Dios.

Estos son, pues, nuestros siete principios: ver y conocer a no creyentes personalmente; establecer un interés mutuo mediante la conversación; despertar el interés de la persona a través de nuestra vida y palabra; acomodar nuestras explicaciones a su receptividad y disposición de aceptar más; aceptar y aun elogiar más bien que condenar; no desviarnos, y perseverar hasta llegar al destino. Una vez que hagamos carne en nosotros estos principios, y que nos lancemos en fe, la vida se convierte en una aventura diaria. Con expectación buscamos las oportunidades que Dios nos da, de dar testimonio como embajadores de Cristo, y de descubrir cómo está obrando en las vidas de otros por medio de nosotros.

### 3. — **Traspassando Las Barreras Sociales**

Cualquiera que se aventura a salir de su refugio para internarse en el mundo real tendrá que enfrentar situaciones delicadas. Debemos estudiar de antemano la forma de encarar algunas de estas situaciones, buscando principios que puedan aplicarse a circunstancias variables.

#### **No Atropelles**

Por ejemplo, ¿cómo debemos reaccionar ante el empleo de palabrotas o de lenguaje obsceno? Probablemente, nuestra tendencia sea escandalizarnos, quizá desplegando una actitud de santidad superior mediante una frase hiriente o un silencio helado. Cuando reaccionamos así ante los no creyentes que están meramente haciendo lo que para ellos es lo más natural, perdemos muchos amigos en potencia.

Si adoptamos un aire de indignación cada vez que quien nos habla suelta una palabrota, se esforzará por recordar todas las groserías escuchadas durante los dos años previos y las repetirá en nuestra presencia solamente para hacernos rabiar. Habremos agravado el problema que queríamos solucionar. Por el contrario, un toque de humor disimulado puede obrar maravillas en una situación como ésta. Cuando Enrique ha terminado de desenredar una ristra de groserías podemos comentar medio en broma, pero sin ocultar que va en serio: “Me parece, Enrique, que tu vocabulario es medio pobre.” No es necesaria una condenación abierta para que él entienda lo que queremos decir. Al darse cuenta de que no nos hace mucha gracia este aspecto de su charla, puede ser que hasta haga un esfuerzo positivo por modificar su vocabulario. A medida que ganamos su respeto en vez de provocar su hostilidad, el problema se irá solucionando solo.

#### **Ten Un Buen Chiste a Mano**

Del mismo modo podemos reaccionar ante los chistes “verdes” o “colorados” (según la región). Si es posible, es mejor, por supuesto, retirarnos cuando sabemos que son el tema de la conversación. Pero a veces estamos atrapados y no hay forma de escapar. En ese caso, lo mejor que podemos hacer es estar bien preparados. En cuanto mengüe un poco la conversación podemos meternos con un chiste que no sea de color subido. Y hay que contarlos tan bien que los otros no puedan evitar la risa. Algunos creen que al decir esto, estoy bromeando, pero no es así. Estoy convencido de que todo creyente debe tener a mano cinco chistes seguros. Un humor bien escogido, oportuno, puede modificar todo el tono de una conversación; puede hacernos saltar una valla

aparentemente imposible. Para recordar un cuento bueno, lo mismo que para recordar un nombre, hay que emplearlo apenas se lo escucha. Si hace falta, hay que anotarlo; y luego contarle toda vez que se presente la oportunidad.

No es necesario decirle a un individuo “bocasucia”, que se está revolcando en el basural de la vida. Ya lo sabe. Pero piensa que no es posible disfrutar de la vida sin el basural. Es probable que piense que los creyentes tienen que abandonar su sentido de humor cuando se hacen creyentes. Puede que su imagen estereotipada del creyente sea la de una persona incapaz de divertirse. Nuestra primera tarea es la de corregir esta imagen negativa del cristianismo. Queremos que se dé cuenta que aún conservamos nuestro sentido del humor, aunque no compartamos plenamente sus criterios humorísticos, y que el creyente disfruta de las cosas en un plano más elevado y más duradero que el suyo.

Podemos, por la gracia de Dios, sin comprometernos y sin aprobar sus palabras, responder con amor al que emplea lenguaje sucio o cuenta chistes de color subido. Se necesita más que una afirmación hueca de que somos felices en el Señor, más que una fachada que pretenda demostrar lo divertido que es la vida cristiana. Si somos naturales y espontáneos en las situaciones diarias, muchas de las cuales tienen un aspecto risueño, podremos demostrar a nuestro amigo un humor genuino, sano y el gozo que sentimos en comunión con Cristo Jesús. Si estamos dispuestos a pasar por alto sus palabras y demostrar que lo amamos a pesar de lo que dijo, podemos ganar un amigo.

## **Comienza Ya, Ahí Mismo, Donde Estás**

En este momento es posible que alguno esté pensando:

“Esto sí que es bueno, pero yo tendría que empezar desde cero, ir a algún lado donde nadie me conozca; sólo así podría hacer las cosas bien. Mi situación actual es un enredo tal que nadie es capaz de resolverlo.”

Si piensas así, anímate. Ninguna situación constituye una pérdida irremediable. Con ayuda de tu parte, las cosas pueden cambiar.

Conozco una dactilógrafa que resolvió, ante Dios, comenzar de nuevo ahí mismo donde estaba. Había trabajado en la misma oficina durante ocho años y medio. Todos los días, al mediodía, mientras los demás empleados almorzaban juntos, ella se había apartado a comer y a leer su Biblia a solas. No quería contaminarse con el mundo de chistes y lenguaje repulsivo de sus compañeros. Al fin, sin embargo, comenzó a darse cuenta de que su retraimiento nunca le daría oportunidades de testificar de Jesucristo. Impulsada por amor hacia los otros, abandonó su aislamiento y empezó a juntarse con ellos. Seis meses

después de ese primer tímido intento, me contó muy contenta que los demás empleados la habían recibido abiertamente. En esos seis meses había tenido más oportunidades de compartir las buenas nuevas con ellos, que en todos los años anteriores. Es que si nos lanzamos en fe con una nueva actitud de amor, podemos comenzar de nuevo donde estamos, no importa lo mala que haya sido la situación.

## **Orar en Público**

Otro asunto secundario que merece ser considerado es si debemos o no dar gracias antes de comer. Cuando estamos solos en un restaurante no cabe duda que corresponde inclinar nuestra cabeza para dar gracias. Pero obrando con consideración cristiana, ¿qué debemos hacer cuando salimos con alguno que no nos conoce bien? Cuando llega el momento embarazoso, nuestra reacción natural es la de procurar ocultar nuestra acción; no queremos que nuestro acompañante se dé cuenta de lo que estamos haciendo. Jugamos con la servilleta o carraspeamos esperando que haya dos segundos de silencio para que podamos orar y empezar a comer antes que se enfríe la comida. Si el mozo que nos atiende está observando, se preguntará si nos duele la cabeza, si estamos procurando oler la comida o si sencillamente tenemos alguna costumbre excéntrica. Dar gracias puede resultar embarazoso. Uno de mis amigos creyentes me paró en seco un día que almorzamos juntos. “¿Nos rascamos las cejas”, me preguntó así como de paso y me pescó con la mano a medio levantar. Nos reímos, pero aprendí una lección. Nunca me había dado cuenta de lo esclavizado que estaba por esta táctica de disimulo.

A veces, y sin quererlo, nuestro modo de dar gracias ofende a la otra persona. Nuestro comportamiento le dice implícitamente: “Eres un pagano”. Para no crear esta barrera que pudiera impedir que nuestro amigo considere las demandas de Cristo Jesús, quizá sea mejor que demos gracias por los alimentos con los ojos abiertos. No existe ningún versículo de las Escrituras que diga: “Darás gracias con los ojos cerrados.” Puesto que el agradecimiento es el fin de nuestra acción de gracias, nuestra motivación es más importante que el hecho de tener abiertos o cerrados los ojos. ¿Por qué es que no estoy dispuesto a inclinar mi rostro y dar gracias? Si tengo vergüenza de reconocer a Cristo Jesús, debo llegar a estar dispuesto en mi corazón a arrodillarme públicamente para dar gracias. Pero si realmente estoy agradecido, y no quiero crear una valla artificial entre mi amigo y el Señor, las cosas cambian. Cada uno de nosotros conoce, delante del Señor, sus propios motivos. Para algunos, el hecho de dar gracias probablemente se considere como una excelente oportunidad de dar testimonio por el ejemplo. Puede ser que sea así, pero este enfoque tiene sus peligros, sobre todo si ofende a nuestro compañero de mesa.

Conviene recordar que en algunos círculos la acción de gracias antes de comer se ha puesto de moda. De modo que mi cabeza gacha no le dice mucho al otro en cuanto a Cristo Jesús. Aun si llega a la conclusión de que soy religioso, no aprenderá nada acerca de mi Señor. Tratándose de nuestra eficacia en el testimonio, el dar gracias puede ser un estorbo tanto como lo es decir: “No hago tal y tal cosa porque soy cristiano.”

Ante todos estos problemas, ¿cómo debemos agradecerle a Dios por nuestros alimentos? En un restaurante lo mejor es decir con toda naturalidad a nuestro acompañante: “Es mi costumbre dar gracias por el alimento. ¿Quieres que dé gracias en nombre de ambos?” Al incluirlo en la invitación implícitamente damos por sentado que él da gracias; sin duda lo apreciará. A través de la invitación damos a entender que conocemos al Dios vivo y que hablamos con él. Luego, quizá sea posible preguntarle específicamente a nuestro amigo en cuanto a su relación con Cristo Jesús.

La situación es algo distinta cuando estamos en una casa de familia. En nuestros propios hogares, no cabe duda de lo que corresponde hacer. Podemos preparar a nuestro huésped con una explicación sencilla, por ejemplo, diciéndole: “Es nuestra costumbre dar gracias por la comida antes de comer; eso es lo que va a hacer Juan ahora.” Si nuestro invitado no es una persona religiosa, y no le explicamos nuestra costumbre, puede desconcertarle su incertidumbre en cuanto a nuestro ritual; un mínimo de cortesía requiere que le digamos lo que estamos por hacer. Lo mismo es cierto si acostumbramos leer la Biblia y orar después de la comida. No es necesario que nos disculpemos por esta costumbre o que la cambiemos porque tenemos una visita. Pero tomando en cuenta que todo esto le resulta extraño, conviene tenerlo al tanto de lo que está ocurriendo. Cuando, por otra parte, nosotros somos huéspedes, y nuestro anfitrión no da gracias, sería una falta de cortesía ponerle en apuros dando gracias por nuestra cuenta, con ostentación. Su resentimiento ante nuestra falta de cortesía en este asunto de poca envergadura puede frustrar una conversación posterior acerca de asuntos más básicos.

### **Extiende Invitaciones Específicas**

Un aspecto más amplio de nuestro encuentro social con los no creyentes es el asunto de invitarlos a nuestros hogares. A menudo pensamos: “No tengo nada en común con un no creyente”; y nos vemos frustrados. Si no existen intereses en común, ¿por qué programar un encuentro que va a resultar un fracaso? Tememos que se aburra si comparte alguna actividad que a nosotros nos agrada; y tememos pasar vergüenza si lo acompañamos a alguna otra parte. Este dilema se resuelve fácilmente planeando de antemano lo que vamos a hacer. En vez de decir solamente: “Pepe, ¿puedes venir a casa el martes en la

noche?” O: “Van a venir varios estudiantes a casa este fin de semana. ¿Puedes venir?”, podemos sugerir específicamente: “para jugar al ping-pong”, o “para ir a remar”. Esto resuelve el problema del “¿qué haremos?” desde un comienzo. La persona que ha sido invitada sabrá qué esperar; si no tiene interés, puede rehusar la invitación sin poner en apuros a ninguno. Pero en el 90 por ciento de los casos, querrá venir.

## **No Sigas a la Mayoría por Obligación**

Para muchos, asistir a la universidad significará hacer vida de grupo con no creyentes durante buena parte del día. Los muchachos en algunos países también tienen que hacer el servicio militar. Antes de entrar a formar parte de un grupo, sobre todo si esta situación ha de prolongarse durante un tiempo considerable, es bueno decidir qué costumbres habremos de observar como creyentes, y observarlas desde un comienzo. Si habitualmente das gracias por los alimentos, acuérdate de hacerlo la primera vez que te sientes a comer. Si tienes un tiempo devocional diario, inclúyelo en tu programa de actividades ya desde el primer día. Si no estableces tus normas desde el comienzo, cada día que transcurre se te hará más difícil la tarea de empezar a cumplirlas.

Los integrantes de un grupo a menudo deciden realizar actividades como grupo. Siendo creyentes, ¿qué haremos si no nos sentimos en libertad de participar en alguna actividad propuesta? Somos integrantes de un grupo democrático en el cual se ha llegado a una decisión por voto de la mayoría. Pero si hacemos lo que hace el grupo, seremos infieles a nuestro Señor. Cuando se nos presente este dilema, esté o no el asunto directamente relacionado con lo cristiano, debemos excusarnos amablemente. Sin andar con rodeos, podemos explicar a nuestros compañeros: “La verdad, muchachos, es que no los critico a ustedes, pero yo no puedo hacer eso; tendrán que excusarme”. Aunque hoy la mayoría de las personas siguen la corriente, se respeta a los pocos que nadan en contra. En conversaciones privadas muchos expresarán su admiración, queriendo ellos mismos tener la valentía y la convicción suficientes para defender también una posición. Nos respetarán porque nuestro rumbo está determinado desde adentro y no por otros. También nos respetarán si a la vez que sostenemos con coraje nuestras convicciones, no intentamos dictar normas arbitrarias para los demás.

## **Expresa Amor**

En todos estos asuntos de importancias secundaria, el pensar las cosas de antemano puede evitarnos muchos momentos embarazosos. No es que estemos inventando artificios para acercarnos subrepticamente a otros con el

evangelio. Estamos más bien buscando formas de expresar el amor de Cristo Jesús. Es porque el Señor ha entrado a nuestras vidas que nuestra capacidad de amar va creciendo. Su amor se está derramando en nuestros corazones con el fin de que, a su vez, se derrame hacia los otros. Amamos a otros por lo que son, como hombres totales y no como abstracciones. Si Jesucristo es una realidad personal para nosotros, su amor llegará a través de nosotros aun a las personas difíciles de amar a quienes los demás desprecian; Cristo nos da la capacidad de amarlas como personas.

Como una expresión de nuestro amor por ellas, queremos comunicarles el evangelio. Pero ninguna amistad debe depender de la forma en que la otra persona reacciona frente al evangelio. Lamentablemente, muchos no creyentes sospechan de todo creyente a causa de un contacto previo con alguna persona religiosa que se mostró amigable, pero sólo con fines ulteriores. Algunos no creyentes se niegan a escuchar palabra alguna acerca del Señor, hasta no estar seguros de que seguiremos siendo amigos de ellos pase lo que pase, aun en el caso de que rechacen a Jesucristo. Debemos amar a cada persona por lo que es en sí.

Ninguno de nosotros tiene derecho de jugar el papel de Dios para otro. No podemos determinar hasta qué punto ha llegado la obra del Espíritu Santo en su vida. Pueden ser necesarios algunos años para que llegue al Salvador y un largo período de falta de interés puede preceder a su decisión. A pesar de todo esto, debemos seguir amándole por amor a Cristo. Es el Espíritu Santo y no nosotros quien convierte a un individuo. Nosotros, los embajadores privilegiados de Jesucristo, podemos comunicar un mensaje verbal; podemos demostrar a través de nuestra personalidad y de nuestra vida lo que puede lograr la gracia de Cristo Jesús. Pero no debemos andar “coleccionando” convertidos, atribuyéndonos mérito por lo que ha hecho el Espíritu Santo, y diciendo: “Yo gané a siete. Tú sólo has ganado a tres.” Da asco un orgullo espiritual tan ridículo, tan estúpido. Tenemos el *privilegio* de ser embajadores. Debemos sí esperar tener el privilegio de cosechar, de ser el último eslabón de una larga cadena, de invitar a una persona a recibir al Salvador. Pero nunca pensemos ingenuamente que *nosotros* hemos convertido a una persona trayéndola a Jesucristo. Cuando alguien dice “¡He convertido a doce personas!” creo que sé lo que quiso decir. Pero no deja de chocarme, y me gustaría que *él* supiera un poco más acerca de lo que quiso decir. Nadie puede llamar a Jesús *Señor* sino por el Espíritu Santo.

Y sin embargo, el tremendo privilegio de presentar a Cristo Jesús es nuestro. Somos sus únicos representantes en un mundo perdido que ansia realidad.

## 4. — ¿Cuál Es Nuestro Mensaje?

Un embajador debe transmitir su mensaje con eficiencia. Si no está seguro del mensaje, nunca será un embajador eficaz. Muchos creyentes son embajadores ineficaces porque no están seguros en cuanto al contenido de su mensaje y son incapaces de comunicarlo a otros de modo que lo comprendan. Para muchos, entender el evangelio es como entender un problema matemático. Escuchan al profesor cuando desarrolla un problema en la clase, y lo entienden perfectamente. Pero cuando un compañero que faltó a clase les pide que se lo expliquen no son capaces de hacerlo empleando términos que el compañero pueda entender. Muchos que han creído y comprendido el evangelio para sí mismos son incapaces de expresarlo con la claridad suficiente como para que otra persona, al escucharlo, pueda conocer y experimentar al mismo Señor.

Otras personas, al presentar el evangelio, incluyen elementos que, aunque son verdaderos, no vienen al caso. Como resultado, muchos de sus amigos se confunden. Otros manejan bien el contenido del mensaje, pero emplean un vocabulario que un no creyente, analfabeto en cuanto a la Biblia es incapaz de comprender.

Para comunicar el evangelio, es esencial darse cuenta que el cristianismo no es una filosofía o una moral o un código para la vida, sino que es una persona viviente, Cristo Jesús. A menos que el no creyente se dé cuenta de que lo que está en juego es su relación personal con esta “persona” y no con la iglesia a la que debiera pertenecer, las diversiones que tendría que dejar, etc., habremos fracasado. Ni siquiera el asunto crucial de si la Biblia es la Palabra de Dios es lo central en la salvación. Muchos creyentes se encuentran frenados aun antes de arrancar tratando de demostrar que la Biblia es la Palabra de Dios. Es suficiente mostrar que la Biblia es un documento histórico fidedigno; y sobre esta base confrontar al otro con las demandas de Cristo.<sup>f4</sup> Cuando ya haya confiado en el Salvador, será lógico que adopte la posición que tuvo Cristo en cuanto a las Escrituras; y Cristo claramente creyó que eran la Palabra inspirada de Dios.

El evangelio, entonces, es Jesucristo mismo, quién es, qué ha hecho y cómo se puede llegar a conocerlo en la experiencia personal.

Ya que el evangelio se refiere a una persona, no existe un modo rígido y mecánico de presentarlo. Cuando hablamos acerca de una persona y no de una fórmula, siempre empezamos refiriéndonos a aquel aspecto de su apariencia, carácter o personalidad que vengan más al caso en ese momento. Si tienes un hermano zurdo que estudia química en la universidad de San Marcos y te

encuentras con alguien que también estudia en San Marcos, no comenzarás diciéndole, “tengo un hermano que es zurdo, que estudia química, y que está en la universidad de San Marcos”. Más bien comenzarás diciendo: “Fíjate, yo tengo un hermano que estudia en San Marcos”, y luego le darás otros datos, a medida que se presente la oportunidad. Por otra parte, si te encuentras con alguien que también es zurdo, no empezarías diciéndole que tienes un hermano que estudia química. Dirías más bien, “caramba, eres zurdo como mi hermano”, para después hablar de los otros datos.

Del mismo modo, cuando estamos hablando acerca del Señor Jesucristo, puede que en un momento dado, su resurrección sea el aspecto más pertinente de su persona y obra. En otra ocasión podrá ser su muerte, en una tercera, diagnóstico de la naturaleza humana, y en otra ocasión su persona misma. Con el tiempo, tendremos que referirnos a toda la información que contiene el evangelio. Debemos estar familiarizados con los hechos básicos que una persona debe conocer, en cuanto a Cristo Jesús, para llegar a ser creyente; y es esencial que sepamos dónde encontrar estos hechos en el Nuevo Testamento.

## **Hechos Básicos**

¿Cuáles son estos hechos? A continuación se encuentra un bosquejo breve. No es de ningún modo exhaustivo, pero por lo menos nos brindará una armazón que servirá de base a nuestro pensamiento y nos dará algunos datos básicos a partir de los cuales podremos presentar el evangelio. Este bosquejo sigue la norma de emplear, hasta donde sea posible, las palabras del Señor, utilizando las referencias que lo más claramente posible demuestren cierto dato.

### **I. ¿Quién Es Jesucristo?**

#### **A. Es plenamente Dios.**

Varias citas del Nuevo Testamento documentan esta afirmación, pero las que siguen son de las más claras: Juan. 5:18; Juan. 10:10-30 y Juan. 14: 9. Al presentar las afirmaciones de Cristo, es útil emplear las palabras de Jesús hasta donde sea posible, puesto que hay quienes dan a entender que es lo único que aceptarán. También es importante emplear afirmaciones que sean lo más claras posible. Aquellas que para nosotros encierran una predicción o una afirmación de deidad pueden no ser claras para el no creyente; por ejemplo, Gén. 3:15 como promesa de un Salvador.

## **B. Es plenamente Hombre: Juan. 4: 6; 11:35.**

### **II. Su Diagnóstico en Cuanto a la Naturaleza Humana**

En este punto, el Señor indica que el pecado es una enfermedad básica que nos contamina y nos separa de Dios. Tiene una variedad de síntomas cuyo origen es interno y no externo. Es útil definir el pecado desde el punto de vista de la experiencia más bien que de concepto. El mero hecho de decirle a alguno que “todos han pecado”, por lo general, no produce en él ningún impacto. Pero cuando describimos el pecado en términos de la experiencia, casi todos se sentirán incluidos y hasta lo manifestarán. Pecado es una palabra que dice poco en nuestra sociedad actual. La gente generalmente asocia el término con algún tipo de inmoralidad. Si no son culpables de este tipo de inmoralidad, se sentirán muy ofendidos porque no se verán como pecadores en este sentido. El pecado, sin embargo, es un mal básico que consiste en rebelión contra Dios, en seguir nuestro camino y no el suyo. Los síntomas varían mucho de persona en persona. Pero la enfermedad y sus resultados son universales. Estamos separados de Dios como una hoja cortada de su tallo. Esta separación que resulta de nuestro pecado es la responsable de nuestro hastío, soledad, debilidad moral, falta de propósito, etc. (Mar. 7:15-23).

### **III. El Hecho de Su Crucifixión y lo que Significa**

La crucifixión la encontraremos descrita en cada uno de los cuatro evangelios. En Mat. 26:28 nuestro Señor dice explícitamente que su muerte es “para perdón de los pecados” (VP). Pedro, uno de los discípulos más íntimos del Señor y que por lo tanto conocía bien su manera de pensar, lo expresa muy claramente en 1 Ped. 3:18; “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.” Jesucristo tomó sobre sí la sentencia de muerte que nos correspondía por haber quebrantado la ley moral de Dios. Habiendo ocupado nuestro lugar para sufrir la condena, él puede ahora ofrecernos libremente el perdón y llevarnos nuevamente a la relación que Dios quiso que tuviéramos con él al crearnos.

### **IV. El Hecho de Su Resurrección y lo Que Significa**

Esto también está registrado en cada uno de los cuatro Evangelios. Quizá el relato más dramático se encuentre en Luc. 24:36-48. Tenemos aquí el relato de la aparición de nuestro Señor ante los discípulos reunidos en Jerusalén. Estaban espantados, pensando que veían un espíritu, pero nuestro Señor, en aquellas palabras clásicas, les dice: “palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo”. Jesucristo se levantó de entre los

muerdos corporalmente dando así validez a su afirmación de ser Dios. Y este solo hecho revolucionó a los primeros cristianos; se encontraban asustados y derrotados el viernes santo, pero lanzaron el poderoso movimiento cristiano como resultado del domingo de Resurrección. Lo que encierra la resurrección para nuestra época es que el Señor Jesucristo es hoy una persona viviente. Vive y tiene poder para salvar la vida de cualquiera que le invite a hacerlo. Y este poder de la resurrección, que está hoy a nuestro alcance, hace que el cristianismo sea algo único.

## **V. Cómo Llegar a ser Cristiano**

Una persona debe llegar a saber cómo se puede conocer personalmente a Jesucristo. Es en este punto donde muchos que conocen los hechos básicos, no saben expresarse con claridad. Empleamos términos abstractos, imprecisos, como creer, tener fe, etc., que no describen concretamente lo que significa llegar a ser cristiano. Me parece que la descripción más clara que contiene el Nuevo Testamento de cómo llegar a ser cristiano se encuentra en Juan. 1:12, “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” En esta afirmación encontramos tres verbos claves: creer, recibir, ser hechos. Alguien ha dicho que para llegar a ser cristiano hay algo que debemos creer y hay alguien a quien debemos recibir. La frase sintetiza bien lo que expresa el versículo.

Es significativo que el Nuevo Testamento emplee el matrimonio como ilustración de lo que significa ser y llegar a ser creyente. Resulta evidente que el mero hecho de creer en un muchacho o en una chica, por intenso que sea ese creer, no es lo mismo que casarse. Si además de eso, estamos “enamorados”, aun así ¡todavía no estamos casados! Es necesario llegar a una entrega de la voluntad, a recibir a la otra persona, a hacerla parte de nuestra vida; a entregarse a ella estableciendo así una relación. Comprende una entrega total del intelecto, de las emociones y de la voluntad. Uno debe creer en Jesucristo, recibirle personalmente en su vida y llegar así a ser un hijo de Dios. Lo mismo ocurre en el matrimonio: un muchacho primeramente cree en una chica, luego la recibe en su vida y llega así a estar casado.

El mero hecho de dar asentimiento intelectual a ciertos datos no convierte a un individuo en un cristiano, como tampoco puede transformarlo en un hombre casado. Muchas personas se encuentran insatisfechas con el cristianismo porque son como aquel que dice:

“Yo creo en el matrimonio, estoy convencido de su valor, he leído muchísimos libros sobre el tema y en los últimos tres meses he asistido a

quince casamientos, pero por alguna extraña razón, el matrimonio no significa nada para mí.”

La razón es muy sencilla: no está casado. El matrimonio no es un sistema filosófico que se contraponga a la soltería. Tampoco el cristianismo es una filosofía contrapuesta al existencialismo, el agnosticismo o al positivismo lógico. Es más bien una relación dinámica con una persona viviente, el Señor Jesucristo. Ambas cosas, casarse y recibir a Cristo, significan, en cierto modo, perder nuestra independencia. La esencia del pecado es vivir independientemente de Dios, es seguir mi propio camino y no el suyo. La esencia del arrepentimiento es el repudio de este principio egocéntrico, a fin de permitir que Cristo y su voluntad sean el centro de mi vida. Cuando nos casamos, debemos tomar en cuenta al otro para todas nuestras decisiones. Cuando recibimos a Cristo entramos en una relación consultiva con él que afecta todas las esferas de nuestra vida. Nuestra primera preocupación debe ser: ¿qué piensa y que desea él?

¿Cómo, entonces, puede uno recibir a Cristo Jesús? En Apoc. 3:20, Jesucristo compara nuestras vidas con una casa y dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” Al mostrarle este versículo a un estudiante interesado, generalmente le pregunto: “Supongamos que alguien viniera a la puerta de tu habitación y golpeará. ¿Qué harías para que esa persona pudiera entrar?” El estudiante lo piensa un momento y luego dice: “Pues, abriría la puerta.” “Precisamente”, le digo. “Y luego, ¿qué harías?” Invariablemente responde: “Invitaría a esa persona a pasar.” Generalmente se les ilumina el rostro al darse cuenta de que , precisamente es así como uno llega a ser cristiano. El Señor Jesucristo está golpeando a la puerta de nuestras vidas. No entrará a hurtadillas ni a la fuerza, sino sólo cuando le invitemos a pasar. Podemos extender esta invitación de un modo sencillo, con palabras propias, por medio de la oración. Y cuando le recibimos él promete entrar y estar con nosotros por toda la eternidad.

### **Un Plan Básico**

No sólo necesitamos conocer los hechos básicos del evangelio de modo que podamos utilizarlos con confianza, sino que también necesitamos un formato que nos permita presentar el evangelio (suponiendo que se nos presente una oportunidad de hacerlo libremente y sin objeciones). Para mí es útil un plan que consta de tres fases. Generalmente es posible en una conversación convenir con el otro en que algo anda mal en el mundo. El paso siguiente es llegar al diagnóstico del mal, sabiendo que sin un diagnóstico exacto no es posible la curación. El diagnóstico que da el Señor Jesucristo es que el hombre padece la enfermedad del pecado que lo ha separado de su Creador. Dice que

es básicamente por esto que sufrimos las frustraciones, problemas, soledad y hastío que vemos a nuestro alrededor. La solución a estos problemas y a muchos otros es que se restablezca la relación que se ha cortado. Llegamos así a la receta para el mal: el Señor Jesucristo. Esta presentación: el problema, el diagnóstico y la cura puede ser útil para llevarnos directamente al grano.

Como ya hemos dicho, vivimos en una sociedad pagana y analfabeta en cuanto a la Biblia. Probablemente nos llevemos una profunda desilusión si damos por sentado que nuestro oyente conoce y entiende la Biblia. Debemos saber definir claramente términos como nuevo nacimiento, regeneración, salvación, salvo, propiciación, santificación, justificación y otros que para nosotros tienen un gran significado pero que para los de afuera significan muy poco. ¿Qué es lo que queremos decir con estas palabras? La mejor forma de saberlo es sentándonos y escribiendo una definición que no emplee la palabra en cuestión.

### **Tres Pasos**

¿Cómo podemos perfeccionar nuestro conocimiento y comprensión del mensaje? Sugiero los siguientes pasos prácticos. Primero, presenta el evangelio por escrito a un amigo imaginario que no tiene objeciones pero que es ignorante del evangelio. Pide a un no creyente que lea lo que has escrito y que te diga lo que él piensa que has querido decir. Esto te ayudará a ver si estás logrando comunicarte, y además te dará la oportunidad de compartir el evangelio con un no creyente. En segundo lugar, podrías explicar el evangelio a algún amigo creyente ensayando así la presentación verbal del evangelio a una persona interesada. En tercer lugar, procura expresar las buenas nuevas a alguna persona extraña, quizá mencionando que quieres aprender a comunicarte, y diciendo que agradecerías la ayuda que pudiera brindarte. Una vez más tendrás oportunidad de testificar y rápidamente encontrarás los puntos débiles en tu razonamiento y comunicación. Sólo podemos estar seguros de que estamos transmitiendo claramente el mensaje cuando el otro pueda repetir lo que hemos dicho de modo tal que le entendamos.

Todo creyente es un testigo y es un embajador. Como testigos y como embajadores debemos conocer claramente nuestro mensaje.

## 5. — ¿Por Qué Creemos ?

En la época actual no es suficiente saber qué creemos como cristianos, sino que también debemos saber por qué lo creemos. Todo creyente debe saber defender su fe. Esto constituye una responsabilidad espiritual acerca de la cual se nos instruye claramente en 1 Ped. 3:15:

“Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.”

Este mandamiento no es optativo. Se fundamenta en sólidas y prácticas razones. Primero, nuestra propia convicción en cuanto a la verdad exige que tengamos preparada una respuesta. A menos que estemos plenamente convencidos en lo intelectual de que Jesucristo es la verdad, nunca podremos transmitir eficazmente el evangelio a otros. Lo que es más, pronto se empobrecerán nuestras propias vidas espirituales. Uno no puede forzarse indefinidamente a llevar a cabo con su voluntad aquello de lo cual no está convencido intelectualmente: se expone a un colapso emocional. Nosotros mismos debemos estar convencidos de la verdad.

Segundo, tenemos la responsabilidad de ayudar al no creyente que piensa, a resolver las preguntas honestas que tenga en cuanto al cristianismo. Si constantemente estamos permitiendo que los no creyentes nos tapen la boca con sus preguntas, estamos confirmándolos en su incredulidad. No estoy sugiriendo aquí, que es imposible testificar eficazmente de Jesucristo si no poseemos todas las respuestas. Siempre podremos recurrir al hecho de nuestra propia experiencia como lo hizo el ciego en Juan 9. Cuando se le hicieron varias preguntas a las que no pudo responder, dijo a sus críticos: “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (v. 25). Aunque no conozcamos las respuestas a todas las preguntas que se nos hacen, podemos siempre basarnos firmemente en lo que sí sabemos: que Cristo Jesús ha cambiado nuestras vidas. Sin embargo, este no debe ser nuestro único recurso. Es nuestra responsabilidad llegar a dominar las respuestas a las preguntas que más se hacen.

### **Dos Actitudes Dañinas**

Al considerar y responder las preguntas que nos hacen los no creyentes, debemos evitar dos extremos opuestos entre sí pero igualmente dañinos. El primero es básicamente una actitud antiintelectual. Hay quienes afirman que: “No hay por qué molestarse con la sabiduría de los hombres. Es inútil tratar de razonar el cristianismo.” Así dan a entender que está mal analizar las ideas.

“No dejes que te desvíen las preguntas que la gente te hace. Confórmate con predicar el evangelio sencillo.” El trágico resultado de aceptar este punto de vista es que, muchos no creyentes que piensan, llegan a la conclusión, por nuestro comportamiento, de que las preguntas planteadas honestamente por ellos, no tienen respuestas. Y a veces comenzamos a preguntarnos a nosotros mismos si tenemos o no la verdad: si enfrentáramos la realidad tal cual es, ¿seguiría teniendo validez nuestra fe? La actitud antiintelectual es por lo general un callejón sin salida, tanto para el no creyente como para nosotros.

Segundo, debemos cuidarnos de depender ingenuamente de las respuestas que tengamos, como si las respuestas en sí fueran a traer a la gente a Cristo Jesús. A veces tendemos a pensar que cualquier explicación que nos ha parecido lógica y que ha ayudado a algunos constituye una varita mágica. Pensamos que con ella podremos deslumbrar a la gente de modo que no les quede otra alternativa que creer. Por supuesto resulta ingenuo pensar así, pues ya hemos visto que ningún hombre puede llamar a Jesús, Señor, si no es por el Espíritu Santo. A menos de que el Espíritu Santo ilumine la mente de una persona de modo que vea la verdad y la reconozca como tal, y a menos que el mismo Espíritu doblegue su orgullosa voluntad de tal manera que se someta a la autoridad de Cristo Jesús, ninguna palabra nuestra podrá penetrarle. Pero en las manos de Dios, la respuesta inteligente a la pregunta honesta de una persona, bien puede ser el instrumento que abra su corazón y su mente al evangelio. Debemos reconocer que tanto nosotros como nuestro interlocutor estamos envueltos en una guerra espiritual. Pablo nos explica que muchos no creen porque

“el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Cor. 4: 4).

La información no podrá conducirles a la verdad a menos que ocurra una intervención sobrenatural que los ilumine. A menudo Dios y el Espíritu Santo emplean la información así presentada como instrumento para llevar a alguno a la fe en Cristo Jesús.

## **Respetar la Integridad Intelectual**

John Stott, pastor de la Iglesia Anglicana en Londres, describió bien el equilibrio que debe existir en los siguientes términos:

“No podemos adoptar una actitud obsequiosa ante la arrogancia intelectual de un hombre, pero sí debemos respetar su integridad intelectual.”

Debe convertirse el hombre todo, incluyendo su intelecto, emociones y voluntad. Si sólo convertimos el intelecto pero no convertimos la voluntad, no

tendremos un verdadero creyente. En el capítulo 4 vimos que resultaba inadecuado el mero asentimiento intelectual a ciertas afirmaciones. Pero, por otra parte, un asentimiento emocional a Cristo, divorciado de la mente y de la voluntad, también significaría una conversión incompleta. La personalidad toda, mente, emociones y voluntad, debe convertirse.

No quiero, en absoluto, dar la idea de que como creyentes tenemos todas las respuestas a los problemas del mundo, o siquiera todas las respuestas a los problemas que plantea el cristianismo. ¡De ninguna manera! El filósofo y matemático francés, Pascal, señaló que la función suprema de la razón es la de mostrar al hombre que algunas cosas están más allá de la razón. Sin embargo, nuestro Señor, refiriéndose a sí mismo, dijo: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan. 8:32). Seguramente nos quiso dar a entender que poseemos ciertas verdades absolutas que sirven de base para nuestras vidas y nuestro destino. Sin estas verdades es bien poco lo que podemos ofrecer como cristianos al mundo actual.

Me molesta una actitud que suelo descubrir entre creyentes, como también entre no creyentes: la idea de que sólo la búsqueda de la verdad tiene importancia. La gente realmente no quiere respuestas porque eso terminaría con el juego. Para ellas, la búsqueda de la verdad es todo. La verdad en sí resulta menos atractiva; hecho que a menudo se disimula diciendo que la verdad es inalcanzable. Como resultado, casi cualquier respuesta constituye para las personas una respuesta “trillada” o rebuscada. Esto me parece un razonamiento peligroso. El hecho de que una respuesta sea “trillada” no le quita validez. Lo que nos molesta en las respuestas “trilladas” es que suenen como esas grabaciones que se oyen al colocar una moneda en la ranura de un tocadiscos automático. La respuesta que toma en cuenta el trasfondo del interlocutor y su pregunta, y que de un modo convincente va al grano, puede ser una respuesta válida, aunque “trillada”. No podemos cambiar los hechos para lograr que encajen dentro de las presuposiciones del otro, pero sí podemos presentar esos hechos de modo que desafíen su integridad intelectual. No rehuíamos una declaración honesta de la verdad que hemos recibido.

## **No Hacen Falta Cuatro Doctorados**

Al considerar las preguntas que se nos pueden plantear, a menudo nos sentimos abrumados ante la masa de información que no dominamos. Nos parece que antes de poder dar respuestas efectivas necesitamos cuatro doctorados y la lectura cuidadosa de 5.000 libros. El sólo hecho de pensar en esta tarea imposible nos desalienta. Y nuestra conclusión podrá ser: “No lo puedo hacer. Esta no debe ser mi esfera de testimonio.” Sin embargo, yo he tenido el privilegio de dirigirme a centenares de auditorios formados por no

creyentes en casi doscientas universidades, tanto en EE. UU. como en el extranjero. Y al hacerlo, me he dado cuenta de que tales temores son infundados. Cuando comencé, pensé que no iba a sobrevivir. Di mi primera conferencia evangelizadora hace algunos años, en la universidad de Kansas y, para colmo, en la residencia de los becarios. Pensé:

“¿Señor, por qué tengo que empezar en un sitio reservado para estudiantes tan brillantes como estos, para becarios? ¡Me van a hacer trizas!”

Aunque no esperaba sobrevivir a esa experiencia, pude hacerlo por la gracia de Dios y su bondad; y lo que es más, un muchacho llegó a ser cristiano esa noche y hoy está sirviendo fielmente a Cristo Jesús. Esa noche comencé a adquirir cierta información valiosa. Descubrí algunas de las preguntas que preocupan a los no creyentes. Al viajar a otras universidades, y al hablar con otros muchos estudiantes, fue surgiendo de las preguntas que se me hacían cierto esquema básico.

En todo aspecto de la vida, tememos a lo desconocido. ¿Por qué es que no nos gusta salir a visitar de puerta en puerta? Algunos nos ponemos a temblar con sólo pensarlo. Tenemos miedo porque no sabemos qué es lo que hay detrás de cada puerta. En el fondo, ¿por qué la gente teme la muerte? Hasta que no recibimos a Cristo Jesús, la muerte constituye para nosotros una gran incógnita. Cualquier experiencia que incluya lo desconocido resulta difícil. Las primeras charlas de evangelización que tuve que dirigir constituyeron para mí un grave problema, porque no sabía qué esperar. Pero ahora puedo predecir, y con bastante exactitud, las preguntas que se me harán en una discusión con no creyentes. Algunas preguntas saldrán de lo común, pero la mayoría podrán ubicarse dentro de ciertas categorías básicas.

Sea dicho de paso, hace poco dirigí un simulacro de discusión en el cual participaron estudiantes de una universidad evangélica. Querían simular una situación típica en un colegio mayor o pensionado, así que hicimos de cuenta que ellos eran internos del mismo, y que yo había sido invitado a dirigirles la palabra. Les hablé un rato, como suelo hacerlo en situaciones semejantes, y luego permití que me preguntaran lo que quisieran. Me parece significativo el hecho que me hicieran toda clase de preguntas que nunca se me habían hecho en quince años de visitar universidades no religiosas. Muchas de sus preguntas estaban cargadas de términos teológicos evangélicos, o tenían que ver con asuntos como las aparentes discrepancias en las Escrituras. La mayoría de los no creyentes que estudian en una universidad no religiosa son analfabetos en cuanto a la Biblia y por eso hacen preguntas más básicas. Esto indica que la mentalidad del estudiante evangélico promedio (que no ha tenido mucho contacto con el mundo estudiantil) es muy diferente de la mentalidad del típico

estudiante no creyente. Aunque esta diferencia es comprensible, crea un problema para los creyentes que procuran comunicarse con los no creyentes. Debemos conocer las respuestas a las preguntas que en la práctica plantean los no creyentes, antes de estudiar al dedillo una serie de cosas que quizá nunca constituyan problemas. No nos servirá de mucho tener respuestas adecuadas a preguntas inexistentes.

Hace poco, en la universidad de Georgia, uno de los muchachos que integraban nuestro equipo quedó impresionado por la forma en que ciertas preguntas se repetían. Había leído los artículos breves que yo había publicado en HIS sobre “Preguntas que hacen los No Creyentes” y me comentó:

“Usted sabe, es cosa de no creerlo. En lo que va de la semana he visitado tres colegios grandes, y en cada ocasión han surgido casi todas estas preguntas.”

Y así su primer experiencia con preguntas surgidas en la confrontación personal con no creyentes confirmaban este esquema básico. Y dado que las preguntas que se nos harán siguen cierta línea reconocible, no es necesario que nos dediquemos a acumular montones de información. Si pensamos un poco en las respuestas a las preguntas comunes, básicas, ganaremos confianza y podremos ayudar a los que las plantean.

## **Siete Preguntas Básicas**

Veza tras veza en el mundo universitario se me han hecho siete preguntas básicas, a veces con ligeras variaciones, sobre el mismo tema. Quisiera referirme brevemente a las respuestas que he venido dando. Sin duda, tú podrás mejorarlas.

### **1. ¿Qué Será de los Paganos?**

Los no creyentes, y también muchos creyentes, frecuentemente preguntan en cuanto a los paganos. “¿Qué será de la persona que nunca escuchó hablar de Jesucristo? ¿Será condenada al infierno?” De entrada, creo que debemos reconocer que son incompletos nuestros datos en cuanto a la forma en que Dios ha de tratar a esta gente. Dios no nos ha revelado todo. Hay ciertas cosas que sólo Dios conoce. En Deut. 29:29 leemos: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; más las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre.” En algunas cosas, Dios no nos ha revelado la totalidad de su plan; este es un ejemplo. Nuestra preocupación debe ser con aquello que ha revelado. Sin embargo, al considerar esta cuestión, las Escrituras nos ofrecen ciertos principios muy claros que debemos tener presentes.

**Primero**, Dios es justo. Toda la evidencia que poseemos indica que su modo de ser merece nuestra confianza. Podemos tener la seguridad de que lo que él hará con los que no han oído de Jesucristo será lo correcto. Todos los datos que poseemos nos indican que Dios, en su forma de ser, es justo.

**Segundo**, ninguna persona será condenada por rechazar a Jesucristo si jamás ha escuchado hablar de él; será condenada, más bien, por haber violado sus propias normas morales, ya sean elevadas o no. Todo el mundo, cada persona, haya o no oído hablar de los Diez Mandamientos, está en pecado. Romanos 2 nos dice claramente que toda persona tiene normas de algún tipo, y que en cada cultura sus integrantes conscientemente violan las pautas morales que poseen. El estudio de la antropología confirma esto. Pablo escribe:

*Pues todos los que pecan sin tener la ley de Moisés, perecerán sin esa ley; y los que pecan a pesar de tener la ley de Moisés, serán juzgados por medio de esa misma ley. Porque no son aceptables delante de Dios lo que solamente oyen la ley, sino los que la obedecen. Pues cuando los extranjeros, es decir, los que no tienen la ley de los judíos, hacen en forma natural lo que la ley manda, ellos, aunque no tienen esa ley, son su propia ley; pues muestran por su conducta que tienen la ley escrita en su corazón. Su propia conciencia comprueba esto, y sus mismos pensamientos los acusarán o los defenderán el día en que Dios juzgará los secretos de toda la gente por medio de Jesucristo, conforme al mensaje de salvación que yo predico. (Rom. 2:12-16 VP.)*

**Tercero**, las Escrituras indican que todo hombre tiene en la creación, base suficiente para saber que Dios existe. Esto se afirma claramente en Rom. 1:19, 20:

“Porque lo que de Dios se conoce, les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas, hechas, de modo que no tienen excusa.”

El Salmo 19 confirma este hecho. Partiendo de Mat. 7: 7-11 y Jer. 29:13, podemos llegar a la conclusión de que si un hombre responde a la luz que tiene y busca a Dios, Dios le brindará una oportunidad de escuchar la verdad en cuanto a Cristo Jesús.

**Cuarto**, no existe indicación en la Biblia de que un hombre pueda ser salvo aparte de Jesucristo. Esto se afirma con claridad cristalina. El mismo Señor declara en Juan. 14: 6, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” Jesús habló con la autoridad de Dios. Por lo que él es, y lo que él ha hecho en la cruz, es evidente que no hay otro camino para llegar a Dios. Sólo él hizo propiciación por nuestros pecados. Él es el único puente que cruza el abismo que separa lo más sublime que ha logrado el hombre de las

normas infinitamente santas de Dios. Pedro no dejó lugar a dudas con su afirmación concluyente en Hech. 4:12:

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”

Esto coloca una tremenda responsabilidad sobre los que nos denominamos cristianos: la de ver que los que no han escuchado el evangelio, lo escuchen.

El punto *final* que debemos señalar a la persona que ha planteado esta pregunta es que la Biblia es absolutamente clara en lo que se refiere al juicio que aguarda al individuo que ha escuchado el evangelio, como lo ha hecho nuestro interlocutor. Cuando confronte a Dios, el asunto crucial no será el de los paganos. El tendrá que rendir cuentas por lo que él personalmente haya hecho con Cristo Jesús. Generalmente, alguien planteará la cuestión de los paganos como cortina de humo para evadir su responsabilidad personal. Debemos contestarle la pregunta. Debemos meditarla para nuestra propia convicción y confianza. Pero luego, al finalizar la conversación, debemos concentrarnos en el individuo y su responsabilidad personal: ¿Qué va a hacer *él* con Cristo Jesús? El libro *Cristianismo Esencial* de C. S. Lewis trata con más detenimiento el tema de la ley moral que es inherente al universo.

## **2. ¿Es Cristo el Único Camino Hacia Dios?**

La segunda pregunta, que es un corolario o una ligera variación de la primera, es esta: “¿Qué será del musulmán, o budista o hindú que son sinceros; acaso no adoran al mismo Dios que el cristiano aunque bajo otro nombre?” En otras palabras: “¿Es Jesucristo realmente el único camino hacia Dios?”

Ni la sinceridad ni la intensidad de la fe pueden crear la verdad. La fe nunca puede tener mayor validez que aquello que constituye su objeto. El hecho en sí de creer algo, no hace que eso sea verdadero; y una verdad no resulta falsa porque alguien se niegue a creer en ella. Lo que realmente está en juego es el asunto de la verdad. Comparemos, por ejemplo, el islamismo y el cristianismo. En la esfera de lo ético y de lo moral, podremos encontrar muchas semejanzas entre ellos, pero ambas creencias se encuentran en polos opuestos en lo que se refiere a la pregunta más crucial de todas: ¿Quién es Cristo Jesús? El islamismo niega que Cristo Jesús sea *Dios el Hijo*. Niega que haya muerto en la cruz y resucitado de los muertos. El cristianismo, al contrario, afirma el hecho de que Cristo Jesús, el Hijo de Dios, murió en la cruz por nuestro pecado y que luego resucitó de los muertos; y gira en torno a esos hechos. Ambas creencias no pueden, simultáneamente, ser verdaderas en lo que a este punto se refiere. Una es correcta; la otra es incorrecta. Si el punto central del cristianismo es falso, nuestra fe pierde todo valor.

Esta pregunta en cuanto a otras religiones presenta algunos aspectos emocionales que debemos procurar superar al discutirla. Queremos que la gente se dé cuenta de que no es por intolerancia, ni por prejuicios, ni por engreimiento, que los cristianos afirmamos que Cristo es el único camino hacia Dios. Como cristianos no nos queda otra alternativa, puesto que Cristo mismo afirmó esto. Aunque uno tenga opción a creer lo que quiera, no tiene derecho a utilizar sus propias opiniones para redefinir el cristianismo. Si hemos de ser fieles a Cristo Jesús, debemos basarnos en lo que él dijo. Es evidente que si él es Dios, esta es la única respuesta posible. El reconocer esto, no debiera llevar a nadie a creer que si sólo fuéramos un poco menos intolerantes, nuestra “cofradía” podría reunirse y modificar las reglas que gobiernan la admisión de socios. Esta idea falla por la base. Lo que pasa es que tenemos entre manos una verdad que nos ha llegado por revelación, a través de una irrupción en la historia humana por parte de Dios mismo en Jesucristo.

Una ilustración me ha ayudado con frecuencia a aclarar este punto. En algunas esferas de la vida, es la sociedad quien determina las penas por violación de las leyes. Por ejemplo, hay un semáforo en una esquina. Mediante un voto, la comunidad puede fijar una multa de \$5, \$ 10 o \$50 para quien transite cuando la luz del semáforo lo impide. O puede abolir la pena. La pena no está determinada por el hecho de transitar cuando la luz lo impide; la pena legal no es inherente a la contravención. Pero en algunos otros aspectos de la vida, tales como la esfera física, encontramos leyes que no son determinadas por la sociedad. Supongamos que, por unanimidad, la comunidad aprobara una resolución derogando la ley de la gravedad entre las 8:00 y las 9:00 de cada día. ¿Quién se tiraría conmigo desde la azotea para comprobar la validez de la resolución? ¿Y si la aprobáramos tres veces seguidas? Aun así no encontraría quién me acompañara. La pena por violación de la ley de la gravedad no es determinada por la sociedad; es inherente a la violación. Y si continuáramos aprobando resoluciones hasta el día del juicio, seguiría siendo cierto que si uno se tira de la azotea, lo recogen en pedacitos. Tanto en la esfera moral como en la física, hay leyes que no son determinadas por la sociedad. Discernimos estas leyes por lo que Dios ha revelado en cuanto a la ley inherente del universo.

### **3. ¿Por Qué Sufren los Inocentes?**

La tercera pregunta que se plantea con frecuencia tiene que ver con el problema del mal.

“Si Dios es todo bondad y poder, ¿por qué sufren los inocentes? ¿Por qué es que algunos niños nacen ciegos o con taras mentales, o deformes? ¿Por qué es que se permiten las guerras ?¿Por qué ... ?”

O bien, Dios es todo bondad pero carece de poder suficiente para eliminar la enfermedad y el desastre; o es todopoderoso pero no bondadoso y, por tanto, no pone fin al mal. Nuevamente, creo que debemos admitir que en parte ignoramos la respuesta. No podemos ofrecer una explicación completa acerca del origen y problema del mal, porque Dios ha escogido revelárnosla sólo en parte. Se nos dice claramente, sin embargo, que Dios creó perfecto al universo. Al hombre se le dio la libertad de obedecer o de desobedecer a Dios. El mal entró al universo por la desobediencia del hombre. Dada la estructura del universo, las acciones de un hombre afectan no sólo a ese hombre sino que siempre afectan a otros. Y porque el hombre desobedeció y quebrantó la ley de Dios, el mal se ha difundido a través de todo el universo.

Al analizar esta cuestión, no debemos pasar por alto la existencia del mal en cada uno de nosotros. Muchos preguntan, “¿Por qué no interviene Dios para erradicar el mal? ¿Por qué no pone fin a las guerras?” No se dan cuenta de que si Dios llevara a cabo un juicio que afectara a todos por igual, ni uno de nosotros podría sobrevivir. Supongamos que Dios emitiera un decreto: “Esta noche, a la medianoche, todo el mal del universo será erradicado.” ¿Cuántos de nosotros nos encontraríamos presentes a la 1:00 de la mañana?

Después de señalar el problema individual del mal, debemos hacer notar que Dios ha hecho todo lo necesario para resolverlo. No sólo entró a la historia en la persona del Señor Jesucristo, sino que murió para solucionar el problema del mal. Toda persona que responde voluntariamente, recibe su don de amor, gracia y perdón en Cristo Jesús. Como ha notado C. C. Lewis es inútil que especulemos acerca del origen del mal. El problema que todos enfrentamos es la realidad del mal. Y la única solución a la realidad del mal es la solución que ofrece Dios: Cristo Jesús.

#### **4. ¿Es Posible Que Haya Milagros?**

La cuarta pregunta tiene que ver con los milagros y opone el naturalismo al supernaturalismo. ¿Es posible que haya milagros? En esta era científica, ¿cómo puede aceptarlos una persona inteligente que tome en cuenta el orden que hay en el universo?” Si no vamos a la médula de esta pregunta, podremos desperdiciar largas horas discutiendo si era posible que Cristo caminara sobre el agua, si es que en realidad alimentó a los cinco mil con cinco panes y dos peces, si los hijos de Israel realmente atravesaron el Mar Rojo, etc. Sólo podremos responder a esta pregunta si llegamos a la presuposición básica que es su punto de partida. La cuestión esencial es si existe o no Dios. Si Dios existe, es lógico que haya milagros y éstos no presentarán contradicción intelectual alguna. En cierta ocasión un amigo japonés me dijo que no

alcanzaba a creer que un hombre pudiese llegar a ser Dios. En un instante comprendí su problema y le dije,

“Doctor Fukuma, a mí también me costaría mucho aceptar eso. Pero puedo fácilmente creer que Dios se hizo hombre. Hay un mundo de diferencia entre ambos conceptos. Por definición, Dios es todopoderoso. El puede intervenir, y de hecho, interviene en el Universo que ha creado.”

La principal evidencia de la existencia de Dios es su entrada en la historia humana. Somos, como lo expresa J. B. Phillips, “el planeta visitado”. Al responder a cualquiera de estas preguntas, tendremos al fin que llegar a la misma solución: Jesucristo mismo. Yo sé que Dios existe, no por los argumentos filosóficos que existen en pro y en contra, sino porque él entró a la historia humana en la persona de Cristo Jesús y porque lo he conocido personalmente, en mi vida. Nuestra respuesta comienza con él. Dado que Jesucristo afirma ser Dios, debemos preguntarnos si es que sus credenciales confirman sus afirmaciones. Al fin de todo, cualquiera puede afirmar ser Dios. Yo puedo; tú también. Hubo un hombre en Filadelfia que afirmaba ser Dios y que se hacía llamar “Padre Divino”. Pero, ¿cuáles son las credenciales que permiten verificar sus pretensiones? Me atrevo a decir que yo podría echar por tierra las pretensiones tuyas en cinco minutos; y tú en dos minutos harías lo mismo con las mías. La muerte del amigo en Filadelfia puso fin a las tuyas. Pero cuando consideramos a Cristo Jesús, las cosas no son tan simples. Sus credenciales confirman sus afirmaciones. La credencial principal, por supuesto, es el hecho de su resurrección de entre los muertos.

Al ayudar a un no creyente a considerar plenamente la base intelectual del cristianismo, nuestra mejor defensa es un buen ataque. No queremos ser siempre nosotros los que contestemos preguntas. También podemos plantearle algunas a él. Ya que no cree, él tendrá que responder a algunas preguntas. Una manera de hacerlo pensar es preguntándole: “Ya que no crees que Jesucristo fue la Verdad, ¿cuál de las otras tres alternativas aceptas?” Sólo hay cuatro conclusiones posibles en cuanto a Cristo y a sus pretensiones. O bien, un mentiroso, o un demente, o una simple leyenda, o la Verdad. La persona que no cree que él era la Verdad, debe ponerle el rótulo de mentiroso, de demente o de leyenda. El no creyente común y corriente no se ha dado cuenta de esto. Se lo tenemos que recordar diciéndole que si no cree, sólo le quedan esas tres alternativas.

“¿Cuál de estas alternativas aceptas, y qué evidencia puedes aportar para apoyarla? ¿Era un mentiroso?” Aun aquellos que niegan su deidad, invariablemente, se apresurarán a asegurarnos que Jesús fue un gran maestro y filósofo moral. Decirle mentiroso a este buen maestro sería una contradicción

de términos. Sería muy improbable que mintiera en cuanto al punto más crucial de su enseñanza, es decir, su deidad.

Quizá era un demente. Con aceptar esto no destruimos su integridad moral: pensó que obraba bien, pero sufría delirios de grandeza. Existen hoy día personas que se creen Napoleón, o incluso Jesucristo. El problema que presenta esta hipótesis es que los síntomas clínicos de la paranoia tal cual la conocemos en la actualidad, no concuerdan con los rasgos de la personalidad de Jesucristo. No encontramos en su vida las huellas de desequilibrio que caracterizan a los paranoicos. Consideremos el momento de su muerte cuando se encontraba bajo una presión tremenda. La calma y serenidad que vemos en él no son características de individuos que padecen trastornos paranoicos. El relato bíblico no ofrece evidencia alguna de que padeciera una paranoia o algún otro trastorno mental.

Se nos ofrece una tercera alternativa: que sean legendarios los relatos acerca de Jesús. El nunca hizo las afirmaciones que se le atribuyen. Fueron colocadas en boca suya por seguidores super-entusiastas, allá por el siglo tercero o cuarto. La arqueología moderna, sin embargo, hace que sea cada vez más insostenible esta teoría. Por ejemplo, descubrimientos recientes confirman que los documentos del Nuevo Testamento fueron escritos estando aún vivos los contemporáneos de Jesucristo. El desarrollo de una leyenda elaborada hubiese requerido un lapso más largo. Es tan improbable que los habitantes de aquella era escéptica aceptasen e hiciesen circular tal leyenda, como lo sería que nuestros vecinos difundieran el informe de que el finado presidente Franklin D. Roosevelt afirmaba ser Dios, decía poder perdonar los pecados, y que resucitó de los muertos. Es que todavía viven muchos que conocieron al presidente Roosevelt. Con tantos testimonios contrarios, el rumor no tendría posibilidad de difundirse.

Al tratar el asunto de la existencia de Dios, debemos también considerar con nuestro interlocutor lo que se puede entender por la existencia o inexistencia de Dios. Es probable que esté esperando pruebas acordes con el método científico, aunque no se dé cuenta de ello. Nunca podemos demostrar que Dios existe, mediante el método científico. Esto no significa, sin embargo, que nuestro caso está perdido. El método científico, como medio de comprobación, está limitado a aquellos aspectos de la realidad que pueden ser medidos. Por lo tanto, el método científico es incapaz de verificar muchos aspectos de la vida. Nadie ha visto tres metros de amor o dos kilogramos de justicia, pero no negamos su realidad. Insistir que todo debe someterse al método científico para su comprobación, es tan absurdo como intentar medir el cloro con un micrófono. Los micrófonos no se hacen para eso; ¡no podemos utilizarlos en aquello para lo cual no son adecuados y luego negar la existencia del cloro!

Otra limitación que tiene el método científico es la necesidad de comprobar un dato a través de la repetición; esa repetición es parte del método científico. Sin embargo, da la casualidad que la historia no puede repetirse. Ya que nadie podrá jamás repetir a Napoleón, podemos decir enfáticamente que no se puede demostrar la existencia de Napoleón — es decir, no se puede a través del método científico. Pero, y ¿esto qué nos demuestra? No mucho. Ya que no podemos repetir la historia, se encuentra fuera del alcance del método científico de comprobación. Sin embargo, existe una ciencia de la historia. Al examinar los datos que ofrece el cristianismo, y en particular la evidencia a favor de la resurrección, encontramos un argumento sólido que da fundamento a nuestra convicción.

Estas son las ideas que debemos sugerir a una persona que adopta la posición esencialmente materialista basada en presupuestos racionalistas y que afirma que porque no existe lo sobrenatural, los milagros son imposibles. Cuando alguien parte de esta presuposición, ninguna evidencia bastará para convencerle de la verdad. Si comenzaras negando la posibilidad de los milagros, ¿qué evidencias lograrían convencerte de que ha ocurrido un milagro? Ninguna. Aquellos que dicen, “si Dios se me apareciera ahora, creería en él”, son ingenuos. Ocurriera lo que ocurriera, lo explicarían en términos de lo no milagroso, de lo natural. Cristo se refirió a este problema en Luc. 16:28-31 donde el hombre rico que estaba en el infierno le pidió a Abraham que enviara a Lázaro para advertir a sus hermanos. Abraham le recordó que “a Moisés y a los profetas tienen; óiganlos”. Pero el rico dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.” Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.” El principio sigue teniendo validez. Los datos que poseemos en cuanto a la visita de Dios a este planeta dan base suficiente para que creamos. Cuando alguien rehusa aceptar esta evidencia, ninguna evidencia extra podrá convencerle.

## **5. ¿No Está Llena de Errores La Biblia?**

La quinta pregunta comienza así, “¿Cómo puedes reconciliar tu fe con el hecho de que la Biblia esté tan llena de errores?” Se está poniendo en tela de juicio que la Biblia sea digna de crédito. De entrada debemos preguntar a qué errores en particular se refiere la persona. En el noventa y nueve por ciento de los casos, no se le ocurre ninguno. Ha escuchado decir a alguien que la Biblia está llena de contradicciones, y se ha tragado esa afirmación, pero a veces la persona tiene en mente algún problema específico. Si no tienes la respuesta a su pregunta específica, no permitas que te agarre el pánico. Mas bien sonríe y dile: “No tengo una respuesta para ese problema, pero con mucho gusto te la averiguaré”. Se han escrito tomos enteros sobre algunos de estos problemas.

Habiendo transcurrido dos mil años, es difícil que en el curso de esta semana se le ocurra a alguno la pregunta capaz de demoler al cristianismo.

Si la persona no ha leído la Biblia, es una buena indicación de su falta de sinceridad al ponerla en tela de juicio. Pero es mejor no insistir sobre este punto. Bajo ninguna circunstancia debiéramos burlarnos de alguien o intentar discutir para ponerlo en ridículo. Esto es fatal cuando estamos hablando con alguien sobre asuntos de tanta importancia. Han hecho muchísimo daño a la fe cristiana aquellos que, aunque con buenas intenciones, procuraron ganar el argumento ridiculizando la posición contraria. No lograron más que darle una mala reputación al evangelio.

La Biblia contiene algunas contradicciones aparentes. Sin embargo, es probable que nuestro amigo no se dé cuenta de que, vez tras vez, una contradicción aparente ha resultado aclarada por los descubrimientos de la arqueología moderna. El doctor Nelson Glueck, destacado arqueólogo judío, hizo la siguiente notable afirmación: “Ningún descubrimiento arqueológico ha refutado jamás un relato bíblico.”<sup>15</sup> Y esta afirmación asombrosa proviene de uno de los arqueólogos más destacados del mundo. En cuanto a aquellos conflictos entre la Biblia y la historia, que aún no han sido resueltos, nuestra actitud lógica debiera ser la de esperar hasta ver lo que revelan los nuevos datos que surjan. No disponemos de todas las respuestas a todos los problemas. Pero todos los datos corroborativos, hasta ahora, sugieren que podemos confiar en el relato bíblico con respecto a aquellos detalles que aún parecen dudosos.

La evolución constituye un problema para la evangelización sólo en la medida que conduzca a conclusiones ateas. Es poco conveniente entablar una discusión técnica en cuanto a la evolución, dado que no constituye el problema esencial. Por lo general, yo pregunto,

“¿A qué conclusión te conduce tu posición evolucionista? ¿Que el universo es producto del azar? ¿O estás diciendo que Dios creó el universo y lo hizo valiéndose de ciertos procesos de evolución? No me convence del todo esa posición, pero aceptémosla por el momento. ¿A qué conclusión te conduce?”

Tomando esto como punto de partida, dirijo su atención a lo que Jesucristo dijo e hizo. El *cómo* obró Dios para darle existencia al universo no tiene tanta importancia como el hecho de que fue *él* quien lo hizo. A menudo se llega a una conclusión en base a la presuposición que uno trae y no a la evidencia que se le ofrece. Si la persona quiere dar a entender que Dios no es el autor de la creación y que el universo surgió por azar, tendremos que discutir este otro problema con él. Se puede presentar una buena defensa de la posición naturalista si se pasa por alto la evidencia que se refiere a Cristo Jesús. Pero si una persona va a ser honesta desde el punto de vista intelectual, tendrá que

enfrentarse con Jesucristo. Es asombrosa la cantidad de pensadores no creyentes que nunca han tomado en cuenta la evidencia en favor de Cristo Jesús.

## **6. ¿No Es La Experiencia Cristiana, Sólo Una Cuestión Psicológica?**

La sexta pregunta es sutil y puede tornarse algo personal: “¿No será factible explicar la experiencia cristiana en términos puramente psicológicos?” Algunos sugieren que tenemos fe sólo porque hemos sido condicionados, desde nuestra temprana infancia, a esta forma de pensar y de vivir. Creen que hemos sido criados como los perros de Pavlov. Pero esto es simplificar demasiado la situación. Cualquiera que ha viajado mucho y que ha conocido a otros creyentes sabe que el precondicionamiento no puede explicar muchas conversiones, ya que hay creyentes convertidos de trasfondos muy distintos. Miles de ellos no tuvieron ningún contacto con el cristianismo en su niñez. Sin embargo, cada uno testificará que un encuentro personal con Cristo Jesús transformó su vida. Al realizar sus estudios, el sicólogo procura mantener constantes todos los factores, menos uno o dos. Para dar validez a sus conclusiones es importante que elimine tantas variables como le sea posible. Pero al comparar la vida de los creyentes, el Señor mismo es el único factor constante. Es posible que de una historia clínica a otra varíen todos los otros detalles. La única constante es Cristo. Sólo él con su poder puede hacer honrado al ladrón, puro al libertino, veraz al mentiroso. El es quien puede llenar con amor un corazón colmado de odio.

Otras teorías psicológicas afirman que las ideas religiosas surgen de la proyección de nuestros deseos. Sostienen que toda experiencia religiosa se origina en la necesidad de Dios que siente el hombre, que lo lleva a crear una imagen mental y luego adorar a esa proyección de su mente. Lo que él supone ser una realidad espiritual carece, por supuesto, de realidad objetiva. Vez tras vez oímos decir que la religión es una muleta para aquellos que no se pueden defender en la vida. Este postulado encierra una cuestión válida que debemos considerar.

¿Cómo podemos saber que no es por autohipnosis que hemos llegado a creer lo que queremos creer? Si nuestra experiencia espiritual es sólo la realización de los deseos, o el resultado de un razonamiento optimista, sería posible considerar a cualquier objeto, un órgano, por ejemplo, como Dios. Si durante un lapso suficientemente largo sostenemos la idea de que ese órgano es Dios, llegará a ser Dios para nosotros; y habremos tenido una experiencia subjetiva. Pero, ¿qué datos objetivos apoyan nuestra experiencia subjetiva?

Supongamos otra situación. Si alguno se presenta en nuestra casa con un huevo frito colgando de su oreja izquierda y nos dice:

“Hombre, ¡este huevo frito es lo más grande que hay! Me da gozo, paz, satisfacción y una sensación de propósito en mi vida. Es tremendo, hombre; lo que hay que tener es un huevo frito.”

¿Y qué puede decir uno? Al fin, uno no puede discutir contra una experiencia. Es por eso que el testimonio de un creyente es tan eficaz; contra un testimonio no se puede discutir. Y no se puede discutir en base a la experiencia con este fulano del huevo frito.

Pero se puede investigar su experiencia haciéndole varias preguntas cruciales (las mismas preguntas que todo creyente debiera poder contestar en cuanto a su propia experiencia). ¿Cómo sabes que la paz y satisfacción de que gozas provienen del huevo frito y no de una autohipnosis? Muéstrame algún otro que haya obtenido los mismos beneficios a partir del huevo. ¿Qué hecho objetivo le da base a esta experiencia? El cristianismo se diferencia de la autohipnosis, de la proyección de nuestros deseos y de todo otro fenómeno psicológico en que la experiencia subjetiva del creyente está firmemente ligada a un hecho objetivo, histórico, es a saber, la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

Hace algún tiempo un profesor de semántica de la universidad de California asistió a una serie de reuniones en las cuales yo era el orador. En cuanto a sus ideas, era completamente relativista. Mientras yo hablaba él se ponía de pie para analizar y refutar, brevemente, lo que yo había dicho. Debo admitir que lo hacía con buen espíritu, pero que me estaba poniendo nervioso. Sostenía la idea tan difundida de que lo que creemos es verdad para nosotros, pero no por eso necesariamente para otros. Usó el siguiente ejemplo: como broma pesada, un grupo de amigos dejan a uno de ellos atado sobre las vías del ferrocarril. Cuando pasa el tren a toda velocidad sobre la vía paralela, el sujeto muere de un infarto porque no sabe que el tren no viene por la vía sobre la cual está acostado. Para él, dio lo mismo que si el tren realmente le hubiese pasado por encima. Lo creyó y llegó a ser cierto para él. Como vemos, lo que puede ser verdad para uno, puede no serlo para el otro. Vez tras vez intenté demostrar al profesor que el cristianismo ofrecía una diferencia significativa, el hecho histórico de la resurrección. Como la cuarta vez, di en el clavo. Parado frente al pizarrón, con un pedazo de tiza en la mano, se detuvo en medio de una oración y dijo; “Este ..., claro, eso cambiaría completamente la cuestión,” y se sentó.

Si es verdad lo de la resurrección, entonces eso cambia completamente el asunto. Es una confirmación de la revelación de Dios en Cristo, una verdad

absoluta, un hecho histórico que está fuera de nosotros, un dato objetivo al cual está ligada nuestra experiencia subjetiva. Es necesario que tengamos una perspectiva adecuada de estas dos realidades: la objetiva y la subjetiva. El hecho histórico, que Jesucristo resucitó de entre los muertos no significa nada para mí, personal o experimentalmente, hasta tanto no le reciba como Señor y Salvador de mi vida. Por otra parte, si no tengo más que mi propia experiencia, tarde o temprano empezaré a preguntarme si ella es real o si se trata de una autosugestión. Tengo que reconocer que mi experiencia se basa sobre el cimiento sólido de un hecho histórico objetivo.

En su libro *Cristianismo Básico*, John Stott presenta, concisa y claramente, las principales evidencias en favor de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

## **7. ¿Una Vida Moral no me Llevaría al Cielo?**

La séptima pregunta refleja una actitud que es muy corriente en nuestra época. “¿No es suficiente con que viva una vida moralmente buena para llegar al cielo?” O como decía un estudiante, “Si Dios califica de acuerdo con el término medio, voy a salir aprobado” Sus palabras constituyen un adecuado resumen de la confusión que reina en torno a todo lo religioso. La mayoría de la gente está dispuesta a aceptar la filosofía de que basta con hacer lo que podamos y todo saldrá bien, o aunque sea raspando, pasaremos. En esta esperanza ingenua y soñadora vemos un increíble optimismo con respecto a la bondad del hombre, y una ignorancia espantosa en cuanto a la santidad infinita de Dios. Dios no califica en base al término medio. Tiene una norma absoluta que es Cristo Jesús.

La luz, cuando se enciende, ahuyenta a la oscuridad. Del mismo modo, el carácter de Dios arde en su pureza de tal forma que consume todo lo malo. Tal cual nos encontramos sería imposible entrar en su presencia; seríamos destruidos a causa de la corrupción que existe en nuestras vidas. La perfecta rectitud de Cristo Jesús es la única base que permite entrar en comunión con el Dios viviente.

El siguiente ejemplo ayuda a muchos a ver dónde está el error de su concepto. Supongamos que alineáramos a toda la raza humana a lo largo de las costas del Atlántico con un solo objetivo, el de llegar a nado hasta Europa. Esta meta corresponde a la rectitud que exige Dios. Se da la señal de largada y todos los nadadores se tiran al mar. Al observar el mar vemos a uno que se ha destacado por su rectitud moral. Ha sido un excelente profesor y un buen hombre; siempre ha hecho lo mejor que estaba a su alcance y ha seguido elevadas normas morales. A pesar de todo esto, sería el primero en admitir su

imperfección y pecaminosidad. Este hombre llega a nadar setenta y cinco kilómetros antes de ahogarse. Vemos luego a un estudiante universitario: aún no está como para que lo encierren en una penitenciaría. Es cierto que de vez en cuando hace trampa en los exámenes y que es medio calavera; de cuando en cuando se mete donde no debe y hace lo que no corresponde. Pero con todo, no es malo. Ha logrado nadar diez kilómetros mar adentro. Un borracho se está ahogando a ciento cincuenta metros de la orilla. Esparcidos en el agua, entre ambos extremos, vemos a todo el resto de la raza humana. Al fijarnos sucesivamente en el borracho, en el estudiante y en el individuo tremendamente moral que ha logrado nadar setenta y cinco kilómetros, vemos la diferencia. Es una diferencia enorme. Pero en lo que se refiere a llegar a Europa, ¿qué diferencia hay? Todos se ahogan.

De nada nos sirve en este momento un manual con instrucciones para nadar. Lo que necesitamos es quién nos lleve a Europa. Y es aquí donde interviene Jesucristo. Si puedes llegar por tu cuenta a Europa, si puedes vivir una vida absolutamente perfecta en cuanto a tu pensar, tu hablar y tu obrar, podrás llegar al cielo por tus propios medios. Pero nadie jamás lo ha logrado ni lo logrará. Todas las otras religiones del mundo son, en esencia, manuales de natación, códigos de ética que sugieren maravillosas normas de vida. Pero el problema básico del hombre no es saber *cómo* vivir; es que carece del *poder* para vivir como debiera. La buena nueva del cristianismo es que Cristo Jesús, que irrumpió en la historia humana, hace por nosotros aquello que es imposible que hagamos por nuestra propia cuenta. A través de él podemos ser reconciliados con Dios, recibir su justicia, y entrar a tener comunión con él en su misma presencia.

## **El Problema De Fondo Es Moral**

Habiendo considerado brevemente estas siete preguntas, es necesario que recordemos que en última instancia, el problema básico del hombre no es intelectual; es moral. De vez en cuando nuestra respuesta dejará insatisfecho al otro. Que él la rechace, no significa que la respuesta no tenga valor. Por otra parte, puede que esté convencido y que aun así no llegue a hacerse creyente. En ocasiones me han dicho: “Usted ha contestado todas mis preguntas a mi entera satisfacción.” Después de agradecer el elogio he preguntado, “Entonces, ¿va a creer en Cristo?”, y con una sonrisa abochornada me han contestado: “Bueno, no.” Al preguntar el porqué me responden: “Francamente, significaría un cambio demasiado radical en mi forma de vida.” Muchas personas no están dispuestas a permitir que ninguno, ni siquiera Dios, les gobierne la vida. No es que no *puedan* creer; es que no *quieren* creer. Por lo menos se dan cuenta de dónde está el problema. Nuestra responsabilidad al emplear la información

ofrecida en este capítulo es la de ayudarles a alcanzar este grado de comprensión.

A menudo la gente pregunta: “Si el cristianismo es verdad, ¿por qué no lo aceptan la mayoría de las personas inteligentes?” La respuesta es que no lo aceptan por la misma razón que lleva a la mayoría de las personas no inteligentes a no aceptarlo. No quieren, porque no están dispuestas a someter sus vidas a las exigencias de orden moral que encierra. Podemos conducir a un caballo al abrevadero, pero no podemos obligarlo a beber. Una persona debe estar dispuesta a creer antes de poder hacerlo. Tú y yo nada podemos hacer por un hombre que, pese a todas las evidencias en contra, insiste en que lo negro es blanco.

Nosotros mismos debemos estar convencidos en cuanto a la verdad que proclamamos. De otro modo, no lograremos convencer a otros. Debemos estar en condiciones de decir con confianza, con Pedro:

“No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas” (2 Ped. 1:16).

Entonces nuestro testimonio resonará con autoridad, convicción y el poder del Espíritu Santo.

## 6. — Cristo Es Para Hoy

Muchas personas hoy día no se encuentran tan preocupadas con el asunto de si el cristianismo es verdad o no. Tienen en mente una pregunta más práctica: ¿Es pertinente el cristianismo? A menudo los estudiantes reaccionan así: “Yo creo lo que usted ha dicho acerca de Cristo Jesús, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver con la vida moderna? ¿Qué tiene que ver *conmigo*?” Si queremos ser eficaces en la comunicación del evangelio de Jesucristo a otros, debemos saber de qué modo es pertinente para nosotros, personalmente. Y luego, debemos estudiar la forma de relacionar las realidades pertinentes de Cristo Jesús, incluyendo eventos que ocurrieron dos mil años atrás, con la vida del siglo veinte.

En el día de hoy, y a causa del ambiente de la época, muchas personas se encuentran más abiertas que antes a las realidades espirituales. Poco antes de morir, el doctor Karl Compton advirtió que la humanidad va camino a la aniquilación a menos que la raza humana logre, en un futuro próximo, avances morales y espirituales equivalentes a sus avances tecnológicos. La revista *LIFE*, informando hace algunos años sobre los ganadores del premio Nobel en física, señaló que ha habido una progresión aritmética en el avance, tremendamente acelerado, del conocimiento científico pero que, en comparación, nuestra ignorancia aumenta en progresión geométrica. Cada nuevo descubrimiento multiplica lo desconocido e incontrolable para el hombre. También le permite manipular extensas esferas tanto para el mal como para el bien; como ejemplo, la energía nuclear, que puede ser utilizada tanto para destruir ciudades como para destruir el cáncer. Y, a pesar de que muchos intentan desvincular la moral de la ciencia, haciendo que la ciencia sea enteramente amoral, las cuestiones metafísicas son más pertinentes, vienen más al caso hoy que en cualquier época previa.

### El Vacío Interior

Muchas personas que piensan, se dan cuenta de que no pueden subsistir con un régimen a base de insípidas perogrulladas. ¿De qué modo puede el Cristo viviente ser pertinente para ellos? Al considerar las necesidades humanas presentes y eternas, encontramos que la actualidad de Cristo Jesús para el hombre del siglo veinte se revela a través de sus propias palabras. Las expresiones registradas en el Evangelio de Juan, y que comienzan con las palabras “Yo soy” nos dan la pauta de esto, a medida que vemos su relación con el hombre moderno y sus necesidades.

Una necesidad básica es la de llenar el vacío espiritual, y de responder a la soledad interior que atormenta a tantas vidas hoy día. La gente a menudo se

sumerge, o incluso se pierde en todo tipo de actividades y estímulos externos. Pero en cuanto se le quitan los estímulos externos y se la deja sola con sus pensamientos, viene el aburrimiento, la ansiedad o la sensación de miseria. Siente ese doloroso vacío interior y no encuentra forma de escapar de él. Se da cuenta de su falta de recursos internos para afrontar las pruebas de la vida; todo su sostén viene de afuera. Nada que sea exterior puede producir una satisfacción duradera. Una satisfacción que dure debe provenir de lo que está dentro de nosotros.

El Señor Jesucristo dice en Juan. 6:35: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” Ocorre algo tremendo cuando entramos en una relación personal con Jesucristo como persona viviente. Entra a nuestro ser interior y llena el vacío espiritual como sólo él puede hacerlo. Y porque está en nosotros a través de la presencia interior del Espíritu Santo, podemos tener una satisfacción final. San Agustín, y muchos otros a través de los siglos, han hecho eco de este descubrimiento: “Tú nos has hecho para ti, oh Dios, y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentren su descanso en ti.” Dios nos hizo así — criaturas que dependen de su Creador para poderse realizar plenamente. Y podemos funcionar como lo quiso nuestro Hacedor sólo cuando él ocupa el centro de nuestras vidas.

Ser liberados de una dependencia de cosas externas como fuente de estímulo y placer en la vida, es como sentarse a comer una costeleta de ternera después de haber subsistido durante meses a base de cascarras de papas. Al dejar de depender de las cosas materiales y externas, no es necesario que dejemos de disfrutarlas. Podemos gozar por ejemplo, de un concierto, o de la belleza de una puesta del sol, para la gloria de Dios. Pero ya no dependemos de estas cosas para encontrar satisfacción en la vida. Al igual que nuestro Señor, tenemos comida que comer que otros no tienen, y que es hacer la voluntad de nuestro Padre celestial (Juan. 4:32). Tomamos de nuestros recursos interiores a través del Señor Jesucristo. Disfrutamos de cosas externas pero no dependemos de ellas.

Jesucristo es “aquello” de lo cual muchas personas quisieran echar mano. El es quien llenará su doloroso vacío interior y los libraré de sus falsas dependencias.

### **La Falta de Propósito**

Otra importante necesidad básica se ve en la falta de propósito, en la carencia de objetivos que caracteriza a nuestra época y en particular al mundo estudiantil. Muchos me vienen a decir, después de una conferencia:

“Usted me pintó tal cual soy. No sé qué hago aquí en la universidad. No sé por qué tres veces por día estudio arquitectura (física, o lo que sea). Estoy aquí porque mis padres costean mi carrera, pero no puedo ver de qué se trata, o hacia dónde me conduce. Estoy atrapado en una vorágine de rutinas diarias. Es difícil seguir dándole a los libros, cuando uno no puede ver a dónde va o por qué lo hace.”

El Señor Jesucristo responde a esta necesidad diciendo:

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan. 8:12).

Cuando seguimos al Señor descubrimos que hay propósito y dirección en nuestras vidas, porque estamos viviendo a la luz de Dios mismo y de su voluntad para nosotros. Ya no andamos al tanteo en la oscuridad de la confusión. ¿Has tenido alguna vez la experiencia de andar a tientas en una habitación oscura, procurando encontrar la llave de la luz? Pasas rozando contra algún objeto. Luego sientes que algo te surca el rostro. Saltas un metro y golpeas contra un cesto de papeles. Sientes que el corazón te deja de latir. Es esa sensación incierta, de inseguridad. Por fin encuentras la llave de la luz, la enciendes y te orientas. Inmediatamente te sientes seguro. Sabes exactamente cómo proceder. Experimentamos algo semejante cuando llegamos a conocer al Señor Jesucristo. El nos saca de nuestra confusión e incertidumbre y nos guía a su luz. Vemos nuestras vidas en el contexto del propósito y de la voluntad de Dios para la historia. Esa visión nos otorga significado y propósito.

La mayor parte de la voluntad de Dios ya está revelada para nosotros en las Escrituras. Y, a medida que obedecemos la voluntad de Dios tal cual la conocemos, él irá aclarando más detalles de su voluntad. Cuando le hayamos dicho que estamos dispuestos a aceptar su voluntad, sea cual fuere, poco a poco nos va descubriendo aquellos detalles que tienen que ver con el lugar en que debemos estar y lo que debemos hacer. Estos detalles, que significan tanto para nosotros como individuos, son, en cierto sentido, marginales en cuanto al propósito básico de Dios. El está llamando para sí un pueblo de “todo linaje y lengua y nación”, un pueblo que manifestará en cada individuo la semejanza de Cristo. Esto es lo que Dios está haciendo en la historia. Cuando él traiga a su término la historia, tú y yo habremos tenido el privilegio de ser parte de la obra eterna de Dios.

Nuestras vidas tienen significado y propósito no sólo para esta vida sino también para la eternidad. ¡Piénsalo! Muchas personas tienen en este momento algún propósito en sus vidas. Pero la mayoría de estos propósitos son de corta duración. No dan una satisfacción acabada; no significan nada a la luz de la eternidad. Para que nuestras vidas tengan pleno significado, deben valer no

sólo para el tiempo sino también para la eternidad. Vemos a tantos hoy día que no saben de qué se trata la vida; andan a tientas en la oscuridad, sin Cristo. Van tan carentes de objetivo como un barco sin timón. Si les presentamos al Señor Jesucristo como quien satisface su necesidad de dirección y que hace que la vida tenga propósito, podrán ser atraídos hacia él y permitir que él llene su necesidad.

## **El Temor a la Muerte**

Una tercera necesidad que puede satisfacer el Señor Jesucristo es la necesidad de un antídoto contra el temor a la muerte. Cuando somos jóvenes, la muerte tiende a ser una cuestión algo teórica. No esperamos morir tan pronto, de modo que no pensamos mucho en la posibilidad. Pero la muerte puede convertirse rápidamente en un asunto de tremenda urgencia.

En esta era nuclear, un número asombroso de jóvenes ha comenzado a pensar seriamente en cuanto a la muerte. Tienen plena conciencia de que vivimos al borde de la destrucción. Con oprimir el botón nuclear, todo podría desaparecer. Las encuestas de Samuel Lubell, basadas en las técnicas de la psicología profunda, y que toman lo que dice la gente y procura deducir lo que en realidad están pensando, revelaron lo que realmente preocupaba a los votantes norteamericanos. Para la mayoría, la cuestión latente en una elección presidencial era, cuál de los candidatos tendría más éxito en evitar una guerra termonuclear. Aunque a menudo no esté en primer plano, esta amenaza de destrucción y muerte repentinas preocupa a muchas mentes.

La crisis cubana sacudió a los sosegados como lo había hecho previamente la crisis de Berlín. Qué ocurriría, se preguntaban, si los Estados Unidos llegara a meterse en esto. Recién había comenzado a trabajar entre estudiantes, en 1950, cuando nos vimos envueltos en el conflicto coreano. Y cada vez que me entrevistaba con estudiantes, alguien preguntaba:

“Supongamos que me manden a Corea y que me encuentre con una bala, ¿a dónde estaré después de muerto? ¿Cómo puedo tener seguridad en cuanto a una vida después de la muerte?”

El Señor Jesucristo habla con poder a muchos cuyas mentes siguen turbadas por la muerte. En Juan. 11:25, 26, dice:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”

Al llegar a conocerle en nuestra experiencia personal, Jesucristo nos libra del temor de la muerte. La muerte deja de ser lo desconocido. Llegamos a saber que es, sencillamente, el siervo que nos hace pasar a la presencia del Dios vivo

a quien amamos. Este conocimiento permitió que Pablo proclamara triunfantemente: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Cor. 15:55). En vez de temer a la muerte, vivimos en expectativa de la experiencia más dinámica que nos sea dado tener.

Espero que ninguno de nosotros haya sucumbido a la impresión ingenua de que la existencia celestial consiste en pasearse sobre una nube rosada tocando el arpa. Lógicamente, de ser así, el cielo nos aburriría terriblemente en menos de una semana. Para no caer en una imagen mental tan tonta, quedemos tranquilos ya que el cielo no será un lugar aburrido. No conocemos todos los detalles porque Dios no ha escogido revelárnoslos; pero partiendo de lo que nos ha dicho, podemos llegar a la conclusión de que el cielo será una experiencia creadora, creciente, dinámica, muy superior a lo que pudieran comprender en este momento nuestras mentes finitas. Será la esencia misma del gozo, de la satisfacción, y del cántico. Aunque no comprendamos plenamente lo que será el cielo, vivimos en la expectativa de estar para siempre con el Señor. De modo que podemos sugerir a otros que Cristo Jesús mismo es la solución a los temores a la muerte, que ahora tienen.

Sin embargo, hasta que nosotros mismos no nos enfrentamos con la posibilidad de la muerte, puede que no tengamos la seguridad empírica de que Cristo nos libra de este temor. Es asombrosamente fácil decir que él nos libra, al disfrutar del calor de un hogar con unos amigos, después de una deliciosa cena. Es cosa muy distinta decirlo, cuando realmente nos estamos enfrentando con la muerte. Situaciones como la de una intervención quirúrgica inminente, a menudo llevan a un individuo a enfrentarse cara a cara con la realidad de la muerte. Cuando, hace algunos años fui sometido a una intervención quirúrgica del corazón, comprobé, en las profundidades de mi propia experiencia, el poder de Cristo para conquistar el temor a la muerte. Esta comprobación fue un valioso subproducto de la operación. Antes, siempre había afirmado que los creyentes no temen a la muerte, pero no podía hablar de experiencia personal.

Cuando vinieron a inyectarme el anestésico, la mañana de la operación, tenía plena conciencia de los riesgos que afrontaba. Sabía que lo más probable era que saliera bien de la sala de operaciones y que, sin embargo, había una clara posibilidad de que nunca regresara. Como se sabe, una operación cardíaca puede ser un éxito completo, pero el paciente puede morir debido a que una multitud de otras cosas pueden fallar. Esa mañana, un gozo y una paz que yo sabía provenían en su totalidad de afuera, inundaron mi ser. Nunca podré olvidarlos. Si alguna vez llegué a pensar que la paz ante la muerte pudiera originarse en el poder de un pensamiento positivo, esa idea se borró para siempre. Yo sabía que en mí no tenía lo necesario para enfrentar esta crisis solo. Un temor mortal se había apoderado del hombre internado del otro lado

del pasillo, y que iba a ser sometido a una apendicectomía. Si hubiese sido suficiente el pensamiento positivo para librarlo de su temor, este hombre lo hubiera logrado. En lo que a mí se refiere, las melodías de *El Mesías* resonaban en mi mente mientras me llevaban hacia la sala de operaciones. Mientras las enfermeras me inyectaban el pentotal sódico hasta podía bromear con ellas acerca del tiempo que demoraría en dormirme. Creo que conté hasta seis antes de perder el conocimiento. Fue para mí una experiencia maravillosa poder someter esta verdad a la prueba y comprobar que era cierta. Y porque es cierta, podemos invitar a cualquiera que esté buscando librarse del temor a la muerte a ir al Señor Jesucristo y encontrar en él una solución pertinente a su temor.

### **El Deseo de una Paz Interior**

El deseo de una paz interior es otra expresión de la necesidad que existe actualmente. Un médico creyente, radicado en la costa occidental de los Estados Unidos, tomó durante tres años, una encuesta informal entre sus pacientes. Les preguntó qué deseo único expresarían si tuvieran la seguridad de que ese deseo les sería concedido. La paz de corazón, de mente y de alma era el deseo supremo del 87 por ciento de sus pacientes. La venta fenomenal de libros religiosos en los últimos años también constituye una indicación de esta necesidad insatisfecha. La gente no tiene paz interior, pero la quiere desesperadamente. Muy adentro se dan cuenta de que todo en esta vida, las posesiones materiales, el poder, el prestigio, la fama, se convertirá en polvo y cenizas. Anhelan una paz interior duradera y una satisfacción que trascienda estas cosas pasajeras.

Aquí también nuestro Señor ofrece la respuesta a la necesidad del hombre. Su promesa en Juan. 14:27 es más que suficiente:

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.”

Su paz es diferente de la que da el mundo. La paz que encontramos en el mundo puede parecer real momentáneamente, pero luego desaparece. “Yo no soy del mundo”, dijo nuestro Señor (Juan. 17:14). Por lo tanto, él puede dar una paz que trasciende a este mundo, una paz profundamente arraigada, permanente, eterna. Esta profunda paz de corazón, mente y alma surge de nuestra relación personal de fe y dependencia en el Señor Jesucristo. El sólo pide que aceptemos su invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28). Muchos pagarían millones de pesos si el descanso pudiera comprarse con el dinero. Pero no es posible

obtenerlo así. El Señor Jesucristo sólo da su paz a aquellos que lo reciban, como un don gratuito.

## **La Soledad**

En quinto lugar, aunque todos tenemos una necesidad básica de amor y de seguridad, la soledad es actualmente un hecho común. Un sociólogo de Harvard, David Riesman, destacó este hecho en su muy difundido libro, *The Lonely Crowd (La Muchedumbre Solitaria)*. Señala que muchas personas sólo existen como cáscaras vacías en medio de la multitud.

Nuestro Señor se ha relacionado dinámicamente con esta necesidad específica al decir: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan. 10:11). Un pastor se preocupa por las ovejas y cuida de ellas. Nuestro Señor se preocupó tanto que dio su vida por sus ovejas. Nos ha brindado seguridad adicional al decir: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” y, “No te desampararé, ni te dejaré.” Una señorita estudiante de la universidad de Columbia vino a ver a mi señora una tarde, cuando vivíamos en la ciudad de Nueva York. Estaba completamente sola y sentía que no podía confiar en nadie debido a ciertas experiencias sufridas con familiares y amigos. A medida que mi esposa le iba contando algunas de las maneras en que Cristo Jesús podía satisfacer las necesidades de su vida, ella levantó la vista con lágrimas en los ojos y preguntó: “¿Quiere usted decir que nunca me abandonará?, ¿qué siempre me amará si yo entrego mi vida a él?” Mi señora le aseguró que quería decir precisamente eso, ya que la autoridad de las palabras de nuestro Señor, que ella había probado en su experiencia personal, confirmaban la fidelidad de Jesucristo.

¿Has visto, alguna vez, tu soledad disipada por la presencia de Jesucristo? Como viajero mucho, con frecuencia me encuentro en algún paraje solitario donde no conozco a un alma. Ha sido maravilloso en tales ocasiones echar mano, por la fe, de la realidad de la presencia del Señor y reconocer que nunca estoy solo. Es tremendo saber que nunca estaremos solos porque el Señor Jesucristo está siempre con nosotros. A veces, cuando nos imaginamos que estamos solos, somos tentados a hacer cosas que no haríamos si recordáramos la presencia permanente de Cristo con nosotros. Pero cuando conscientemente vivimos a la luz de su presencia, reconociéndola, tenemos un impedimento negativo al pecado como también una dinámica positiva para la vida.

## **La Falta de Dominio Propio**

Muchas personas enfrentan el problema de falta de dominio propio:

“Me encuentro haciendo cosas a las cuales nunca creí que me entregaría. Trato de cambiar, pero no puedo.”

Cuando los estudiantes hablan con franqueza de sus vidas, casi siempre admiten este problema. Encuentran que en la universidad se ven arrastrados por normas de comportamiento que nunca hubieran soñado aceptar estando en sus hogares. El torbellino de las presiones sociales los absorbe. Y luego, hagan lo que hagan, no pueden escapar de sus garras. Nuestro Señor se dirige a esta necesidad al prometernos vida y poder. En Juan. 14: 6 dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.” A medida que dependemos de él, evitando las tentaciones que están a nuestro alrededor, y confiando en su poder para librarnos de las tentaciones imprevistas, él muestra su poder en nuestras vidas y transforma nuestra falta de dominio propio en libertad del poder del pecado. Este poder transformador caracteriza las vidas de muchos que han llegado a conocer a Jesucristo. Esto es evidente, sobre todo en personas que provienen de un ambiente pagano y que se han convertido a una forma de vida completamente distinta. Jesucristo ha roto sus cadenas de falta de dominio propio y les ha otorgado un poder que no surge de ellos mismos. Esta es una de las esferas donde Jesucristo más viene al caso para el hombre del siglo veinte.

### **La Falta de Integración en el Pensamiento**

Al decir, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”, nuestro Señor también habla a otra importante necesidad del hombre: una integración completa de su pensamiento. Un estudiante, a punto de egresar de la universidad de Wisconsin, se acercó a un profesor cristiano, amigo mío, con este problema:

“He completado las materias requeridas y dentro de dos semanas me darán el título. Pero siento como si me fuera de la universidad con una bolsa llena de bolitas en la mano. No veo relación alguna entre las varias materias que he cursado. No parecen integrarse una con otra. Parecen más bien bolitas independientes dentro de una bolsa.”

Este muchacho no conocía a aquel que es la verdad absoluta, de quien surge toda verdad y en quien toda verdad se interrelaciona e integra. Muchísimas cosas comienzan a encontrar su lugar en Cristo Jesús a medida que llegamos a comprender a aquél que, en última instancia, es la única verdad.

### **Jesucristo es la Verdad**

Podemos como cristianos hablar con autoridad de Cristo Jesús porque él es la verdad. No transmitimos el evangelio únicamente sobre bases empíricas, aunque el evangelio sea empíricamente cierto. Nuestra presentación no pinta a Dios como un mandadero cósmico que satisface todas nuestras necesidades.

No afirmamos que el evangelio sea la verdad porque da resultados. No. El cristianismo da resultado porque es la verdad. Jesucristo es la verdad. Nuestro Señor habló con imponente autoridad al decir: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mar. 13:31). De modo que no debiéramos presentar a Jesucristo únicamente desde el punto de vista empírico, aunque éste represente un aspecto muy *dinámico* del evangelio. Debemos siempre basar nuestra comunicación sobre la verdad revelada de Dios, y la autoridad de Jesucristo mismo. Luego podremos relacionar a Jesucristo con las necesidades contemporáneas, demostrando a los que nos rodean que él puede serles pertinente en su experiencia personal. Lo que nosotros mismos hemos experimentado en cuanto a la forma en que Jesucristo satisface necesidades específicas ayudará a otras personas a ver cuan pertinentes y confiables son las promesas de Jesucristo.

Resulta evidente que en este corto capítulo no hemos tocado todas las necesidades que presenta el hombre contemporáneo, ni todo lo provisto por Dios para satisfacerlas. Tampoco queremos dar a entender que una vez que recibimos a Jesucristo se acaban todas las luchas. Tenemos problemas en la vida cristiana, abundantes problemas. Incluso muchos creyentes tienen más problemas que antes. La diferencia está en que el Señor Jesucristo nos acompaña en la batalla, y él cambia por completo las cosas.

## 7. — La Mundanalidad: ¿Cuestión Externa o Interna?

Los creyentes genuinos quieren vivir vidas santas. Santiago nos exhorta a no contaminarnos con el mundo (Stg. 1:27). Pablo repite un mandamiento que se encuentra en el Antiguo Testamento, "... Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo" (2 Cor. 6:17). Pedro expresa las exigencias divinas de un modo más positivo; "Sed santos, porque yo soy santo" (1 Ped. 1:16). Hoy en día pastores, y aun amigos bienintencionados, suelen exhortarnos en base a estos versículos y otros semejantes.

Pero, ¿qué queremos decir con "espiritual" y "mundano"? Antes de dedicarnos a alcanzar una espiritualidad genuina, debemos tener una comprensión definida y realista de estos términos. Las ideas que tengamos sobre el tema habrán de afectar nuestra forma de tratar a creyentes jóvenes que han salido de ambientes no cristianos, nuestros consejos a otras personas acerca de la santidad en la vida diaria, y nuestros métodos al tratar con los niños en la escuela dominical o en el hogar. Nuestra definición de santidad también afectará nuestra relación con los creyentes que son más estrictos o más liberales que nosotros en sus actitudes hacia diversas prácticas, diversiones y modo de ver las cosas.

La mayoría de la gente ve la espiritualidad y la mundanalidad como una serie de mandatos y prohibiciones. Sin quererlo, degradan la santidad que Dios exige al convertirla en una cuestión de cumplir ciertos reglamentos.

La Biblia es explícita en cuanto a las normas que gobiernan algunas esferas del comportamiento cristiano. Por ejemplo, no matarás, no adulterarás, no hurtarás, no codiciarás. Tales mandamientos son universales. Abarcan a todo hombre, en todo lugar y en todo momento, y no dejan lugar a dudas o a diferencias de opinión. Cualquiera que ora pidiendo la dirección de Dios para participar en una de estas actividades está perdiendo el tiempo; se lo podemos asegurar en base a la Palabra de Dios.

Nuestras diferencias en cuanto a la mundanalidad surgen de otras cuestiones que la Biblia no menciona explícitamente, la radio, la televisión, el cine, los bailes, los naipes, los cigarrillos, el maquillaje, ad infinitum. La lista es infinita porque continuamente hay quienes le van agregando actividades que imponen restricciones a la vida de otros creyentes. La mayor parte de estos tabúes eran desconocidos cuando se escribió la Biblia de modo que ésta, lógicamente, no habla de ellos.

La ausencia de normas bíblicas explícitas en cuanto a muchas de estas cuestiones discutibles, no es más que el comienzo del problema. Las variaciones geográficas y culturales en cuanto a la “norma cristiana” aceptada complican aún más la situación. Durante los tres años que estuvimos en Texas, resultó interesante comparar normas de comportamiento del norte y sur estadounidenses. El asunto del maquillaje constituye un buen ejemplo. El empleo de cosméticos no crea problemas para la creyente tejana; con su fe sincera y genuina los emplea con liberalidad. Pero en el norte, donde yo me crié, muchos círculos religiosos ven el empleo del lápiz labial como evidencia *prima facie* de que es imposible que la persona “mundana” que lo utiliza pueda tener una relación vital con Jesucristo. ¡Las normas varían!

Al visitar el continente europeo descubrí que muchos creyentes franceses beben vino como la cosa más natural. Su fe no opone reparos a esta costumbre aceptada. Y sin embargo, en muchas partes de los Estados Unidos, la ingestión de bebidas alcohólicas ha llegado a ser una cuestión crucial. A veces la gente utiliza la autoridad bíblica para respaldar sus propias costumbres (costumbres que pueden justificarse escrituralmente en la situación que ellos viven); luego generalizan e intentan imponer a todos sus propias normas de conducta. Las normas de conducta varían y la diversidad resultante que se refleja, por ejemplo, en un instituto bíblico internacional, es tremenda.

### ¿Qué es Legítimo?

La cuestión del comportamiento cristiano legítimo no es nada nuevo. En el siglo primero, Pablo tuvo que aclarar el asunto para los creyentes tanto de Roma como de Corinto. Escribiendo para la situación en Roma, Pablo enunció principios básicos en Romanos 14. Se trataba de una iglesia cosmopolita en la que había gentiles y judíos. Por un lado, entre los creyentes gentiles algunos nunca habían adorado ídolos, pero otros se habían convertido de la idolatría pagana. Por otro lado estaban los creyentes judíos que apreciaban su herencia de días santos y ceremonias, a los cuales atribuían mucha importancia. En Jesucristo, todos estos creyentes habían llegado a ser uno, y sin embargo, sus trasfondos y normas de comportamiento daban lugar a diferencias.

Una de las controversias giraba en torno a la carne. La carne en disputa probablemente había sido utilizada en el culto de ídolos antes de venderse en el mercado. Podemos suponer que los malentendidos en Roma eran semejantes a los que se presentaban en Corinto, descritos en 1 Cor. 8: 1-13 y 10:25-29. Algunos creyentes, probablemente judíos, comían esta carne sin reparos. Puedo imaginar lo que iría pensando uno de éstos al entrar a la carnicería: “La carne ha sido ofrecida a un vil ídolo, ¿y qué? Carne es carne y a mí me gusta la carne.” Es que a los judíos ni les iba ni les venía el uso que se le había dado

previamente a la carne. Pero estos creyentes, que antes habían adorado a ídolos, se escandalizaban al ver que sus hermanos comían esta carne. Antiguamente habían comido esta carne como parte de su culto a los ídolos. Al abandonar a los ídolos, también habían abandonado la carne; no hacían distinción entre ambas acciones. De modo que les molestaba en extremo ver a otro creyente comprar esta carne y disfrutar de ella.

Una segunda controversia afligía a la iglesia en Roma. Probablemente eran los creyentes judíos, esta vez, quienes no podían comprender el escandaloso descuido por parte de los gentiles, en cuanto a la celebración de las fiestas y días santos. Los gentiles, asombrados de que una cosa de tan poca monta molestara a los judíos, probablemente preguntaban:

“Al fin, ¿qué tiene que ver esta observancia con el cristianismo? Lo realmente importante es Cristo Jesús. Hemos llegado a conocerlo a él. Ustedes pueden seguir observando sus fiestas y días santos si quieren. Por parte nuestra no hay problema; hagan lo que gusten. Pero no podemos considerarlos inherentes al cristianismo.”

Ambas cuestiones creaban una tremenda tensión, y ambos grupos cometieron el mismo error, dieron por sentado que sus propias costumbres y cultura constituían normas del cristianismo. Pero el problema iba más hondo. La gente sacaba conclusiones espirituales tomando como base el comportamiento exterior de un individuo, en vez de procurar entender sus razones interiores o sus motivaciones. Este error sutil puede también atraparnos a nosotros si nos descuidamos. Siendo que la Iglesia de este siglo enfrenta problemas semejantes, consideremos los principios pertinentes y aplicables, tal como los enunció Pablo en Romanos 14.

## **No Juzgar**

Encontramos el *primer* principio en los versículos tres y cuatro, y nuevamente en los versículos diez al trece:

“El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido. Tú, ¿quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme.”

Dios es nuestro Señor y Juez. No tenemos derecho de convertirnos en jueces de otro. Si la Escritura no se refiere explícitamente a alguna actividad, no tenemos derecho de criticar o de excusar a otra persona porque se comporte contrariamente a nuestras opiniones. Este principio se aplica en ambos sentidos. Refirámoslo a cualquier actividad no discutida, como podría ser armar rompecabezas. Puede ser que yo me sienta en libertad de armar un

rompecabezas. Esta libertad no me da el derecho de decirle “anticuado” al que no participa de esta actividad. Por otra parte, puede ser que yo no me sienta libre de participar de este pasatiempo. No puedo, como consecuencia, acusar a otro creyente de ser mundano porque se dedique a armar rompecabezas.

Lo que vale aquí es nuestra actitud hacia otros creyentes. El noventa por ciento de la tensión que surge por diferencias de conducta podría eliminarse si pudiéramos rectificar nuestras actitudes. La conformidad no es solución. No es necesario que adoptemos las normas de conducta del otro. Pero nosotros, que somos tan proclives a juzgar, debemos aceptar a cada persona y darnos cuenta de que está en pie o cae ante Dios, no ante nosotros.

### **Permitir Que la Convicción Moldee la Conducta**

El *segundo* principio, que aparece en el versículo cinco, destaca nuestra propia responsabilidad ante Dios:

“Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.”

La convicción personal debiera moldear nuestra conducta, no la presión del ambiente u otra motivación inferior. Como creyentes, deseamos honrar al Señor Jesucristo haciendo lo que a él le agrada y glorifica. Por tanto, basamos nuestras acciones en lo que creemos que es la voluntad de Dios para nosotros. Este tremendo principio interno será válido siempre, en todo lugar y en toda circunstancia.

Podemos ver el significado de este principio en relación con la educación de un niño. Ahora que soy padre de dos niños tengo esto muy presente. Por ejemplo, si procuramos meter a nuestro hijo dentro de un molde de “haz esto” y “no hagas lo otro” sin ayudarlo a comprender el porqué, es capaz de tirar por la borda todas nuestras prohibiciones apenas escape del control paterno. ¿Por qué? Porque no comprende los principios que están detrás de las prohibiciones. Los nuevos creyentes son niños espirituales. A menudo procuramos conformarlos a nuestro comportamiento acostumbrado antes de que hayan tenido la oportunidad de descubrir personalmente cuál es la voluntad de Dios para ellos. El resultado es que cuando no están con nosotros, generalmente abandonan todo nuestro sistema de comportamiento y regresan a la conducta que tenían antes de convertirse. Debemos estar convencidos de que nuestro comportamiento es para la gloria de Dios. Al actuar o dejar de actuar en base a convicciones por amor al Señor, lo que podemos o no podemos hacer deja de ser un problema o una carga, para llegar a ser un gozo. En tanto estemos personalmente convencidos en nuestras mentes, el principio será válido, a pesar de las circunstancias y de otras personas. Pero cada uno de nosotros

necesita considerar y reconsiderar su propia conducta a la luz del Nuevo Testamento, para tener la seguridad de estar siguiendo la voluntad de Dios para él.

## **La Vida Toda es de Dios**

El *tercer* principio señala la base de nuestra convicción personal. En el versículo ocho leemos:

“Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.”

La totalidad de nuestra vida debe ser entregada a Dios para su gloria. Toda nuestra vida, no sólo los momentos que pasamos orando, leyendo la Biblia o testificando, sino que la vida entera pertenece a Dios. No existen compartimentos separados para lo sagrado y para lo secular en la vida del creyente. Estudias la Biblia para la gloria de Dios. Tu partida de ajedrez debiera igualmente traerle gloria. ¿Cómo es posible que alguien juegue al ajedrez para la gloria de Dios? Es sencillo si antes reconocemos que toda nuestra vida, cada gramo de energía, cada momento del tiempo, cada centavo del dinero y todo otro aspecto pertenecen a Cristo Jesús. Somos simplemente mayordomos suyos, y él espera que invirtamos cada parte de nuestras vidas tomando en cuenta su voluntad para nosotros. Hay momentos en que debería estar jugando al ajedrez en vez de estar estudiando la Biblia. En otras ocasiones debería estar estudiando la Biblia en vez de estar jugando al ajedrez. Experimentamos una tremenda liberación de innecesaria tensión cuando nos damos cuenta de esta verdad, y vivimos totalmente en la presencia de Dios con la intención de honrar a Jesucristo.

A veces, a los creyentes les resulta difícil disfrutar de la vida. ¿Tuviste alguna vez un sentimiento de culpa por haber disfrutado de una jugosa, tierna costeleta que era casi demasiado deliciosa? No hay razón de sentirse culpable. En 1 Tim. 6:17 Pablo recuerda a Timoteo una de las grandes verdades de las Escrituras, que es “el Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos”. Precisamente porque somos creyentes es que podemos disfrutar más plenamente que otros. En vez de aferrarnos a ese vago sentimiento de incomodidad al encontrar placer en algo, disfrutemos todas las cosas que Dios nos da para su gloria.

“¿Es esto lo que yo debiera estar haciendo en este momento?” Esta es la pregunta clave que debiéramos hacernos. A veces debiéramos estar barriendo la vereda y no orando; y otras debiéramos olvidarnos de la vereda sucia y caer de rodillas. Un cristianismo vital no se limita a momentos de la así llamada actividad espiritual, ni a los días o a las horas transcurridos en la comunión con

otros cristianos. Jesucristo es tan real y dinámico el martes, a las cuatro de la tarde en el laboratorio o biblioteca, en el hogar o en la oficina, como lo es el domingo a las once de la mañana en la iglesia. El nos capacita para que la totalidad de nuestra vida transcurra en su presencia, estando él a nuestro lado. Cada aspecto, cada momento de nuestras vidas pertenece a Dios y puede glorificarle. ¿Ha hecho impacto en tu vida este concepto? ¿O te aferras a una existencia en compartimientos? El hecho de clasificar mentalmente las cosas que hacemos, en compartimientos espirituales y no espirituales, quizá explique porqué no alcanzamos a vivir una vida radiante, plenamente cristiana. A medida que se hace carne en nosotros el concepto de que, cada momento puede vivirse en la voluntad de Dios para su gloria, la vida toma toda una nueva dimensión.

## **Lo Que Preocupa a Dios es la Motivación**

El *cuarto* principio aparece en el versículo catorce:

“Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es.”

Muchas cosas no son malas en sí, pero nuestra forma de emplearlas puede ser mala. Acabamos de mencionar la costeleta. La comida es necesaria, pero podemos usar mal la comida y abusar de nuestros cuerpos, comiendo por glotonería. El sexo, un maravilloso don de Dios, llega a ser una de las cosas más sórdidas de la vida cuando se pervierte su función. En sí mismas, estas cosas no son malas; el mal está en su empleo incorrecto. Por lo tanto, Pablo se preocupa por nuestra actitud hacia las cosas. Si pensamos que está mal que participemos de cierta actividad determinada, pero de cualquier manera lo hacemos, somos culpables aun en el caso de que otro piense que esa acción particular es correcta.

Nuestra preocupación por el “hermano débil” es parte de nuestra actitud hacia las cosas. No consideremos al hermano débil, sencillamente como una persona que no tiene fuerza suficiente para hacer lo que nosotros nos sentimos en libertad de hacer. Tampoco debemos verlo como un creyente mayor, dominador, que quiere imponer su serie legalista de prohibiciones sobre todos. En esencia, el hermano débil es un creyente que es inmaduro en su forma de pensar. Probablemente sea un creyente joven que aún no ha aprendido a distinguir entre un acto y la motivación del cual surge. En vez de hacerse la pregunta básica, “¿Por qué debo (o no debo) hacer esto?”, el hermano débil interpreta la espiritualidad con referencia a acciones externas, probablemente adoptando en bloque y sin examinar las normas de valoración de su familia o grupo eclesiástico.

Debemos recordar que lo que preocupa a Dios es nuestra motivación. En Rom. 14: 6 lo que realmente Pablo dice es:

“El que come, come para glorificar al Señor; del mismo modo, el que no come, se abstiene para glorificar al Señor.”

Tenemos aquí dos formas de conducta opuestas, pero ambas se usan para honrar al Señor. Un hermano débil acepta uno de los extremos como la manera correcta de actuar y pasa por alto la motivación que la hace correcta. Si ve, entonces, que alguien hace lo contrario, se encontrará ofendido o confuso, o ambas cosas a la vez. Debe aprender (y a veces también nosotros) que el amor del creyente hacia Jesucristo y su deseo de honrarle y glorificarle siempre debe ser lo primero. Lo que haga o no haga vendrá luego.

Entonces, ¿qué hacemos con los hermanos débiles? ¿Los atrepellamos y seguimos adelante? Algunos de los creyentes romanos habrán sentido ganas de decir: “¡Que se vayan a freír papas los hermanos débiles! Son unos inmaduros, de modo que ¿por qué preocuparse?” Pablo reprendió enérgicamente esta actitud: “Si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor” (v. 15). Nosotros, los creyentes supuestamente maduros, que comprendemos el error que hay en basar juicios espirituales sobre actos externos, debemos tener la madurez suficiente como para acomodarnos a los hermanos que aún no lo comprenden. Mediante el amor de Dios, debemos negarnos a poner tropiezo o a escandalizar a un hermano con respecto a una cuestión de menor cuantía. En 1 Corintios 8, 9, 10 (si este tema te preocupa, medita sobre 1 Cor. 8:10-13, 9:19-23 y 10:23-33), Pablo desarrolla la idea de nuestra responsabilidad hacia los hermanos más débiles. El, personalmente, había resuelto que,

“...si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (1 Cor. 8:13).

Se comprende que lo que está en juego es el reino de Dios, no nuestra libertad personal. Y el reino de Dios tiene que ver con cuestiones más profundas que guardar un día santo, comer carne o su equivalente en el siglo veinte. Debemos aprender lo que significa el clásico versículo diecisiete de Romanos 14,

“...el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

Cuando está en juego una cuestión más profunda, quizá debamos acomodarnos a un hermano débil de modo tal que podamos ayudarlo a comprender lo que significa el reino. Al mismo tiempo, no debemos darle la idea de que puede imponer su norma de conducta preferida sobre nosotros. Nuestro consejo puede dirigirle hacia una forma más madura de pensar. Este fue el propósito de

Pablo al escribir a las iglesias de Roma y de Corinto. Les ayudó a ver más allá de su énfasis inmaduro sobre el acto exterior y les animó a desarrollar un espíritu más permisivo y de aceptación de aquellos creyentes cuya conducta era diferente a la suya.

Tuve una experiencia práctica sobre este asunto en un campamento estudiantil celebrado en Nueva Jersey, hace algunos años. Conocí allí a cierta persona, un vendedor que, antes de llegar a ser cristiano, literalmente adoraba al béisbol. Se esclavizaba todo el invierno, de modo que pudiera estar a completa disposición de su dios durante los meses de verano. Durante unos doce años no se había perdido un solo partido de los que se habían jugado en Filadelfia. Sabía de memoria los puntajes de cada jugador desde 1910. Dormía, comía, bebía y respiraba béisbol. Luego conoció al Salvador y abandonó su ídolo, dejándolo a los pies de Jesús.

Hacia el final de nuestro ajustado y algo agotador campamento, este hombre oyó que yo le decía a otro de los asesores del campamento: “¿Qué te parece si después del campamento nos vamos al estadio a ver un buen partido de béisbol?” El vendedor quedó boquiabierto. Increíblemente me miró y dijo: “¿Cómo puede usted, siendo creyente, asistir a un partido de béisbol?” La verdad es que he conocido muchos tabúes en círculos cristianos, pero ¡ésta era la primera vez que oía una prohibición contra el béisbol! Estaba atónito y no sabía qué decir. Cuando preguntó, por segunda vez: “¿Cómo pueden ustedes dos pretender ser creyentes y luego ir a un partido?” nos pusimos a pensar y a conversar sobre el asunto. A medida que hablábamos con este vendedor, descubrimos su problema. Aquí teníamos a un hombre como los creyentes gentiles en Roma, un hombre que antes había adorado un ídolo. El béisbol había sido para él algo demasiado grande, y ahora daba por sentado que cualquiera que iba a ver un partido (comía carne), por ajenas a la idolatría que fuesen sus intenciones, de hecho estaba rindiendo culto idólatra al dios béisbol. Mi colega y yo cancelamos nuestra cita para ir a ver el partido, ya que el haberlo hecho hubiese turbado innecesariamente a nuestro amigo en una etapa delicada de su vida cristiana. Pero también hablamos con él y le aconsejamos, y con el tiempo se dio cuenta de que no todos los creyentes tienen problemas con el béisbol. Con su trasfondo, el béisbol probablemente seguirá siendo una peligrosa tentación para él por todo el resto de su vida; él sabía esto. Pero más tarde comprendió que no podía dictar normas para creyentes que no tienen problemas con el deporte. Nos alegró al verle comenzar a madurar en sus actitudes.

Tenemos una responsabilidad hacia nuestro hermano débil. El principio bíblico no nos permite seguir adelante como si nada y decir:

“Está equivocado, es un ingenuo, de cualquier manera no estará de acuerdo, de modo que puedo desentenderme de él,”

Tampoco exige el principio bíblico que nos acomodemos a la conciencia de otro, aparte de la investigación y autoexamen propios. Más bien, el principio bíblico exige que examinemos nuestros motivos: ¿Estoy haciendo esto y no haciendo aquello por amor a Jesucristo y porque deseo honrarle y glorificarle? ¿O se trata en realidad de una razón menos universal, una razón que no será válida si paso de un grupo cultural o social a otro?

Una vez establecida nuestra motivación, debemos aún decidir cuál deberá ser nuestra actitud hacia alguna actividad en particular. Esto constituye un problema, sobre todo cuando la posición escritural no es explícita. Creo que nos habremos dado cuenta ya de que muchas cuestiones secundarias del comportamiento cristiano caen dentro de la esfera gris del relativismo. Lo que puede estar bien para ti puede estar mal para mí. Pero Pablo tiene un consejo concreto para nosotros. En los vv. 14, 22 y 23 de Romanos 14, traza una línea divisoria, la duda:

“Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es... ¿Tienes tú fe? Tenía para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.”

Si mi amigo el vendedor hubiera comprendido la situación, yo hubiese podido asistir al partido, para divertirme, sin problema. Pero para él hubiese estado mal asistir, ya que en su caso entraban en juego la duda y otras cuestiones morales.

La siguiente regla práctica me ha resultado de mucha utilidad : si existe duda en cuanto a la corrección de cierta actividad, es mejor no realizarla. Pero si tenemos la conciencia limpia ante Dios, y si esta actividad puede realizarse para su gloria, y sin confundir a otro, hay que hacerla con placer y regocijo. Debemos alegrarnos con lo que Dios nos ha dado para disfrutar. Pablo establece claramente este principio.

Siempre habrá, por supuesto, quien interprete mal y abuse del privilegio de su libertad personal, conviniéndolo en licencia para hacer lo que quiera. Esa conducta contradice todo lo expuesto por Pablo. Siempre sospecho de aquel que hace alharaca de su comportamiento diferente para demostrar que es “libre”. En ese caso él está muy lejos de haber entendido la intención y el énfasis de Pablo.

El amor es el factor que controla todo lo que hacemos cuando vivimos la totalidad de nuestras vidas para la gloria de Dios. Terminada la ceremonia matrimonial, nadie le dice a su amada: “Bien, ya hemos hecho los votos, la ceremonia se acabó, de modo que ahora salgo a parrandear. ¡Te veré luego!” El amor que ha comenzado por unir a dos personas, constituye el fundamento permanente de su matrimonio. Cuando amas a alguien quieres hacer con esa persona y por ella todo lo que le agrade. Te duele mucho cuando algo que has hecho le desagrada o le perjudica. El amor te constriñe. San Agustín sabía de qué hablaba en su clásica sentencia, “Ama a Dios y haz lo que quieras.” Y no estaba sugiriendo una vida en compartimientos. La actitud del que dice: “mis pecados son perdonados; ahora puedo vivir como el diablo”, constituye una clara evidencia de que esa persona no conoce el amor del Padre celestial y del Salvador crucificado.

La expresión de amor hacia el Señor Jesucristo y un deseo de vivir completamente para su gloria son evidencias de la nueva vida en Cristo. Cuando nuestra libertad personal en Cristo es dirigida por esta motivación, es entonces una libertad maravillosa, que significa la gloria de Cristo, gozo para nosotros y consuelo y edificación para otros.

### **La Mundanalidad: Actitud de AutoSatisfacción**

En el último análisis, la mundanalidad es básicamente una actitud de autosatisfacción. Puede adoptar muchas formas, pero más que una serie externa de normas de conducta, es una actitud interior. La forma más común y más sutil de mundanalidad entre creyentes, probablemente sea el orgullo. Algunos de los más mundanos se abstienen de hacer todas las cosas que habitualmente denominamos “mundanas”. Son mundanos porque su preocupación básica es su propia persona, su propia comodidad, su propio prestigio, su propia prosperidad material. El mero hecho de no hacer ciertas cosas no es garantía de que seamos espirituales.

La espiritualidad genuina consiste en ver todas las cosas desde el punto de vista de Dios: considerando y viviendo cada parte de nuestra vida de acuerdo con su escala de valores y de conformidad a su voluntad revelada para nosotros, de modo que todo lo que digamos y hagamos traiga gloria a Jesucristo quien nos ama y se dio a sí mismo por nosotros.

## 8. — La Fe Es la Clave

La fe es el elemento clave para mantener la realidad de nuestra experiencia cristiana. Aceptamos la doctrina de que somos salvos por fe: es sólo por fe que nos allegamos a Cristo Jesús y que le invitamos a entrar a nuestras vidas como Señor y Salvador. Pero fácilmente olvidamos que la fe debe continuar siendo, de día en día, el principio determinante de nuestras vidas cristianas.

### ¿Qué Es la Fe?

Me pregunto cuántos son los que entienden lo que es la fe. Muchos estudiantes no creyentes, automáticamente la equiparan con la superstición. Piensan que para tener fe hay que suprimir la razón. “Soy demasiado inteligente para que me embauquen con eso de la fe”, es lo que suelen decir. Sin embargo, no sólo los no creyentes piensan así. Algunos creyentes también equiparan la fe con la superstición. En lo recóndito de su ser aceptan la definición de la fe que dio un alumno de la escuela dominical: “Es creer algo que uno sabe que no es cierto.” Bien puede ser que muchos de nosotros, si fuésemos honestos, diríamos lo mismo. La linda fachada que presentamos es sólo apariencia. Por debajo de nuestra seudo fe sabemos que en realidad no creemos tal o cual afirmación. De modo que nuestra fe llega a ser un verdadero problema. Es necesario que aclaremos varias cosas en cuanto a la fe; entonces podremos considerar el papel práctico que juega en nuestra vida diaria.

### La Experiencia Diaria

**Primero**, la fe es cosa de todos los días. Muchas personas, equivocadamente, consideran a la fe como un fenómeno limitado a personas con trastornos emocionales y que no pueden arreglárselas en la vida sin una muleta. Y, sin embargo, aun aquellos que piensan que la fe es un bastón o un tranquilizante, ejercen fe todos los días. Es muy probable que hoy hayas ingerido por lo menos una comida que no preparaste personalmente o cuya preparación no supervisaste. Al comer, no podías saber si esa comida estaba envenenada, y sin embargo, la comiste, en fe. Quizá fue una fe ciega; puede que de aquí a una hora estés sufriendo los síntomas de una intoxicación alimenticia. Sin embargo, probablemente probaste comida porque tenías confianza en la persona que la preparó, aun en el caso de que el cocinero te fuese desconocido, por ejemplo, en un restaurante. Ejercitaste una fe razonable. También tienes fe en el instituto de enseñanza superior al cual asistes, y esperas que te otorgue el título cuando hayas completado las materias requeridas. Toda investigación y avance científicos dependen también de la fe. Aunque a menudo se hace

resaltar la objetividad de la ciencia y de los científicos, su trabajo descansa sobre varios axiomas no demostrados y que deben ser aceptados, si me permites la expresión, por fe. Por ejemplo, los científicos deben creer que existe una realidad ordenada que puede observarse, que existen leyes causales aplicables a esa realidad, y que la lógica humana es adecuada para describir la realidad física, o incluso, para entender el universo. Así que, la fe es una experiencia real en todos nosotros. La pregunta que enfrentamos no es, “¿tenemos o no tenemos fe?, sino ¿en qué tenemos fe y hasta qué punto?”

## **La Validez de la Fe**

**Segundo**, la fe no puede tener mayor validez que el objeto (la persona o cosa) en el cual se tiene fe. Quizá tengas fe implícita en tu compañero de pieza. Si te pidiera prestados cinco mil pesos esta tarde, y si tienes, se los darías. Pero, supongamos, que sin que lo sepas ha abandonado sus estudios y piensa irse definitivamente. Toda la fe y la confianza que tengas en él no te devolverán el dinero una vez que tu amigo se haya ido, al día siguiente, para nunca regresar. Tu fe en él sólo puede ser válida hasta donde él sea digno de confianza.

O podríamos considerar el caso de una niña enferma cuyo padre, un selvático primitivo, la lleva a través de la selva al brujo. El padre podrá tener fe implícita en el brebaje que se elabora para curarla. Pero por mucha fe que tenga, esa fe no salvará a su hija si se trata de un líquido tóxico. La fe no tiene mayor validez que la de su objeto. La fe de este hombre no es más que superstición.

Este principio tiene un corolario: la fe intensa no crea la verdad. La validez de la fe no puede ser aumentada por su intensidad. Con respecto a esto se encuentran muchas ideas ingenuas en el mundo actual. La gente dice: “Me parece maravilloso que Ud. pueda creer eso. Para Ud. es la verdad, aunque para mí no lo sea.” Con sólo creer no se cumplen los deseos. Las afirmaciones generales en las que tendemos a confiar pueden ser muy superficiales. Una ancianita, que fue víctima de un robo por parte de un joven a quien le había alquilado una habitación, dijo tristemente: “¡Qué lindo chico era ese. Hasta tenía las iniciales de la Asociación Cristiana de Jóvenes en sus toallas!” A pesar de que ella aún quería creer en la integridad de aquel joven, su creencia no podía crear una verdad objetiva. La creencia no crea la verdad, como tampoco la destruye el hecho de no creer.

Hace algunos años un hombre de Texas recibió la noticia de que había heredado la gran fortuna de un pariente en Inglaterra. Este tejano, que vivía aislado del resto del mundo, en la indigencia, nunca había oído hablar de ese pariente inglés. Y aunque estaba a punto de morir de hambre, no quiso creer la noticia. Su negativa a creer no cambió el hecho de que fuera heredero de un

millón de dólares; en cambio, su incredulidad le impidió disfrutar del dinero. Murió en medio del hambre y la penuria. La verdad objetiva no cambió, pero él no gozó de sus beneficios porque no los reclamó en fe.

En la esfera de nuestra experiencia humana de todos los días, tendemos a considerar los hechos reales como hechos reales. Pocos tenemos problemas en aceptar el concepto de que la creencia no puede crear hechos concretos, y que la incredulidad no los puede destruir. Pero al referirse a Dios, muchas personas revelan una extraña ingenuidad. Más de un estudiante me ha dicho: “Ah, yo no creo en Dios”, como si eso resolviera el asunto. Y un amigo dirá: “¿El cielo y el infierno? No puedo creer que sean lugares reales.” Piensa, entonces, que no es necesario preocuparse más del asunto; y supone que por el hecho de no creer en esas realidades, ha logrado eliminarlas.

La distinción que hace el doctor A. W. Tozer, entre fe y superstición, puede ayudarnos en este punto. La fe ve lo invisible pero no lo inexistente. Según la explicación de Heb. 11: 1, “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” Los ojos de la fe ven algo que es real aunque sea invisible. Lo que ve la superstición es irreal e inexistente. A medida que aprendemos a discernir entre la irrealidad y la realidad invisible, descubrimos que hay un mundo de diferencia entre ambos.

**Repitiendo:** *Todos creen en algo.* El objeto de su fe determinará la validez de ésta y no la intensidad con que se crea o se deje de creer. La fe en algo irreal no es más que superstición.

## **Cristo: El Objeto de la Fe Cristiana**

Puesto que el objeto de la fe del cristiano es el Señor Jesucristo, debemos preguntarnos si Jesucristo es un objeto válido para nuestra fe. Muchos de nosotros, después de haber estudiado los hechos pertinentes, hemos llegado a la conclusión de que lo es. Y ahora, al someter esa hipótesis a la prueba de la experiencia personal, por medio de una relación con él, estamos demostrando que es absolutamente fidedigno.

En la salvación, no podemos lograr por nuestra cuenta el perdón de los pecados ni el don de la vida eterna. Los recibimos por fe. Nos damos cuenta de que sólo la fe nos lleva a una relación vital con Cristo Jesús. Pero luego, es posible que se produzca un cambio en nuestra forma de pensar, un cambio inconsciente, quizá, pero devastador. Después de haber comenzado la vida cristiana por la fe, procuramos vivirla por las obras. Aunque admitimos que la salvación no puede ser ganada por las obras, a veces nos imaginamos que debemos progresar en la vida cristiana haciendo una serie determinada de

cosas. Esta idea es errónea. La misma fe que nos introduce a la vida en Cristo Jesús debe seguir obrando a través de toda nuestra vida cristiana. El objeto de nuestra fe sigue siendo el mismo: Cristo Jesús, el Señor.

La Escritura nos indica claramente que Jesús es el objeto constante de nuestra fe. Escribiendo en 1 Cor. 1:30, Pablo nos recuerda que Cristo Jesús “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. Jesucristo ha de ser nuestra sabiduría; él es nuestra justicia, santificación y redención. Pedro hace una afirmación aún más asombrosa en cuanto a nuestro Señor en 2 Ped. 1: 3:

“Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel (Jesucristo) que nos llamó por su gloria y excelencia.”

Fíjate en esto: En el conocimiento de Jesús que nos ha llamado por su gracia, su divino poder nos ha concedido todas las cosas que corresponden a la vida y a la piedad. ¿Te das cuenta de que por haber recibido a Jesucristo en tu vida como Salvador y Señor, tienes en este momento todo lo necesario para una vida de piedad y de santidad?

La mayoría de nosotros — yo bien sé que esto es cierto en mi caso — tendemos a pedirle a Dios pequeños paquetes. Solemos decir: “Señor, necesito más amor; necesito más gozo, y también más tranquilidad interior.” Necesitamos más de esto y más de aquello. Pero Dios no nos provee un paquete de amor o de gozo o de paz. Si así lo hiciera, somos tan tontos que los consideraríamos logros propios y andaríamos jactándonos:

“Observen cómo amo a la gente. Fíjense en el poder que hay en mi vida. Y no pasen por alto la paz interior que tengo.”

No, Dios obra más sabiamente. Te ha dado y me ha dado todo lo que necesitamos en el Señor Jesucristo. Una vez que lo hemos recibido en nuestras vidas y que hemos establecido con él la relación personal que se ha mencionado tan frecuentemente en estos capítulos, tenemos todo lo que Dios piensa darnos. Absolutamente todo lo necesario en este momento se encuentra en Cristo Jesús, y podemos echar mano de ello si es que queremos. ¡Y Cristo Jesús vive en nosotros! A medida que nos apropiamos de él diariamente, por la fe, él nos impartirá todo lo necesario.

## **Experiencias Cristianas de Fe**

Pero, ¿cómo llega a convertirse en experiencia práctica esta afirmación teórica? ¿Cómo echamos mano del Señor por la fe, experimentando así la realidad de la fe? Al decir realidad, nos referimos a aquello que es genuino y

auténtico, aquello que puede ser aprehendido y en lo cual podemos confiar. Necesitamos tener tal realidad en nuestras vidas; es esencial tanto para nuestra relación personal con Jesucristo, como para nuestra forma de relacionarnos con el mundo que nos rodea. ¿Cómo experimentamos la realidad de la fe en Cristo Jesús?

## **¿Qué Es la Realidad?**

Para empezar, debemos saber qué es lo que buscamos. Todos nos hemos encontrado con el no creyente que dice: “Yo creería en Dios si pudieras probarme su existencia.” Cuando le preguntamos: “¿Y qué pruebas aceptarías?”, queda boquiabierto. Nunca se ha detenido para preguntarse qué es lo que busca. Aun si se pusiera la evidencia delante de sus ojos, no la reconocería.

Puede ser que en nuestra búsqueda de autenticidad en la vida cristiana, tengamos un problema similar. No tenemos una idea muy clara de lo que buscamos. ¿Estamos esperando la experiencia que ha tenido otro, quizá oír una voz del cielo? Puede ser que un amigo nos haya dicho: “Dios me habló ...”, y hayamos exclamado: “¡Qué tremendo!” Pero luego comenzamos a reflexionar en cuanto a nuestra propia experiencia:

“Dios nunca me habla. ¿Por qué será que nunca he escuchado voces? Quizá algo me esté ocurriendo; puede ser debido a algún problema en mi vida espiritual.”

Es fácil que interpretemos mal las expresiones de otros. El resultado es que nos confundimos, y sin saber exactamente lo que buscamos, procuramos una réplica de la experiencia que tuvo el otro. Cuando llegamos a pensar que es necesaria una gran experiencia extática que nos dejará haciendo acrobacias o girando como un trompo, nuestras ideas acerca de la realidad de la fe se tornan confusas. Pronto empezamos a sentirnos frustrados.

Yo no tengo que escuchar una voz audible cuando Dios me habla. Yo escucho su Palabra. Al ir leyendo tu Biblia mañana tras mañana, ¿has sentido alguna vez que algún pasaje en especial era el mensaje de Dios para ti ese día? ¿Has sentido alguna vez que Dios, a través de su Palabra, estaba diciéndote algo directamente? Eso es experimentar la realidad. ¿Has conocido alguna vez la paz de Jesucristo en una crisis? Eso es realidad. ¿Puedes encontrar alguna cosa en tu vida que es diferente porque Jesucristo la ha cambiado? Esa diferencia es una realidad de la vida cristiana. Vale la pena que te detengas un momento y te preguntes dónde estarías hoy si nunca te hubieras encontrado con Jesucristo. Quizá descubras que, en cuanto a las evidencias objetivas de la obra de Jesucristo en tu vida, tienes más de lo que habías pensado.

Por fe conocemos la realidad de Jesucristo. Por fe él nos resulta tan real como un miembro íntimo de nuestra propia familia. Por fe podemos “vivir su presencia”; es decir, podemos aprender a pensar en él como una persona que está continuamente presente con nosotros. La omnipresencia es, por supuesto, un atributo de Dios. Esta es una verdad en cuanto a Dios que los cristianos aceptan, pero en base a la cual pocos actúan. Podemos aprender a pensar en él cuando nos encontramos frente a situaciones concretas, a estar conscientes de que él está con nosotros aquí y ahora, a recordar que sus recursos siempre están a nuestra disposición. Si así lo hacemos, encontraremos que él es una fuente inagotable de todo lo que necesitamos.

## Las Tentaciones

El propio Jesucristo satisface plenamente toda nuestra necesidad. Supongamos que te encuentra en una situación tensa, tentado a “estallar”. No puedes aguantar ni un momento más a tu compañero de pieza. ¿Qué haces? En este preciso momento puedes dirigirte a Jesucristo en fe para decirle:

“Señor, yo no puedo amar a este imbécil. No tengo fuerzas suficientes para eso. Sólo tu amor lo puede lograr. Amalo a través de mí.”

Reconociendo tu falta, vienes a Jesucristo por fe en el momento de necesidad.

Para algunos, la palabra *tentación* sugiere una sola cosa: la impureza. La impureza es, sin duda, una tentación que debemos tener en cuenta, pero hay muchas otras cosas que también nos tientan, entre ellas el deseo irresistible de hablar mal de otros a sus espaldas, o de taparle la boca a otro con el sarcasmo. Los creyentes parecen ser mucho más susceptibles a los pecados del espíritu que a las malas acciones externas. Podemos permitirnos menos preocupación con las muchas tentaciones externas que no nos molestan, pero debemos estar más alertas con aquellas tentaciones internas que surgen continuamente. El Señor espera que lleguemos a orar en estos términos:

“Señor, necesito tu paciencia porque estoy impaciente. Las presiones me están venciendo, y no tengo en mí lo necesario para enfrentarlas. Gracias porque tú vives en mí, y porque estás dispuesto a dejar que actúe tu paciencia. Por favor, hazlo en mi vida ahora.”

Las tentaciones en la esfera del pensamiento deben ser aniquiladas de entrada. Seguramente has escuchado este viejo adagio, pero vale la pena repetirlo:

“No puedes evitar que los pájaros vuelen encima de tu cabeza, pero sí puedes impedir que hagan un nido en tus cabellos.”

En el instante mismo en que somos tentados con un pensamiento impuro, o con uno injusto o malintencionado, debemos dirigirnos a Jesucristo para decirle:

“Señor, no tengo el poder suficiente como para derrotar esto. Hay en mí una desgraciada tendencia a ceder al mal. Pero tú tienes el poder. Me vuelvo a ti para que ejerzas tu poder en mi vida.”

En vez de buscar la victoria en Jesús, algunos hemos procurado librar la batalla contra la tentación por nuestra cuenta. Esto es lo que nos derrota. Supongamos que yo dijera: “No pienses en los elefantes blancos durante los próximos cinco minutos.” Por más que lo intentes, nunca podrás lograrlo. Por el hecho mismo de procurar evitarlo, tus pensamientos se concentrarán en ese tema.

Es necesario que miremos más allá de la situación de tentación, para ver a Jesús. “Señor, tú eres la fuente del amor. Yo no puedo amar a esta persona (casi la aborrezco); pero tú la amas. Ayúdame.” Jesucristo satisface plenamente nuestra necesidad. En vez de ofrecernos más paquetes de amor, paz, pureza o poder, él se ofrece a sí mismo, una persona viviente. Honestamente, ¿qué pensamos acerca de su ofrecimiento? ¿Qué es Jesucristo para nosotros? ¿Es para ti, nada más que una serie de datos escritos sobre un papel? ¿O constituye, ahora mismo, una persona viviente? Si Jesucristo no parece estar vivo (lo está, nos demos cuenta o no de ello), si no te das cuenta de que vive en ti por el Espíritu Santo y de que quiere comunión contigo, lógicamente no significará nada para ti. Cuando la verdad de que Jesucristo es una persona viviente hace nuevo impacto en tu vida, constituye una experiencia revolucionaria. La vida de fe, día a día no es más que el continuo reconocimiento del Señor, resucitado y viviente.

### **Centrar la Atención en Cristo**

A veces nos auto-derrotamos porque pasamos demasiado tiempo preguntándonos, ansiosamente, si nuestra fe es suficientemente fuerte. Satanás ha logrado desviar completamente nuestra atención de lo realmente importante. Hudson Taylor tuvo que aprender esta verdad; también nosotros. Describió su estado (y el nuestro) en una de sus cartas:

“Todo el tiempo yo estaba convencido de que en Cristo podía hallar todo lo que necesitaba, pero la pregunta práctica era: ¿cómo obtenerlo?... vi que la fe era el único requisito ... Pero en mí no había esa fe.”<sup>16</sup>

Un día, estando en la China, recibió una carta de un amigo que señalaba la solución:

“¿Cómo obtener el fortalecimiento de la fe? No es por esforzarse uno, sino simplemente descansando sobre Aquel que es fiel,<sup>17</sup> “contemplar a Aquel que es fiel.”<sup>18</sup>

No la fe en sí, sino el objeto de esa fe requiere nuestra atención. Nunca debemos vernos absorbidos por la fe, descuidando el objeto que la determina. Miremos a Cristo Jesús. Alguien ha dicho que con una fe fuerte en una planchada débil, caeremos al río, pero con una fe débil en una planchada fuerte, llegaremos a la otra ribera.

La fe echa mano de las “cosas dadas” de la vida cristiana, y vive a la luz de ellas. No siempre es fácil hacer esto. Viene la depresión; te sientes miserable. ¿Cómo puedes escapar del hoyo? No será hundiéndote en tu propia depresión y en la maraña de las cosas que andan mal. Más bien, siéntate y considera los asombrosos hechos referentes a Jesucristo: quién es, qué ha hecho en la historia, qué ha hecho en tu propia vida. Piensa en él ahora, como el gran Sumo Sacerdote, que aparece en la presencia de Dios por ti, compasivo, capaz de salvarte plenamente. Medita en él durante diez o quince minutos y, sin darte cuenta, te encontrarás cantando.

Una comunión diaria, personal, con el Dios viviente es de vital importancia. Cuando no hemos estado solos en la presencia de Dios durante un tiempo, nos cuesta pensar acerca de otra cosa que no sea los problemas que nos afligen. Prueba ahora de meditar acerca de lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús y cómo él es el don de Dios para ti. Encontrarás que él terminará librándote de ti mismo. Las oraciones de la Biblia siguen este esquema básico: los que oran recuerdan quién es Dios y todo lo que ha hecho, y luego oran con referencia a su propia situación. Quizá comiencen con la creación y luego recuerden lo que Dios hizo con Israel o con Elías. Después de entrar en calor y ganar confianza, oran así: “Bien, Señor, aquí estamos. Danos fuerzas y sabiduría para enfrentar la situación presente.”

Necesitamos que se nos recuerden las misericordias de Dios en nuestras propias vidas. Los creyentes son con frecuencia olvidadizos cuando se trata de sus experiencias con Dios. El hacer memoria de lo que Dios ha hecho con nosotros en el pasado aumenta nuestra confianza en relación con los problemas presentes. Yo creo que tales recuerdos específicos del poder, sabiduría y amor de Dios constituyen el escudo de la fe que Pablo nos exhorta a tomar en Ef. 6:16, con el cual podemos apagar todos los dardos de fuego del maligno. ¿Cuáles son esos dardos? Sin duda alguna incluirían las tentaciones de duda y nerviosismo que surgen al considerar los caminos desconocidos que tenemos por delante.

### **Todo Está en las Manos de Dios**

Mi fe reconoce el hecho de que mi vida está en las manos de Dios. Lo crea o no, es un hecho que Dios controla el mundo. Si no lo creo, no hago más que

negarme el disfrute de esta verdad. Pero si lo medito y echo mano de esa convicción, mis temores en cuanto al futuro desaparecerán.

La experiencia lo demuestra. Gran parte de mis viajes de una universidad a otra son por avión. Inmediatamente antes de que me toque volar hacia algún lugar, mi esposa casi siempre se entera de varios accidentes aéreos recientes. Nunca tales noticias nos infunden intranquilidad. La verdad es que probablemente anularía mis planes de viaje si no fuera por la confianza de que mi vida está en manos de Dios, que mi familia también está en sus manos, y que nada ocurre en nuestras vidas por accidente. Algunos hombres que no tienen seguridad en cuanto a su futuro sudan como condenados durante el vuelo. Yo no. Es que, o se tiene fe en el cuidado de Dios, o no se la tiene. La afirmación de que esta situación está en manos de Dios, o es verdadera o es falsa. Si es falsa, mejor olvidarse de Dios. Pero si es verdadera y aceptamos la revelación que Dios nos da de sí mismo, nuestra fe nos permite disfrutar de la certidumbre de su providencia y descansar en ella.

La fe brinda a nuestras vidas una perspectiva asombrosamente nueva. La fe reconoce el control soberano de Dios pero no es fatalista. El fatalismo se somete a una fuerza ciega, impersonal, sobre la cual el hombre no ejerce ningún control. La fe en la providencia de Dios cede lugar gustosamente a un amante Padre celestial, que tiene en cuenta los pajarillos que caen a tierra y que aun cuenta los cabellos de cada cabeza. Entre la fe y el fatalismo hay un mundo de diferencia, y en esa diferencia hay gran consuelo.

Muchas cosas desafían a la fe. El doctor Edward Carnell compara al creyente con un físico que está observando una función de magia. Cada truco exitoso del mago amenaza la fe del físico en la ley de la uniformidad. Puede evidentemente quedar perplejo, pero su fe no cae por tierra porque la ley de la uniformidad descansa sobre bases científicas y no sobre impresiones subjetivas. De igual modo, la fe del creyente se ve fortalecida al mantener la vista puesta en las promesas de Dios, y al considerar no

“las dificultades que se anteponen a lo prometido, sino el carácter y los recursos del Dios que hizo la promesa.”<sup>f9</sup>

Job hizo precisamente esto en respuesta a las burlas de su esposa cuando, en medio de un increíble sufrimiento, Dios parecía haberlo abandonado: “No seas tonto, ¡maldice a Dios y muérete!” Pero Job declaró: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré.”

Habacuc quedó perplejo ante los eventos de su época. Judá estaba arruinada moralmente, pero Dios no juzgaba al pueblo. Cuando el profeta preguntó, “¿cómo es esto?”, el Señor le respondió: “Voy a utilizar a Caldea para

castigarlo.” Le costó aún más aceptar esta explicación a Habacuc, pues Caldea era peor que Judá. Habacuc tuvo que aprender a observar la relación entre Dios y los hombres en una perspectiva más amplia. Sólo entonces pudo afirmar con fiabilidad que, aunque no hubiera manifestación visible de la presencia y del poder de Dios, confiaría en él. Que aunque no hubiera higos en la higuera ni ganado en los corrales, con todo, él se alegraría en Jehová, y se gozaría en el Dios de su salvación” (véase Hab. 3:17, 18). Aquí vemos fe, y no la simple racionalización de un buen deseo. La fe reconoce las realidades que han sido reveladas en el Señor Jesucristo; la fe las toma para sí, y vive a la luz de esas realidades.

## **La Fe en la Vida Diaria**

La auténtica vida de fe es una experiencia que se va desarrollando de día en día. El maná que sobró de ayer no nos puede satisfacer hoy. Debemos continuar cada día en la presencia de Dios. Esto no admite discusión. Es una verdad sencilla, pero profunda, a la vez que crucial en lo que se refiere a nuestra vida con Dios.

Quizá hayas oído hablar de George Mueller, fundador de orfanatorios en Inglaterra, que como hombre de fe, nunca anunció públicamente sus necesidades sino que dependió de Dios para la provisión de todo lo necesario. George Mueller me enseñó una valiosa y reconfortante lección acerca de nuestra comunión diaria con Dios. El asunto es que yo tenía la idea, antes, de que una vez que el creyente lograba apropiarse de ese “algo” (fuese lo que fuese), todos sus problemas se acabarían. Vería siempre al sol radiante, escucharía el trinar de los pájaros, y se sentiría con ganas de saltar de gozo. Pero aun George Mueller admitió:

“Pienso que mi mayor necesidad ante Dios y el hombre es lograr que se alegre mi alma delante del Señor, diariamente, antes de ver a cualquier otro.”

La palabra clave es *lograr*. Cuando él se despertaba no siempre su alma andaba alegre. Supongo que sentía lo mismo que siento yo cuando suena el despertador. Es esa sensación viscosa, fría, que se presenta cuando despiertas y comienzas a recordar todos tus problemas. Estoy seguro de que él conocía esta sensación. Como primera tarea del día, Mueller se introducía a la presencia de Dios para meditar en él hasta que su alma se alegraba en el Señor. Luego encaraba el día.

La vida cristiana no es un asunto enteramente pasivo. Prefiero describirla como una “batalla victoriosa” y no como una “vida victoriosa” porque esta última frase pudiera dejar la falsa impresión de que los creyentes no tienen problemas. Hay luchas. Mi lectura del Nuevo Testamento y mi experiencia

propia lo confirman. La vida es una lucha, pero es una lucha victoriosa por la fe, cuando diariamente echamos mano de las realidades de Jesucristo y permitimos que él sea activo en nuestra vida.

Pienso que a veces hemos complicado más de la cuenta el asunto de la “vida cristiana victoriosa” o de la “plenitud del Espíritu Santo” o lo que quieras llamarlo. Algunos dirán que soy ingenuo, pero he leído todo tipo de libro sobre el tema, y he conversado acerca del mismo con centenares de personas. He escuchado muchísimas fórmulas. Al ir leyendo el Nuevo Testamento y hablando con otros he llegado a la conclusión, y aceptaré que me corrijan que, cualquiera sea el nombre que se le dé, el secreto está en entregarse totalmente, sin reserva alguna, a Jesucristo.

La realidad de una fe así nos lleva a través de todas las vicisitudes de la vida. A veces la realidad de nuestro Señor se traduce emocionalmente, otras veces, no. Esto es sano. Nadie puede aguantar una emoción intensa durante un tiempo prolongado; se desgastaría. Imagínate lo que sería vivir constantemente al mismo nivel emocional que alcanzas durante los últimos segundos de un partido, en el cual el delantero de tu equipo está por lograr el gol del desempate que te daría el campeonato. Tenemos momentos de intensa emoción, pero también nuestras emociones sufren sus altibajos. Pero sea cual fuere nuestro nivel emocional, de exaltación, de depresión, o normal, podemos, en el fondo, conocer la realidad de Jesucristo y su don de una paz y satisfacción que todo lo llena.

Conociendo a Jesucristo, ya no estamos atados a las circunstancias. No estamos a merced de sus altibajos. Estamos ligados, más bien, al Dios vivo e inmutable. Podemos pasar por alto las circunstancias al caminar con él, día a día, por fe, recibiendo activamente su vida y permitiendo que él la desarrolle en nosotros. Fue esta vida la que permitió que Pablo cantase en la cárcel. No te engañes con respecto a Pablo. No le hacía ninguna gracia estar metido en la cárcel o recibir treinta y nueve latigazos. Tales penurias eran tan devastadoras para él como lo serían para nosotros. Sin embargo, en Jesucristo había hallado aquello que le permitía pasar por encima de sus circunstancias. Porque dependía de la vida de Cristo en él, la vida de Pablo era una experiencia genuina de fe.

## 9. — Alimentando Nuestra Vida Interior

Tu carácter, se ha dicho, se refleja en lo que haces cuando nadie te ve. Pero, en general, nos preocupa más lo que los otros puedan ver. Nos preocupamos acerca de lo que decimos y hacemos en determinado ámbito social, y de la impresión que quisiéramos hacer. No nos molestan los pensamientos y acciones que tenemos cuando estamos solos. Y, sin embargo, es en ese momento que asoma nuestro verdadero carácter. Es entonces cuando quitamos las caretas y nos mostramos tal cual somos.

El doctor Paúl Tournier, en su útil y penetrante libro, *Medicina de la Persona*, se refiere a la disparidad entre lo que somos por dentro y lo que aparentamos ser para los otros. El llama a esta disparidad la diferencia entre la persona y el personaje. Por lo general, nuestra salud mental será mejor si lo que parecemos ser se aproxima mucho a lo que realmente somos. Cuanto mayor la distancia entre nuestra persona y nuestro personaje, mayor será nuestro problema de salud mental, ya que parte de nuestra vida será una mentira.

### Nuestro Yo Secreto

A lo largo de las Escrituras, Dios ha señalado que nuestro yo verdadero es la persona, el ser interior o secreto, el carácter que se revela cuando estamos solos. Y Dios conoce plenamente nuestro ser interior. Cuando envió a Samuel para ungir a un hijo de Isaí como rey, Dios le recordó la importancia de la vida interior. Samuel pensó que Eliab, alto y buen mozo, tenía todo lo necesario, hasta que el Señor le dijo:

“No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Sam. 16: 7).

El corazón, nuestra vida interior, ese centro de nuestra personalidad que incluye el intelecto, las emociones y la voluntad, es lo que Dios toma como base para valorarnos. Y el que escribe la epístola a los Hebreos afirma que Dios posee todos los datos:

“... no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb. 4:13).

Tenemos aquí algunas de las palabras, a la vez más alentadoras y más aterradoras de la Biblia. Nos aseguran que Dios siempre nos comprende. Nuestro mejor amigo puede a veces entendernos mal. A menudo, sin quererlo,

puede interpretar mal una palabra o un motivo, y como resultado puede distanciarse de nosotros. Pero Dios conoce toda la verdad. Podemos confiar en él porque nos conoce al revés y al derecho. Es esta verdad, sin embargo, la que nos impide fingir o aparentar ante Dios. Asusta, a veces, darse cuenta de que él sabe todo lo que yo sé de mí mismo, y aun más de lo que yo sé. El Dios viviente me ve tal cual soy cuando estoy solo, despojado de todo lo ficticio.

Debemos considerar nuestra vida secreta, a la cual nadie ve aparte de Dios, desde una perspectiva tanto negativa como positiva. Moisés habla del aspecto negativo en el Sal. 90: 8, “Has puesto nuestras iniquidades delante de ti, nuestros pecados más secretos a la luz de tu rostro” (VM). Esta afirmación revela varios hechos importantes.

### **Primero, todos tenemos pecados secretos.**

Moisés dice específicamente, *nuestras* iniquidades, *nuestros* pecados más secretos. No excluye a ninguno. Nuestro pecado secreto puede ser el orgullo escondido, que al irnos “inflando” hace que nos veamos como mejores, más inteligentes, bondadosos, atractivos e importantes de lo que en realidad somos. Puede ser un auto-engaño que nos lleva a encontrar justificativos para nuestra conducta, de modo que tengamos “quejas justificables”, “frustración lógica”, o “indignación justa”. Puede ser una deshonestidad que oculta parte de la verdad o que intencionalmente actúa o habla con el fin de crear una impresión falsa. Puede ser un apuro egoísta, o una pérdida descuidada del tiempo o de los talentos, o no amar a Dios como él nos ama a nosotros. Quizá sea el querer a alguna persona o cosa que esté fuera de la voluntad de Dios para nosotros. Puede ser que nos esté carcomiendo la amargura o la animosidad hacia una persona en particular o hacia un grupo de personas, destruyéndonos tal como hizo el gusano de la calabacera de Jonás. Puede ser el fraude. Puede ser la impureza. Pero sea lo que fuere, Dios lo conoce plenamente. No se lo podemos ocultar. Más bien, estando en su presencia, debemos reconocer nuestro pecado oculto y encararlo enérgicamente.

### **Segundo, el pecado oculto conduce al pecado visible.**

Los pecados visibles son el fruto que surge de la raíz del pecado secreto, que es a menudo una motivación pecaminosa. Esto me asusta. Nuestro Señor se refirió a esta condición crítica cuando procuró explicar a los fariseos que el pecado no siempre es externo. Les dijo, en síntesis:

“Ustedes no comprenden. No es lo que entra al hombre que le contamina; no es lo que otros le ven hacer o no hacer. Es de adentro, del corazón del hombre, que surgen los malos pensamientos, las impurezas y todas estas otras cosas. Es de adentro que se contamina el hombre” (véase Mar. 7:14-23).

El pecado secreto que sólo nosotros conocemos siempre precede al pecado visible que es evidente a los demás. Santiago destaca esta verdad,

“... cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:14-15).

A lo largo de la Biblia encontramos ejemplos de esto: El robo de Acán fue precedido de un corazón codicioso. El adulterio de David comenzó en su imaginación. Ananías y Safira no hicieron más que revelar su engaño interior cuando mintieron a Dios. En cada caso, el pecado existió en el interior de la persona mucho antes de que un acto externo lo manifestara.

Quizá hagamos un comentario hiriente acerca de otra persona, eso es algo externo; pero por detrás del comentario se encuentra una disposición impropia. Al seguirle el rastro a cualquier pecado que se nos ocurra, nos encontraremos con una actitud interior fallida, un pecado secreto. Esta verdad nos puede ayudar a comprender aquella afirmación de que el colapso en la vida cristiana nunca se debe a un reventón; siempre es por una pérdida lenta. ¿Habrá pérdidas lentas en tu vida o en la mía en este momento?

### **Tercero, debemos damos cuenta de que todos nuestros pecados secretos están delante de Dios.**

Si los tenemos, él los ve, aun cuando nosotros no nos demos cuenta de que existen. Si personalmente no somos conscientes de ningún pecado, podemos abrir nuestros corazones y nuestras mentes a Dios y pedirle que él nos muestre si hay pecados secretos en nuestra vida, confiando que él ha de contestarnos. Cuando honestamente oramos con David

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23, 24),

el Espíritu Santo nos convencerá de cualquier pecado que haya en nuestras vidas. Puede ser que nos lo revele a través de un pasaje de las Escrituras que estemos meditando o puede emplear el comentario hecho por otro para hacérselo ver. De una forma u otra, nos señalará el pecado.

Nos toca a nosotros hacerle frente a ese pecado específico una vez que ha sido revelado. Dios nunca nos revela el pecado para que sigamos metidos en él. Aun mientras va despertando nuestra conciencia de pecado nos ofrece perdón y limpieza. El quiere que respondamos a su revelación confesando y abandonando ese pecado específico, y efectuando una restitución, si es necesario. El quiere perdonarnos y limpiarnos. Quiere librarnos de ese pecado

secreto. Quiere darnos poder para que vivamos por él. De modo que siempre está dispuesto a escucharnos cuando le pedimos perdón, limpieza y poder.

Satanás, quien no quiere que actuemos contra un pecado recientemente descubierto o contra un pecado reiterado en nuestras vidas, se complace en burlarse de nosotros:

“¡No vengas otra vez con lo mismo! No es posible que seas tan descarado que te animes a volver a Dios para confesar nuevamente el mismo pecado. No hace ni dos días que confesaste ese pecado y que prometiste al Señor abandonarlo. ¿Cómo puedes enfrentarte con él? Será preferible que empieces mejorándote, Demuéstrale que tienes fuerza de voluntad suficiente como para vencerlo de una vez por todas!”

Estas palabras proceden del mismo infierno. Dios quiere que vayamos a él de inmediato, tal cual nos encontramos. Sólo él puede enfrentarse exitosamente con nosotros y con nuestros pecados. El sabía bien cómo eramos cuando, en la cruz, nos redimió en Cristo Jesús. A medida que la obra iluminadora del Espíritu Santo hace que nuestro pecado nos resulte evidente, Dios nos llama a ir a él tal cual somos, sin otro recurso que la sangre derramada por el Señor Jesús a nuestro favor.

Si al pedírsele, el Espíritu Santo no revela un pecado específico en nuestras vidas, no es necesario que desesperemos. Una de las tretas que emplea el enemigo con el fin de paralizarnos y de impedir que sirvamos eficazmente a Jesucristo es mediante la sugerencia de que somos culpables de algún pecado desconocido que Dios no nos ha revelado. Satanás espera que en vez de descansar en la paz de Dios, regocijándonos en la limpieza y el perdón del pasado y del presente, nos dediquemos a la introspección. Si llegamos a ensimismarnos por completo, tenderemos a olvidar a los demás. Nuestro Padre quiere que reconozcamos que nuestra capacidad de pecar, y de autocngañarnos con respecto al pecado, es casi ilimitada. El profeta Jeremías señaló que el corazón es engañoso más que todas las cosas y perverso (Jer. 17: 9). Sin embargo, debemos depender del Salvador que nos sigue salvando y que asume la responsabilidad de revelarnos pecados específicos. Así, él nos libra de la ansiedad y de una constante preocupación con nosotros mismos. Podemos dirigir nuestros pensamientos al Señor Jesucristo, la solución para todo problema del pecado, y hacerlo con esa confianza reposada y libre de ansiedad que debe caracterizar al hijo de Dios.

Roberto Murray McChcync logró un equilibrio acertado al aconsejar: “Por cada mirada dirigida hacia tu persona, mira diez veces a Jesucristo.” No queremos ser mórbidamente introspectivos, como aquellas personas que se toman la temperatura espiritual cada tres días o cada tres horas. A menudo

tratamos nuestra vida espiritual como aquel niño que plantó una semilla de melón, y que luego la desenterraba cada mañana para ver como crecía. Sólo cuando hacemos entrega de cada esfera de nuestras vidas a Dios, confiando luego en él, vamos creciendo en la comunión personal que él quiso que tuviéramos.

## **Guarda y Desarrolla Tu Vida Interior**

Dado el impacto que tiene nuestra vida interna en la determinación de nuestra vida exterior, la Escritura explícitamente nos amonesta a guardar esa vida interior: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida” (Prov. 4:23). Lo que somos lo determina, en gran parte, nuestra vida interior. Alguien ha dicho que las circunstancias nunca hacen o deshacen a nadie; sencillamente revelan lo que se es. Nosotros somos la suma de todo lo que, día a día, ha constituido nuestra vida hasta este momento específico, sobre todo lo que hemos pensado, sentido y decidido.

Es por esto que el salmista dice: “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría” (Sal. 51: 6). Aquí pasamos del aspecto negativo de nuestra vida secreta al positivo, la comunión personal con Dios mismo. En Stg. 4: 8 leemos:

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones.”

Aunque en última instancia dependemos sólo de Dios para nuestra redención y limpieza, él nos da un papel positivo, activo en dicho proceso.

Este aspecto positivo de nuestra vida interior puede y debe tener mayor influencia que lo negativo en la determinación de nuestra vida exterior. En el Sermón del monte, Jesús enseñó así,

“... cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mat. 6: 6).

La oración secreta recibirá una recompensa evidente del Padre. Nuestra vida secreta con Dios es la raíz del poder espiritual exterior, del mismo modo que el pecado secreto es la raíz del pecado exterior. Ambas son leyes espirituales inexorables.

Por increíble que parezca, el Dios de la creación, que además de los cielos y de la tierra nos hizo a nosotros, quiere tener comunión personal con cada uno de nosotros. ¡Qué tremenda verdad! Escasamente alcanzamos a comprender su significado. A lo largo de las Escrituras vemos la evidencia de hombres que

gozaban esta relación íntima con el Señor. David afirmó: “Oh Jehová, de mañana oirás mi voz” (Sal. 5: 3). Tres veces por día Daniel se arrodillaba hacia Jerusalén para tener comunión con el Dios viviente, y tuvo que sufrir las consecuencias: los leones. Después de un día largo y ocupado, nuestro Señor se levantó antes de la madrugada y salió a un lugar desierto para estar a solas con su Padre.

A Dios le agrada la adoración, alabanza y comunión de un grupo de creyentes reunidos en el nombre de Cristo. Le place encontrarse con nosotros en el devocional, en la iglesia y en las reuniones de oración estudiantiles. Pero también quiere encontrarse con nosotros a solas. Supongamos que tus padres nunca te vieran, excepto cuando llegaras a casa con un grupo de tus amigos. Al igual que la generalidad de los padres, probablemente se alegrarían de conocer a tus amigos. Ellos quieren compartir tus intereses. Pero ¿no llegarían a sentirse frustrados si ésta fuera la única circunstancia en la que pudieran verte? Quizá dirían: “Mira, nos agradan tus amigos, pero queremos verte a solas, aunque sea un rato. ¿Podrías dedicarnos una hora a solas?” Algo semejante es lo que debe sentir Dios respecto de algunos de nosotros. Por supuesto, le dedicamos tiempo en ciertos grupos y, sin embargo, él ansia encontrarse con nosotros a solas.

Supongamos que tuvieras el deseo de regalarles a tus padres algo muy especial, y que para adquirirlo tuvieras que dedicar todo tu tiempo al trabajo, de tal modo que nunca pudieras estar en casa. ¿Qué sentirían ellos? Cuando ya no lo pudieran soportar más, ¿no es cierto que acabarían diciéndote:

“Mira, no queremos tu regalo; ¡te queremos a ti! ¡Quisiéramos pasar algún tiempo contigo!”

Es fácil enredarse tanto “sirviendo al Señor” que no nos queda tiempo para pasar a solas con él. Y, sin embargo, esas horas a solas con él son esenciales para una vida que quiera poseer poder espiritual.

¿Qué ocurre cuando nos encontramos solos con Dios? ¿Qué se requiere para que ese tiempo secreto con el Dios viviente resulte en manifiesto poder espiritual? De hecho, él nos habla a través de su Palabra, y nosotros respondemos en oración. Y, sin embargo, a veces nuestra lectura bíblica o nuestra oración nos dejan insatisfechos. ¿Dónde está la falla?

## **El Estudio de la Biblia**

Al estudiar la Biblia, muchas personas procuran descubrir cierta información referente a la Biblia o aun información contenida en la Biblia. Pero la mera información bíblica no es un fin en sí mismo. Si alguna vez procuraste

producir vida y poder espirituales sencillamente leyendo versículos, organizando datos, y haciendo bosquejos, sabrás que es un esfuerzo inútil. Benjamín Franklin escribió comentarios bíblicos, pero hasta donde sepamos, nunca llegó a ser creyente,

Básicamente, el propósito de la Biblia es el de ponernos en contacto con el Dios viviente en la persona de Jesucristo. Un telescopio nos permite ver las estrellas. Debemos, por supuesto, saber cómo funciona el telescopio para poderlo utilizar, pero que trágico sería que, absortos por su funcionamiento, nos olvidásemos de mirar las estrellas. Puede ser que el hecho de no distinguir entre los medios y el fin sea el problema que muchos tenemos en nuestras devociones personales, o “tiempo devocional”. Quizá estemos pensando:

“Yo intenté mantener un tiempo devocional diario, pero lo encontraba seco y aburrido. No sacaba nada en limpio.”

¿Has tenido alguna vez la sensación de estar leyendo mecánicamente diez versículos por día, sin sacarles provecho alguno? Empiezas a desanimarte; ¿de qué sirve, por qué molestarse? A ratos, todos sentimos algo semejante. No tiene sentido cumplir con los pasos de un rito vacío. Quizá no hemos reconocido que el propósito de nuestro tiempo devocional es el de encontrarnos cara a cara con el Dios vivo, en la persona del Señor Jesucristo. O quizá no nos hemos dado cuenta de que él es una persona viviente que quiere encontrarse con nosotros. Debemos siempre venir a las Escrituras esperando encontrarnos con el Señor viviente, ya que básicamente, su Palabra no es un libro de texto sino una revelación de sí mismo.

Otro problema que podemos experimentar en nuestro estudio bíblico personal surge de una falta de orientación. Se ha dicho que “el que apunta a la nada, con seguridad la alcanzará.” Si entramos al tiempo devocional sin un propósito definido, sin un deseo sincero de una comunión personal con el Señor Jesucristo, este hecho impedirá el crecimiento de nuestra vida espiritual, tan seguramente, como que la falta de apetito deprimirá nuestra vida física.

Hay siete preguntas orientadoras que me han ayudado enormemente al emplearlas, de tanto en tanto, en mi propio método de lecturas bíblicas. Las probé cuando recién empezaba a encontrarme con Dios, cada mañana, y aún las uso de cuando en cuando, sobre todo si el enfoque que he venido usando comienza a volverse rutinario. Si vienes a la Palabra de Dios en espíritu de oración y escudriñas el pasaje, buscando respuestas a cada pregunta, descubrirás ciertas verdades aplicables cada vez. Algunas de las siete preguntas quizá no se apliquen a determinado pasaje, pero siempre habrá otras que servirán. Algunas son aplicables a cualquier pasaje. Aunque sencillas, estas preguntas podrán evitar que recorramos a toda velocidad una serie de

versículos, con nuestra atención centrada en el programa de actividades para el día o en las cosas que nos pasaron ayer. Evitan que nuestras mentes divaguen, y nos ponen cara a cara con el Dios viviente y con su voluntad.

### **Primero: ¿Hay aquí un ejemplo que debo seguir?**

¿Encuentro implícito en este pasaje de la Escritura algo que debiera ser o hacer en este día? En vez de leer las Escrituras como un ejercicio académico, debiéramos siempre escudriñar la verdad de Dios con el fin de moldear nuestras vidas de acuerdo con su voluntad revelada. ¿Qué ejemplo hay aquí que yo deba seguir?

### **Segundo: ¿Hay aquí un pecado que debo evitar?**

### **Tercero: ¿Hay aquí un mandamiento que debo obedecer?**

A menudo nos preguntamos acerca de la voluntad de Dios para nuestras vidas. Y con frecuencia hablamos como si discernir la voluntad de Dios para nosotros fuera un complejo y difícil problema.

¿Te has dado cuenta de que el noventa y cinco por ciento de su voluntad ya ha sido revelada? Descubrir esto puede ser un rudo golpe. Dios ha revelado su voluntad en la Biblia. En las largas e impresionantes oraciones que hacemos buscando la voluntad de Dios, generalmente estamos pensando en el matrimonio o en la profesión. Pero, en cierto modo, estas decisiones son incidentales. Dios claramente enuncia su voluntad para nuestro carácter y nuestra vida diaria. A veces una sola razón nos impide conocer su voluntad: que no nos hemos expuesto a la Palabra de Dios para buscarla.

¿Hay algún mandamiento que debo obedecer? Si, como tan a menudo ocurre, hemos sido desobedientes a lo que Dios ha establecido claramente, no podemos esperar que él nos siga descubriendo su voluntad. El espera que primero obedezcamos lo que ya nos ha mostrado, puesto que su voluntad declarada no es cosa optativa para nosotros. Dios nos revela su voluntad progresivamente, de acuerdo con nuestra obediencia.

### **Cuarto: ¿Hay aquí una promesa que debo reclamar?**

En este pasaje de la Escritura, ¿me está dirigiendo el Espíritu Santo a alguna promesa de la cual puedo ahora echar mano por fe? Algunas promesas en las Escrituras, como por ejemplo, Heb. 13: 5, son incondicionales: “No te desampararé, ni te dejaré.” Otras van unidas a una condición previa: “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón” (Sal. 37: 4). Al buscar las promesas, debemos ver también las condiciones que

las acompañan y estudiarlas detenidamente, para, a la luz de éstas, reclamar las promesas.

### **Quinto: ¿Qué me enseña este pasaje en particular acerca de Dios o acerca de Jesucristo?**

La aventura de la vida cristiana tiene mucho de parecido con el matrimonio. En el fondo, ninguna pareja de novios se conoce de veras. Aunque cada uno haya procurado descubrir todo lo posible acerca de su futuro cónyuge, al celebrar su primer aniversario de casados, mirando en retrospectiva, reconocerán ambos: “Yo no la conocía a ella (o a él) cuando nos casamos, ni tampoco ella (o él) a mí.” Esto, entre paréntesis, es razón suficiente para que yo tiemble al pensar en un matrimonio que no tenga la certidumbre de estar de acuerdo con la voluntad de Dios. Realmente no conoces a la otra persona de antemano. El proceso de llegar a conocer al cónyuge es una de las grandes aventuras del matrimonio.

Del mismo modo, una de las aventuras de la vida cristiana es el crecimiento en nuestro conocimiento personal del Señor Jesucristo. De entrada, es poco lo que sabemos de él, sólo lo suficiente para entregarle nuestras vidas y recibirle como Señor y Salvador. Confiamos en él. Le entregamos nuestras vidas en plena obediencia. Y, sin embargo, apenas le conocemos. Al ir meditando en la revelación que él ha hecho de sí mismo, y al ir creciendo en él, llegamos a conocer, cada vez más, a Dios. Luego, en el transcurso de la vida, a través de nuestras experiencias personales con él, Dios agrega nuevas dimensiones a una verdad que ya hemos aprendido en las Escrituras acerca de su persona; por ejemplo, que Dios es misericordioso, que Dios es fiel a su palabra.

### **Sexto: ¿Hay aquí una dificultad que deba investigar?**

Algunas personas siempre comienzan buscando los interrogantes, y como único resultado, pronto se ven empantanados en problemas y dificultades. En poco tiempo comienzan a excusarse: “Hay tantas cosas que no puedo entender. No logro encontrarles pie ni cabeza; ni vale la pena intentarlo.” Cuando comemos pescado, generalmente apartamos las espinas para poder comer el pescado en sí. Pero algunos se dedican a las espinas y nunca llegan al pescado. Ya sea comiendo pescado o estudiando la Biblia, la búsqueda de espinas no satisface. Debemos anotar las preguntas que nos preocupan, y buscarles luego la respuesta. Pero no hagamos de los problemas el plato fuerte de la comida.

## **Séptimo: ¿Hay en este pasaje algo acerca de lo que debiera orar hoy?**

Algunos tenemos un problema con la oración. Cada día parece igual, una mera repetición de las palabras pronunciadas ayer: “Oh Señor, bendíceme a mí y a mamá y a María y a todo el mundo, por amor a Jesús, Amén.” Si estamos alertas al leer las Escrituras, podemos encontrar nuestra oración en el pasaje que tenemos a mano. La lozanía de una oración así, nos ayuda a descubrir el gozo de una vida plena de oración basada en las mismas Escrituras.

No todos los pasajes contienen ejemplos para seguir, un pecado que evitar, un mandamiento para obedecer, una promesa para reclamar, un nuevo pensamiento acerca de Dios, una dificultad para investigar y un tema para la oración, pero todo pasaje incluye algunas de estas cosas. Si te tomas quince minutos, mañana por la mañana, o aun hoy, para encontrarte con Dios y para buscar las respuestas a algunas de estas preguntas en un pasaje de las Escrituras, te garantizo una búsqueda provechosa.

El problema que surge a continuación es qué leer para lograr un régimen espiritual equilibrado. Quizá, como muchos otros creyentes, tiendes a limitarte al Salmo 23, al Evangelio de Juan, y a otros pocos pasajes preferidos. Temiendo lo desconocido, permites que se te escape el resto de la Biblia por abandono. Sin embargo, como creyentes que tienen que hacer frente a todo el consejo de Dios, necesitamos un sistema ordenado que nos permita leer toda la Biblia. El libro **NUESTRO ESTUDIO BÍBLICO PERSONAL**, por James Crane (CASA BAPTISTA DE PUBLICACIONES) ofrece un buen plan de estudio bíblico, lo mismo que el otro **ESCUDEÑAD LAS ESCRITURAS** (Caribe). El método de la Unión Bíblica, titulado **ENCUENTRO CON DIOS**, cubre toda la Biblia en cuatro años. (Véase artículo *Métodos de Estudio Bíblico*, por Samuel Escobar, en la **BIBLIA DE ESTUDIO MUNDO HISPANO**, Mundo Hispano, 1977). Sea que sigamos el sistema de otro o tracemos uno propio, es esencial que sigamos algún plan.

*Las divagaciones de nuestra mente* y otras pueden también perturbarnos. Ese examen de física o el partido aquel o algún evento próximo pueden resultar tan absorbentes que nos impidan concentrar nuestra atención. Una de las mejores soluciones para este problema consiste en tener a mano un lápiz y un papel para anotar las ideas y verdades nuevas que van surgiendo a medida que leemos. Los apuntes tomados durante nuestro tiempo devocional se convierten en un registro de descubrimientos frescos y de primera mano, en los que Dios nos ha acompañado. Sea dicho de paso, estos apuntes pueden ser un salvavidas si, inesperadamente, se nos pide que demos un mensaje devocional de quince minutos. Además, nuestras palabras tendrán el calor y el poder de una

experiencia genuina, al ir relatando un descubrimiento reciente hecho en comunión personal con Dios.

Debemos recordar que *no podemos evaluar nuestro tiempo devocional utilizando como criterio nuestros sentimientos* al concluirlo. Hay días en que una idea parece abandonar la página impresa para saltar hacia nosotros y hacer blanco en nuestras vidas o para dejar en nosotros una sensación cálida. ¿Te ocurrió esto alguna vez? ¿No pensaste: “Ah, esta mañana he tenido un encuentro con Dios”? Pero puede ser que en los días siguientes no se haya repetido nada comparable a esta experiencia y que hayas comenzado a sentirte desilusionado. Debemos darnos cuenta de que una evaluación correcta de nuestro tiempo devocional no tiene nada que ver con las respuestas emocionales, que cambian tan fácilmente. Una evaluación correcta se basa, más bien, en el reconocimiento de que Dios, que nunca cambia, se ha encontrado con nosotros.

## La Oración

La otra parte esencial de nuestra comunión secreta con Dios es la oración. Es tan necesaria como la lectura de la Biblia si es que nuestra vida interior ha de tener como resultado una vida exterior de poder espiritual. Notamos de paso que el hecho de tomar de las Escrituras puede dar lozanía y vitalidad a una vida de oración enmohecida. Debemos ahora ser más específicos.

Estoy seguro de que todos podemos nombrar los distintos aspectos de la oración: la adoración, la acción de gracias, la confesión, la intercesión a favor de otros, y las peticiones propias. Pero muy pocos siquiera se acercan al ideal de darle igual tiempo a cada aspecto. Al igual que yo, es probable que tengas una “dameitis”: ¡“Dame, dame, dame! Señor, necesito esto, y no puedo estar sin aquello.” Y probablemente tu punto más flojo al orar es la adoración. Muy pocas veces nos damos tiempo para estar quedamente, a solas en su presencia, a fin de darnos cuenta de que Dios es digno de adoración y reconocimiento. Adorar es reconocer el carácter de Dios mismo, no por lo que podamos conseguir de él o del reconocimiento de él, sino para reconocerle como tal. Los que no somos muy experimentados en la adoración podemos “cebar la bomba” volviéndonos a algún gran himno de la iglesia y haciendo de sus palabras nuestra propia expresión de adoración. Cuando me siento espiritualmente árido, a menudo escojo un salmo (como el 103) o algún himno escrito por uno de los grandes santos del pasado. Por ejemplo:

*Te loamos, oh Dios, con unánime voz  
que en Cristo tu Hijo nos diste  
perdón Aleluya te adoramos Bendito Señor.  
No. 5 Nuevo Himnario Popular (CBP)*

O las palabras de John Newton (1725-1807):

*¡Cuan dulce el nombre de Jesús  
Es para el hombre fiel!  
Consuelo, paz, vigor, salud  
Encuentra siempre en El.  
No. 217 Nuevo Himnario Popular (CBP)*

Al compartir las experiencias espirituales de estos santos del pasado, nuestros propios corazones se elevan en alabanza, adoración y loor al Dios viviente. Tal adoración nos hace entrar a la presencia de Dios, maravillados, envueltos en lo que el doctor Tozer llamó, “la contemplación del alma”.

### **Establecer Prioridades**

No es posible adorar de esta forma en los últimos dos minutos que nos restan antes de correr a clase. Lo que más nos falta en nuestra época es el tiempo; parece que nunca tenemos suficiente. En el oriente, el arte de la meditación ha sido muy desarrollado, pero aun allí, la tecnología moderna está robándole a la gente sus momentos de solaz. Sin embargo, todo el mundo tiene todavía veinticuatro horas por día. Y, en la mayoría de los casos, tenemos cierto grado de control sobre varias de esas horas. Generalmente, es posible encontrar tiempo para hacer algo que queremos hacer, aun si eso significa robarle tiempo a otra actividad. La batalla más crucial de nuestras vidas, es aquella lucha continuada por asegurarnos tiempo suficiente a solas en la presencia de Dios. El vigor y la vitalidad espirituales que revelemos en todo lo demás dependen del resultado de esta batalla.

Del mismo modo que el enemigo del alma humana emplea todos los medios a su alcance para sembrar el pecado secreto en nuestras vidas, hará todo lo que pueda para impedir el desarrollo de una fructífera vida secreta con Dios. Cosas inocentes e inofensivas como nuestras tareas académicas, una llamada telefónica, un adelanto de veinte minutos en el desayuno, conspiran constantemente para acortar o para eliminar nuestra reunión diaria con el Dios viviente.

Hace un tiempo, tuve el privilegio de escuchar a John Stott, pastor de una de las principales iglesias anglicanas de Londres. Estaba hablando a los pastores en la gran convención de Keswick, celebrada en el Lake District, de Inglaterra. Su tema giraba en torno a las prioridades. Señaló que el desarrollo de nuestra vida espiritual constituye la primera prioridad para cada creyente, incluyendo

al pastor. Pero confesó una paradoja muy extraña en su propia vida: “La cosa que bien sé me dará el gozo más profundo, a saber, estar solo y sin apuro alguno en la presencia de Dios, consciente de su presencia, con el corazón abierto para adorarlo, es a menudo la cosa que menos quiero hacer.” Todos somos víctimas de esta paradoja. La causa básica yace con nuestro enemigo, pues él sabe que crecemos en poder espiritual en la medida en que pasamos tiempo con Dios. El diablo ensayará cualquier medio, torciendo inclusive nuestros deseos, para atacar la fuente de nuestro poder espiritual. Aquel dicho, que “Satanás tiembla cuando ve al creyente más débil de rodillas”, contiene una profunda verdad.

Algunos afirman que dedicarle un tiempo fijo a Dios diariamente es una cosa demasiado rutinaria o legalista. Es posible que las devociones personales se conviertan en algo legalista o mecánico, pero no es necesario que sea así. Cuando ocurre, una sana disciplina se ha convertido en esclavitud. La esclavitud sugiere algo que se nos obliga a hacer, algo que constituye una carga odiosa para nosotros. La autodisciplina se refiere a algo que hacemos con el fin de evitar el dolor o de lograr algún beneficio. Para un crecimiento espiritual mediante la comunión secreta con Dios, necesitamos ahora una disciplina positiva. Habiendo dejado el ritmo de la vida estudiantil ya hace varios años, puedo asegurarles que la constancia en la vida secreta con Dios no se torna más fácil después de haberse alejado de la universidad. Si vas a establecer normas para toda la vida, este es el momento de hacerlo.

Esta regularidad basada en una disciplina esencial no implica una rigidez inquebrantable. El mundo no se va a venir abajo el día que tengamos que perdernos el tiempo devocional. No es necesario temer que todo se pierda, que nos aplazarán en los exámenes, que nada andará bien, etc., sólo porque hayamos saltado nuestro tiempo devocional por un día. De ninguna manera: Dios no es un tirano que nos castigue así. Sin embargo, él espera que tomemos tan en serio nuestra vida espiritual como lo hacemos con nuestro bienestar físico. Nuestros cuerpos necesitan alimento, por eso comemos diariamente. Nuestras vidas espirituales necesitan alimento espiritual; debemos alimentar nuestras almas diariamente con la Palabra de Dios. Si no recibimos el alimento necesario, pronto aparece la debilidad. No podemos pasar mucho tiempo sin alimentarnos, ni en la vida física ni en la espiritual.

Aunque generalmente nos preocupamos más por las apariencias externas, lo que más le preocupa a Dios es nuestra vida interior. Él quiere que nos demos cuenta de que toda evidencia de realidad externa en nuestras vidas, surge de la realidad interior que sólo él puede darnos. Él sabe si un pecado secreto nos está robando el poder espiritual. Él sabe si estamos o no aprovechando la plenitud de los beneficios de una vida secreta compartida con él.

El comienzo de la realidad espiritual es una dedicación total a Cristo Jesús, evidenciada por un deseo de obedecerle. El mantenimiento y el desarrollo de la vitalidad espiritual surgen de una comunión diaria que resulta en una vida de obediencia y de poder espiritual.

Una realidad espiritual interna, desarrollada mediante una vida secreta con Dios, es esencial para un testimonio efectivo a un mundo pagano.

## Notas

- <sup>ft1</sup> Rose K. Goldsen y otros *What College Students Think* (Nueva York: D. Van Nostrand Company Inc. 1960).
- <sup>ft2</sup> Puesto que se basa en una motivación egoísta (que caracteriza a gran parte de nuestra sociedad contemporánea) es decir, cómo meter la mano en el bolsillo ajeno, éticamente no puedo recomendarlo. Pero a pesar de su ética, puede ayudarnos a comprender mejor a otros.
- <sup>ft3</sup> Ha sido una experiencia tremenda ver cómo ha aumentado el interés de ellos.
- <sup>ft4</sup> Véase F. F Bruce *¿Son Fidedignos los Documentos del Nuevo Testamento?* Editorial Caribe, 1957.
- <sup>ft5</sup> Nelson Glueck, *Rivers in the Desert* (New York: Grove Press, 1960), p. 31.
- <sup>ft6</sup> *El Secreto Espiritual de Hudson Taylor*, de Howard y Geraldine Taylor (Chicago, Moody Press) p. 167. Te recomiendo esta corta biografía del fundador de la *China Inland Mission* (Misión al Interior de la China). Vale la pena leerla y releerla.
- <sup>ft7</sup> Ibid, p. 168.
- <sup>ft8</sup> Ibid, p. 163.
- <sup>ft9</sup> *The Case for Orthodox Theology* de Edward J. Carnell (Westminster Press, Filadelfia).